El poeta
Carlos Cano y Núñez
(1846-1922)
Hijo de padres blanqueños

Muestras sin valor



Tomo X
Estudio, compilación y notas
de Govert Westerveld

El poeta
Carlos Cano y Núñez
(1846-1922)
Hijo de padres blanqueños
-
«Muestras sin valor» Tomo X



Estudio, compilación y notas
de Govert Westerveld

El poeta
Carlos Cano y Núñez
(1846-1922)
Hijo de padres blanqueños
-
«Muestras sin valor» Tomo X



Estudio, compilación y notas
de Govert Westerveld



El poeta Carlos Cano y Núñez (1846-1922), hijo de padres blanqueños - «Muestras sin valor» Tomo X. Estudio, compilación y notas de Govert Westerveld.

ISBN: 978-1-4466-4549-9 (Hardcover – Lulu Editors)
eBook (Without ISBN)

30540 Blanca (Murcia) Spain

Dedicación

Al pueblo de Blanca, para que conozca algo más de su impresionante historia.

Prólogo

Ciertamente, he dedicado un extenso período a la investigación de los libros de Carlos Cano y Núñez, cuyos progenitores se trasladaron de Blanca a Murcia en la primera mitad del siglo XIX. Esta dedicación no es casual, ya que el legado literario de este poeta abarca numerosos volúmenes que, lamentablemente, son escasos en las bibliotecas murcianas y prácticamente inexistentes en otras bibliotecas de España. Dada la conexión de este poeta con Blanca, un enclave fecundo en talento artístico, y considerando que Carlos Cano disfrutaba de sus vacaciones en su finca en Runes y en los campos de Blanca, he sentido la imperiosa necesidad de transformar esta situación lamentable.

Persistiendo en mi empeño de dar a conocer las obras de Carlos Cano y Núñez, es el momento de abordar el tomo X. En este caso, se trata del volumen de poesías titulado "Muestras sin valor", publicado en el año 1888 y 1905.

Quiero expresar mi gratitud al blanqueño Antonio Parra Valiente por proporcionarme parte del árbol genealógico de Antonio Cano Sánchez. Asimismo, agradezco sinceramente la colaboración del blanqueño Francisco Cano Trigueros, quien ha contribuido con información valiosa y fotografías de la cueva de la Mascoba. Por último, extiendo mis agradecimientos al Cronista Oficial de Blanca, Ángel Ríos Martínez, por sus aportaciones eclesiásticas y las fotografías proporcionadas de Blanca. Estas colaboraciones enriquecen significativamente mi investigación y permiten compartir de manera más completa la riqueza cultural y literaria de este pueblo.

Govert Westerveld

1 RESEÑAS

1.1 Recibido un «Muestras sin valor»

Hemos recibido un ejemplar del libro en que bajo el título de «Muestras sin valor», ha coleccionado nuestro paisano y amigo D. Cárlos Cano algunos de sus sabrosos artículos y bastantes composiciones poéticas[1].

Cárlos Cano es uno de los poetas festivos mas conocidos en España; pues su firma codiciada, corre del libro al periódico y del periódico al almanaque, puesta al pié de chispeantes composiciones que se escabullen á los ojos del lector por lo fluidas y vivaruchas.

En «Muestras sin valor» no están todas, pero hay algunas poesías que acreditan lo que decimos.

Dentro de pocos dias pondremos á la venta ejemplares de este libro, al precio de una peseta.

---

[1] Diario de Murcia, 8-7-1888, p. 3.

1.2 RESEÑA BIBLIOGRAFIA

–

MUESTRAS SIN VALOR (Prosa y versos). –**FRUTA DEL TIEMPO**. –*Poesías festivas, por Carlos Cano*. –1888

Si en vez de ser yo un simple paseante, aficionado á tomar el fresco en las arboledas del Parnaso, fuese empleado de correos del supradicho monte, buena multa se llevaba el señor C. Carlos Cano por el engaño y la malicia de que resulta culpable al ponerle el rótulo de *Muestras sin valor*[2] á una colección de versos y de prosa donde figuran, no muestras, sino piezas enteras de mucho precio, entre otras de más ó menos estimación, pero absolutamente ninguna *sin valor*.

El Sr. Cano es un escritor, no precisamente ingenioso, sino ingeniosísimo como pocos haya; y su agudeza no es el *esprit* infiltrado de allende el Pirineo, sino la sal española, quevedesca, sana. De ahí que, al salir á luz un libro de este excelente poeta y graciosísimo pintor de costumbres, pueda con toda seguridad prometerse el lector que va á pasar un buen rato con el derrocamiento de chistes y de buena ley que contendrá la obra, precioso recurso contra la melancolía; lo cual no significa que cuando el señor Cano deja la regocijada vihuela por la lira no produzca hermosas y graves armonías.

En cuanto á *Fruta del tiempo*, merece ser denunciada al concejal encargado del asunto, pues me ocasionó una verdadera indigestión... de carcajadas.

---

[2] La Ilustración ibérica, 22-9-1888, p. 603.

1.3 MUESTRAS SIN VALOR

Poesías y artículos. Con un prólogo de José Navarrete, por D. Carlos Cano. Segunda edición aumentada. Madrid, 1905.–Un tomo de más de 200 páginas en 8.º

Aparte de la dedicatoria (en verso) á la marquesa de Villamantilla de Perales, son 77 las composiciones del libro, 12 de ellas en prosa, unas rebosando gracia y regocijo y otras dulce melancolía, pero todas fáciles, inspiradas y de novedad, dignas compañeras de las que se llaman-«Hojarasca literaria» y «Fruta del tiempo» (ya conocidas de nuestros lectores), y demás con que ha deleitado al mundo literario el Sr. Cano[3].

La primera poesía de este tomo es en alabanza y acción de gracias «A la Virgen de la Fuencisla, patrona de Segovia», digno comienzo para un artillero cristiano. Entre las demás se distingue, á mi juicio, la titulada «Remembranzas», y entre la prosa se hace notar el de «¡Pícaros nervios!» Pero no hay que escoger. Digo lo que el autor á D. Andrés Blanco en «El tesoro de la Reina»:

«La crítica hacer quise de tu tesoro
Por ver si le podía dar algún palo,
Y cuanto más lo leo más me cercioro
De que en todo el volumen no hay nada malo.»

Afirmación que se podría hacer extensiva á los otros siete volúmenes que lleva publicados y al *De militar y de paisano* (recuerdos é intimidades) con que nos amenaza.

El prologuista fué también artillero y literato, y su trabajo es una sentida pieza de recuerdos de compañerismo, aconsejando al autor que escriba para el teatro, que en el le augura éxitos.

---

[3] Cuerpo de Artillería (1905). Memorial de artillería, Serie IV – Tomo XXIII. Madrid, pp. 278-279.

1.4 LITERATURA

«MUESTRAS SIN VALOR», por D. Carlos Cano.-- «CONSEJAS DE GUERRA Y AMOR», por D. Alfonso Espejo Melgares.

No todo ha de ser hablar de los horrores de la guerra, ni de las terribles escenas que produce la lucha por la vida, ni del suicidio de la mañana, el crimen de la tarde y el robo de la noche; algunos momentos hemos de dejar á los nervios que sosieguen; algunos instantes debemos conceder al espíritu para que se expansione por las esferas del Arte, libre de las pasiones y de las miserias que nos rodean y nos entristecen[4].

Las obras artísticas son un bálsamo para corazon y para el cerebro, contínuamente excitados por tantos cuadros de penas é injusticias como se desarrollan en el mundo.

Los poetas, los pintores, los músicos; todos, en fin, cuantos se consagran al Arte y vacían sus ideas y sus sentímientos en inspiradas estrofas, en magníficas notas de luz, en mágicos acordes, en libros, en lienzos, en estátuas, proporcionan á la humanidad más beneficio del que á primera vista parece: la de consolarla y ennoblecerla.

Cuanto á eso tienda será siempre digno de aplauso.

***

Todo esto quiere decir que he experimentado dos agradables satisfacciones con la visita de los libros que recíentemente han publicado los señores don Carlos Cano D. Alfonso Espejo, con los títulos de *Muestras sin valor* y *Consejas de guerra y amor*, respectivamente.

Ambos escritores, con cuya amistad me honro, constituyen actualmente, con sus citadas obras, la nota literaria en la región, y aunque no sea con el espacio y con el detenimiento de que son dignos, justo es que se les dedique atención preferente.

---

[4] El Liberal, 6-2-1905, p. 1.

Recuerdo que allá en los tiempos en que yo estudiaba el Bachillerato, uno de los poetas que con más gusto leía era don Carlos Cano, cuyas sales y agudezas me causaban tanta risa como admiración, por lo que el nombre del popular escritor murciano me suena á clásico.

Sus epigramas, sus chistes, sus graciosas salidas, se quedaban impresos en mi memoria, y en ella viven; para mí no pasan, á pesar del tiempo, los versos de Cano.

No he de meterme ahora á decir si *Muestras sin valor* me parece de mayor ó menor mérito que otros libros del mismo poeta; eso, ni vendría á cuento ni yo tengo competencia para juzgar en asunto tan delicado.

Muestras sin valor es lo que es; un libro muy entretenido, muy ameno, en el que no solo hay lindas poesías, sino también artículos de gran fuerza cómica, capaces de hacer reir al hombre más malhumorado del mundo.

El propósito del Sr. Cano no es otro que el de hacerle pasar al lector un rato agradablemente distraído y como eso lo consigue por buen camino, sin apelar á recursos violentos ni á chistes forzados, no hay para qué decir que el éxito corona el fin que se propuso.

La gracia de D. Carlos es irresistible y por eso recomiendo su libro á todo el que este triste o disgustado.

Se reirá por fuerza; con lo cual creo que he hecho el mayor elogio que puede hacerse de *Muestras sin valor*... que sí lo tienen.

1.5 MUESTRAS SIN VALOR

–

Nuestro querido amigo el laureado poeta Don Carlos Cano, nos ha remitido el tomo que recientemente ha editado, cuyo titulo sirve de epígrafe á estas líneas, con un prólogo del conocido y malogrado escritor don José Navarrete[5].

En «Muestras sin valor», como en todos los trabajos literarios, debidos á la inspirada musa de nuestro amigo Don Carlos Cano, denota la difícil facilidad con que versifica el correstísimo poeta.

Una de las composiciones que figuran en el mencionado libro, y que por su *vis* y originalidad dá á conocer el mérito indiscutible de su autor, es la siguiente:

CUENTA REDONDA

—

A un teniente de remplazo,
Que al mes veinte duros tiene,
Le dió, dándole un bromazo,
Su señora al sexto nene.

Y el médico, que de antiguo
Con celo digno de encomio,
En gracia á su sueldo exiguo,
Le visitaba de momio,

Aconsejó á la paciente,
Que estaba muy enfermiza,
Buscar inmediatamente
Para el rorro una nodriza.

[5] Diario murciano, 7-2-1905, p. 1.

Causó al marido sonrojos
Aquella receta impía,
Pero cerrando los ojos
Encargó un ama de cría;

Y la que al fin logró hallar,
Que estaba en los huesos puros,
Se avino el chico á criar
Pagándole al mes seis duros.

Creyó el hombre enloquecer
Ante aquella petición,
Y no sabiendo qué hacer
Tomó una resolución;

Y dijo al ama: —Pues cuente
Con darle, si el plan le halaga,
No seis duros, si no veinte,
Que es lo que tengo de paga.

Mas para que eso le dé
Y no me coma los codos,
Es necesario que usté
Nos dé de mamar ¡á todos!

También cultiva el ameno poeta la nota sentimental, como lo demuestra en la preciosa composición que copiamos:

LA CUNA VACÍA

—

Su manto de sombras la noche tendía;
Del niño se oía gemido tenáz;
Inmovil, velando su lenta agonía,
La madre bañaba con llanto su faz.

En vano á los cielos alzaba los ojos,
De lágrimas rojos, la madre infeliz;
En vano soñaba postrada de hinojos,

Borrar de las sombras el negro matiz.

Envuelto entre nubes de nácar y de oro,
De arcángeles coro del cielo bajó,
Y al hijo del alma, su amor, su tesoro,
Perderse en las nubes la madre miró.

Bañaron los rayos del astro del dia
La estancia sombría, de un vidrio á través,
Y hallaron velando la cuna vacía
La madre sin vida postrada á sus piés.

Mas, lejos del mundo, sin penas ni duelo,
Su dulce consuelo del niño halló en pos,
Y puras sus almas por siempre en el cielo
Fundidas en una quedaron las dos.

Mucho agradecemos al Sr. Cano el libro que nos dedica, el cual recomendamos a nuestros lectores para que saboreen sus bellezas.

1.6 NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

–

MUESTRAS SIN VALOR, *poesías y artículos*,
por *Carlos Cano*.

El autor, antiguo compañero de armas y excelente amigo mío, me remite un ejemplar de su último libro, titulado *Muestras sin valor*, donde encuentro, para hacer boca, un prólogo que lleva la firma del inolvidable Pepe Navarrete[6].

Carlos Cano, fué siempre un versificador empedernido. No sé si dijo alguna vez como el poeta latino: *Juro, pater, nunquam componere versus*; pero si lanzó un juramento parecido, estoy seguro de que faltó al segundo mandamiento.

Además, no ha querido seguir, que yo sepa, el consejo que en el mencionado prólogo le da el autor de *María de los Angeles*, incitándole á que escriba una obra para el teatro «presentando en ella mujeres y hombres de los que todos los días nos encantan con sus amores, nos honran con su amistad ó labran nuestros desengaños y nuestra ruina con sus ingratitudes y con sus infamias...»

Creo, como creía Pepe Navarrete, que este camino debió seguirle hace mucho tiempo el autor de *Muestras sin valor*, temiendo mucho onidalo «en huir, como de la peste, de la mogigatería, del relumbrón y de la historia».

Me consta que los lectores prefieren al elogio ó á la censura que se dedica á un libro de versos, una *muestra* que les permita hacer un juicio propio. Copio la que se titula *Alma y baja* y dice así:

«Ayer, cuando á un malhechor
en capilia le ponían,
á consolarle acudían
su juez y su defensor.
Hoy, ansiando referir
sus sufrimientos postreros,
en tropel los noticieros
lo (...) hasta morír.
Y ve triste el corazón,

[6] La Correspondencia militar, 15-2-1905, p. 1.

y el ayer por eso ensalza,
el noticierismo en *alsa*
    y en *baja* la compasión.»

Y ahora á comprar el libro, que, á pesar de su lujosa impresión, se vende al módico precio de tres pesetas.

1.7 LA OBRA DE UN ARTILLERO

–

MUESTRAS SIN VALOR

Con este título acaba de publicar el ilustrado jefe de Artillería y notable y popular literato Carlos Cano, distinguido colaborador del DIARIO DE AVISOS, un tomo de 200 páginas, en cuarto, que contiene artículos y poesías de aquel festivo escritor, uno de los primeros epigramistas españoles[7].

Carlos Cano es ventajosamente conocido y respetado en el mundo de las letras, para que nosotros intentemos tributarle nuevos elogios, que en nada habían de aumentar la fama que justamente goza de escritor fácil, ameno y correcto; pero se trata de un libro que tiene algo de segoviano y no podemos tampoco limitarnos á acusar lisa y llanamente recibo del ejemplar que el Sr. Cano ha tenido la galantería de enviarnos.

Aparte de que por ser el Sr. Cano un artillero, y de los que más cariño sienten por la ciudad donde hizo sus estudios y donde pasó acaso los mejores años de su vida, merecerían libro y autor un espacio en nuestras columnas, nos encontramos con que la primera composición poética de *Muestras sin valor* es una hermosa é inspirada oda *A la Virgen de la Fuencisla, Patrona de Segovia*–notable trabajo que ya honró las columnas de este periódico– y con que también aparecen en el tomo en cuestión las quintillas del Sr. Cano que, dedicados á los fundadores de *El niño descalzo*, escribió aquel ilustre artillero para el periódico infantil conmemorativo del primer reparto de zapatos y ropas de abrigo, que en el último Diciembre llevó a cabo aquella asociación protectora de la infancia.

Vean, pues, nuestros lectores con cuánta razón afirmábamos que el libro que nos ocupa tiene algo de segoviano.

Tiene razón el distinguido prologuista de *Muestras sin valor*, D. José Navarrete, cuando afirma, dirigiéndose á Carlos Cano, que á éste le sobra ingenio para ser el heredero de Narciso Serra. En lo que no estamos conformes, ni con el Sr. Navarrete ni con el notable escritor que oculta su nombre con el pseudónimo de *Miss-Teriosa*, es en lo de que el Sr. Cano necesite escribir una

---

[7] El Porvenir segoviano, 21-2-1905, p. 2.

comedia para consolidar su fama de poeta, y para que arraigue, por decirlo así, su personalidad literaria.

En nuestro concepto no vale menos–y aún sería discutible si vale mucho más– un buen libro de versos, que una buena comedia ó un excelente drama; es así que Carlos Cano ha dado á la estampa libros primorosos que como *Ratos perdidos, Apuntes del natural, Fruta del tiempo, Hojarasca literaria* y *Muestras sin valor*, encierran primores literarios, luego en buena lógica el Sr. Cano, ha realizado labor tan meritoria como si hubiera escrito cuatro ó cinco comedias aplaudidas.

Nosotros, que en literatura consideramos que todos los géneros y todos los caminos conducen al mismo fin, cuando se rinde culto al arte y á la gramática, estimamos en tanto al Cano poeta y articulista, siempre ingenioso y ameno, como estimaríanos al Cano dramaturgo, ó al Cano novelista, si en estos géneros se hubieran manifestado su ingenio y su talento:

Quien escribe composiciones tan graciosas y lindas como esta, que al azar tomamos del libro *Muestras sin valor*, tiene legítimo derecho á figurar en primera fila, entre los escritores españoles, aun cuando no se encuentre comedia alguna entre su bagaje literario:

“CUENTA REDONDA

A un teniente de reemplazo,
que al mes veinte duros tiene,
le dió, dándole un bromazo,
su señora el sexto nene.
y el médico, que de antiguo
con celo digno de encomio,
en gracia á su sueldo exíguo,
le visitaba de momio,
aconsejó á la paciente,
que estaba muy enfermiza,
buscar inmediatamente
para el rorro una nodriza.
Causó al marido sonrojos
aquella noticia impía,
pero cerrando los ojos

encargó un ama de cría;
y la que al fin logró hallar,
que estaba en los huesos puros,
se avino el chico á criar
pagándola al mes seis duros.
Creyó el hombre enloquecer
ante aquella petición,
y no sabiendo qué hacer
tomó una resolución,
y dijo al ama: –Pues cuente
con darle, si el plan le halaga,
no seis duros, si no veinte,
que es lo que tengo de paga.
Mas para que eso la dé
y no me coma los codos,
es necesario que usté
nos dé de mamar ¡á todos!»

Reciba el Sr. Cano nuestra más entusiasta enhorabuena por la publicación de esas *Muestras sin valor* que, al contrario de lo que el título indica, son muestras valiosísimas del ingenio de un escritor insigne, que tiene indiscutible derecho á la considera ión y al aplauso.

P.

1.8 MUESTRAS SIN VALOR

Sobre la mesa de trabajo tenemos un libro del cual queremos hablar á nuestros lectores[8].

Se trata de «Muestras sin valor», pero el título no corresponde á su contenido sino en su primera parte, pues á las primeras páginas de lectura se conviene en que esas muestras lo son de un espíritu privilegiado, de un alma observadora y amante de la belleza.

Es autor del libro precioso, el Teniente Coronel de Artillería retirado, don Carlos Cano, que quiso reunir setenta y cinco composiciones, unas en prosa y otras en verso, bellísimas todas y reveladoras de su peregrino ingenio y de su dominio del castellano que maneja como los grandes maestros.

«Muestras sin valor» es de los libros que se toman y no se dejan de la mano, porque cautiva la atención desde el primer instante y el lector va de encanto en encanto, sin que el cansancio asome.

El Sr. Cano, bien conocido en el mundo de las letras por tan hermosas obras como «Flores y lágrimas,» «Ratos perdidos,» «Mocedades,» y «Apuntes del natural,» consiguió un nuevo triunfo con esas muestras que como hemos dicho no eran las primeras ni mucho menos de su valer.

[8] El Telegrama del Rif, 6-8-1912, p. 1.

CONTENIDO

CARLOS CANO Y NÚÑEZ

1905

MUESTRAS

SIN VALOR

– POESÍAS Y ARTÍCULOS –

CON UN PRÓLOGO DE

JOSÉ NAVARRETE

CARLOS CANO Y NÚÑEZ

1905

MUESTRAS

SIN VALOR

– POESÍAS Y ARTÍCULOS –

CON UN PRÓLOGO DE

JOSÉ NAVARRETE

2 MUESTRAS SIN VALOR

2.1 DEDICATORIA

Á la Marquesa de Villamantilla de Perales

De mi cariño al calor,
Aunque me causa rubor
Hacerte obsequio tan chico,
Con el alma te dedico
Estas "Muestras sin valor.,,
Por ser pariente á lo lejos
Tuyo y trastos mis librejos,
Cuando este leas quizás
"Parientes y trastos viejos.
Pocos y lejos,.–dirás.
Mas aunque sea impertinencia
A ti, de bondad esencia,
Pedirle un favor ansío:
Que selles con tu indulgencia
Estas "Muestras,, que te envío.
Mis libros con sello así
Yendo de aquí para allí
Nadie podrá rechazarlos,
Y lo deberán á tí,
No á tu afectísimo

Carlos.

2.2 Prólogo

Mi querido Carlos Cano:

Al concluir la lectura de este libro, discurro y escribo lo que muchas veces he dicho á usted de palabra. Es usted todo un poeta, tiene usted la inspiración, el sentimiento y la forma; pero los deja enmohecer años y años con censurable abandono, lo mismo ahora, jefe con canas y con hijos, que cuando, teniente y soltero, no había ennegrecido el dolor una sola página del libro de su existencia.

Esto es reñir á usted, si señor. Me dá derecho á ello nuestra fraternal amistad de á nadie le inporta cuantos años, jamás interrumpida por más ténue celaje.

A usted le sobra ingenio para ser el heredero de Narciso Serra. Con el que ha derrochado en *Muestras sin valor, Fruta del tiempo y Ratos perdidos*, ha debido usted enriquecer la escena española con media docena de primores como *Don Tomás, Nadie se muere...*, *La edad en la boca y El último mono*, y abrillantar así el género encantador que al desatar la risa, ó conmover el ánimo dulcemente, puede corregir las costumbres con la misma eficacia que la tragedia y el drama, que provocan el dolor y el llanto.

Esa es la verdad, amigo Cano, que ha oido usted de mi boca en más de una ocasión. Usted es un perezoso, no por cierto en el servicio artillero, que así en las fábricas, como en las baterias, ha demostrado usted en su larga carrera, ser un oficial y un jefe brillantísimo; pero sí en materia literaria, sin que le baste para sacudir la inercia, el alto ejemplo de su homónimo de usted don Leopoldo, que distinguido jefe tambien del cuerpo de Estado Mayor, es á la par eminente autor dramático.

Los artículos y versos de este libro,–escritos muchos de ellos en el lujoso Cuarto de banderas del cuartel de Candelaria, con

interrupciones del corneta de guardia, preguntando, por ejemplo, á la hora de la visita del médico: «Mi teniente, ¿doy golpes al físico?»–me ponen triste, haciendome sentir la nostalgia del pasado; los he visto nacer, están asociados á muchos recuerdos mios y su lectura trasporta mi pensamiento á Cadiz y á Puerto Real.

¡Qué tiempos tan venturosos, querido Cano! ¡Qué balcón aquel de mi antiguo pabellon, frontero á Rota, en el cual me leyó usted algunas de las poesías que hoy quiero juzgar en vano con los ojos secos! ¡Qué Alameda del Perejil, donde vimos nacer la *Velada de los Angeles* bajo la misma tienda los artilleros y los socios del Casino! ¡Qué belleza incomparable la de la gran bahía, una mañana expléndida de aquellas en que como dice Victor Hugo, el cielo está formado de un solo záfiro, sin que turben la serenidad del mar sino, allá por las Puercas, la bandadas de gaviotas que revolotean sobre las ondas y graznan de codicia por devorar con sus recios picos los pescados que suben á la superficie, atraidos por los torrentes de luz del astro del día! ¡Como me acuerdo del pabellon del patio, con ventanas al pasco, que nos servía de comedor y que fué durante algunos años templo de la más fraternal de las amistades y de la más feliz de las alegrías! Allí nos sentabamos á la mesa mañana y tarde algunos se fueron ya! Zuleta, Pidal, Arcos, Padin, Ballinas, Ponce, Cólogan, Pancho Herrera, Sanchez Mira, Salazar, Provedo... y aquel queridísimo Temprado, héroe glorioso asesinado villanamente por las malditas fieras del fanatismo. Nuestro presidente inamovible, con la cartera de Hacienda, era el más formal de todos, Pepe Arcos, y de Vatel ejercía el asistente de Luis Pidal, el bueno de Freíre, que después de tantos años á todos nos conserva inmenso cariño. Su *chef d'œuvre* eran los riñones en salsa, y los dias festívos solía sorprendernos con uno de los que llamaba él, sin excepción, *platos montados*, aun cuando fueran natillas, y en los cuales no faltaba nunca el golpe de huevos hilados, con salpicadura de guindas confitadas. ¡Qué dias, vuelvo á decir, ó más bien, qué años nuestros aquellos tan dichosos, amigo Carlos! ¡Qué lástima que para los viajes de ayer á hoy no haya billete de vuelta!

Pero vuelvo á mi tema. Escriba usted una buena comedia, é inspírese para ello en los grandes ideales del progreso, como lo hizo Eugenio Sellés en *El nudo gordíano*.

Ponga usted en acción las desventuras sociales de nuestros dias, y deduzca de ellas, con la irrefutable lógica de lo cierto, la ineludible precisión de enderezar la mente y la esperanza á la luz del porvenir que deja vislumbrar el sábio en la cátedra, pero hágalo en una serie de cuadros arrancados de la naturaleza, tomados de la realidad en vimos, en sus fases más artísticas, desde sus puntos de vista más bellos, cuadros que sin solución de continuidad, con unidad perfecta, crezcan en interés, de la exposición al nudo, del nudo al desenlace, de tal modo, que por sendas no vulgares, de adivinación dificil dentro de la verdad, para que arraiguen mejor en el entendimiento y en la memoria, sufran los malvados al fin de la jornada, si no el castigo que rara vez inflige á los poderosos la menguada justicia de los hombres, si los dolores del alma, ó del cuerpo, con que sin excepción ni misericordia, se ceba en sus víctimas el mal; de tal manera, repito, que lleguen los malos al término ejemplar de la obra con las torturas de las tinieblas en el corazón, con el espíritu traspasado por esas crueles heridas del remordimiento, más terribles que las puñaladas con sangre.

Derroche usted galas de ingenio en cada escena, sin menoscabo de la unidad de pensamiento; que la fealdad del vicio censurado no se descubra solo en el conjunto y en el desenlace de la comedia ó del drama, sino que asi mismo en los pormenores, lo pongan con habilidad de relieve, las risas del ridículo, el asco del horror, ó las lágrimas de la piedad.

Urda usted, vuelvo á decirle, la trama de sus argumentos, con acciones de la sociedad en que vivimos, sin proponerse aclarar su luz ni ennegrecer su sombra: que hay en la realidad, tal cual es, inagotables veneros de hermesuras para el arte. Presente usted en el teatro mugeres y hombres de los que todos los días nos encantangrecer sombra; que hay en la realidad, tal cual es, inagotables veneros de hermosuras para el arte. Presente usted en el teatro mugeres y hombres de los que todos los dias nos encantan con sus amores, nos honran con su amistad, ó labran nuestros desengaños y nuestra ruina con sus ingratitudes y con sus infamias... y huya usted, amigo Cano, huya usted, como de la peste, de la mojigatería, del relumbrón y de la historia.

Cuide usted, mime usted, con igual esmero, en sus obras, la finalidad, que el movimiento, que la forma. Usted posée, como

pocos, la corrección, la lozanía y la elegancia en el decir; y si bien hay cuerpos divinos con almas negras, á usted le será fácil engarzar en su estilo galano un plan artístico, porque tiene usted ingenio y gusto: un corazon bueno, cápaz de sentir la belleza, y un talento claro, capaz de concebir la verdad.

Aquí doy punto. Si este supremo esfuerzo escrito tiene mas suerte que los de palabra y cuando Dios quiera recibo con dos letras de usted la butaca para ir al estreno de su primera comedia cuyo éxito brillante le profetizo, sin que me quede otra cosa, dará usted un dia feliz á su invariable amigo y compañero

JOSÉ NAVARRETE.

Niza.–24 de Febrero de 1889

2.3 LA PRIMERA Y LA ULTIMA

-

I

ANTES DEL BAILE

La carta de Julia no tenía vuelta de hoja.

Antonio la leyó de nuevo. Decía así:

«Ha llegado la ocasión de poner a prueba tu cariño. Mañana noche reciben las de Perez, aquellas señoras tan antipáticas de la calle de Preciados, y habiéndonos invitado personalmente, no ha habido medio de resistir. Hazte presentar por alguno de tus amigos y pasaremos reunidos tres ó cuatro horas. El primer vals es para ti. No admito excusas. Si no vas, todo ha concluido entre nosotros.

Tuyísima siempre,

Julia.»

Antonio estrujó la carta y dio un puñetazo sobre la mesa.

Su situación era digna de lástima. Amaba á Julia y odiaba el baile. Tenia veinte y cuatro años y no sabía lo que era una polca. Sus compañeros de oficina lo presentaban siempre como el tipo más acabado de lo que ha dado en llamarse hombre *peña*.

¿Qué hacer?

No asistir al baile pretextando una enfermedad repentina ó una ocupación urgente, eran recursos que había empleado con buen éxito en otras ocasiones, pero en la presente no estaba Julia dispuesta á admitirlos. Asistir á la *soirée* de las de Perez y no bailar con su novia, venía á ser un rompimiento de relaciones. Atreverse á bailar él, que nunca se había encontrado en semejante trance, era decidirse á poner en ridículo á Julia.

¿Cómo salir de aquel apuro?

La Providencia en forma de periódico vino á sacarle del atolladero. Preocupado Antonio y exprimiendo su magín para

encontrar una idea luminosa, fijó al azar los ojos en la cuarta plana de la *Correspondencia*, y un anuncio con letras muy grandes le arrancó un grito de alegría. El anuncio salvador estaba concebido en estos términos:

BAILE, ESGRIMA, GIMNASIA CEREBRAL.

DIEGO CAMELI

dá lecciones á domicilio, garantizando el pronto resultado.

Leer las anteriores líneas y salir en busca del Sr. Cameli fue para Antonio cuestión de dos minutos.

—¿Es al señor maestro de baile á quien tengo el honor de dirigirme? —dijo entrando en la habitación del anunciante.

—Perdonde V., señor mio; —respondió el interpelado— está V. en presencia de un profesor de coreografía teatral y de salón. ¿En que puedo servirle?

—Antonio contó al coreógrafo el apuro en que se encontraba y la necesidad que tenia de aprender á bailar un vals en el improrrogable plazo de treinta y seis horas.

—No se apure, caballero; yo le sacaré del compromiso. Mañana noche, créame, bailará V. el vals que tanto le preocupa.

—Amen, —exclamó mirando de alto á bajo al que iba á ser su salvador,

Era éste un hombre como de cincuenta años, de ojos vivos, pequeño de estatura, y cuya enmarañada y larga cabellera venia á descansar sobre el mugriento cuello de su levita. La palidez de su rostro denunciaba un ayuno más continuado de lo que la iglesia prescribe.

—Caballero, —le dijo á Antonio ofreciéndole una silla y sentándose él en otra; —aunque no hay tiempo que perder, permítame que le diga dos palabras. La situación en que V. se encuentra me pone de manifiesto las funestas consecuencias del desdén con que miran los Gobiernos la rama más importante del árbol de la educación. Se crean clases de griego, de agricultura, de retórica. etc., etc., y se olvida, no haciéndola obligatoria, la enseñanza de la coreografía. Y ¿qué ha de suceder? Fácil es adivinarlo. La juventud, ó se entrega al baile, sin principios, de

oido, como si dijéramos, ó huye como V. de la sociedad que le señala con el estigma de los ignorantes.

—¡Caballero! —le interrumpió Antonio.

—No hay que incomodarse. V. será una persona ilustrada, lo reconozco, pero su ilustración es incompleta, ignorando como ignora los principios más elementales del baile. La generalidad de las personas creen que bailar se reduce á dar cabriolas en un escenario ó á mover los piés en un salón al compás de una habanera. ¡Error crasísimo! El baile nace con la criatura. Educarlo, perfeccionarlo, he ahí la misión de los profesores de coreografía. ¿No ha observado V. como los niños recien nacidos mueven los brazos y las piernas? Ese es el baile *espontáneo*. No ve V. como el hombre al recibir una noticia agradable se agita y salta sin poderse contener? Ese es el baile *natural*. Perfeccionad esos movimientos, dadles reglas fijas, y al aplaudir en el teatro á una Pinchiara, al admirar en un salón los rápidos y acompasados giros de una enamorada pareja, exclamaremos: ¡Bien hayan los gobiernos que dedican su atención preferente á la propaganda de los estudios coreográficos! ¡Baldón eterno para aquellos que no le tienen una mano protectora! Yo soy pobre, —y esto era evidente, pues la habitación de Cameli respiraba pobreza y suciedad; —pero, créame V., más de tres y más de cuatro personajes que hoy brillan en la política y han regido los destinos del país me deben cuanto son. Un baile ensayado por mí ha sido la base de su fortuna, y se lo voy á probar citándoles algunos casos. Cierta noche fui llamado por un General con mando, y en dos lecciones le enseñé unos *lanceros*, con los cuales consiguió, en casa de cierta Marquesa, una victoria más grande que las muchas que habia alcanzado en los campos de batalla. Otra vez un ministro que era cojo, tuvo que bailar un vals corrido, y, gracias á mí, salió del compromiso tan á la perfección que su pareja, que era la señora de un embajador, no pudo saber del pié que cojeaba, á pesar de estar bailando cerca de media hora. En otra ocasión...

Antonio se levantó de la silla dispuesto á tapar la boca de aquel hombre con el primer objeto que hallara á mano, al ver que su charla iba á ser eterna. Por fin logró reducirle al silencio y convenir el plan de enseñanza y los honorarios que habia de satisfacer.

Acto seguido, Antonio regresó á su casa, y un cuarto de hora después se presentó en ella el Sr. Cameli, llevando debajo de la capa un violín.

Comenzó la academia.

El profesor explicó los *coupées*, los *destaques*, los *destaques ligados* y otra porción de primores cuyo tecnicismo era dificil de retener en la memoria. Después bailó Cameli un vals acompañándose con el violín, luego hizo bailar á Antonio en tanto que él tocaba el dicho instrumento, y por último, bailó con el discipulo, á la vez que tarareaba el vals, haciendo el papel de señora.

Bien pronto el nuevo bailarin creyó que la habitación daba vueltas, y cayó al suelo mas mareado que si se hubiera encontrado en alta mar con un temporal deshecho.

Después de tomar descanso y tranquilizar su cabeza, volvió á la carga, y así, sin más intervalo que el indispensable para comer y dormir tres horas, baila que baila, llegaron maestro y discípulo hata las ocho de la noche de la fiesta.

—Ya está V. aprobado, —le dijo el primero al segundo; —con un poco de calma y desechando el miedo puede bailar vals esta noche.

Y se despidieron.

Antonio, una vez solo, se abrazó á una silla y tarareando el vals que habia oido á Cameli, comenzó a dar vueltas por la habitación con objeto de perfeccionarse.

-

II.

EN EL BAILE

Con el mismo abatimiento que si se dirigiera al suplicio, se encaminó Antonio á casa de las de Perez, á las diez de la noche.

Apesar del continuo ejercicio á que había sometido su piés durante treinta y seis horas, y a pesar de las seguridades que le había dado Cameli, Antonio temía un fracaso.

Cualquiera que le hubiera visto cruzar las calles aquella noche, le habría tomado por un loco. De cuando en cuando, y tarareando el vals consabido, movía los piés haciendo *destaques*, y cada vez que volvía una esquina daba una vuelta, todo para *ensayarse* hasta el último momento.

Llegó por fin á la casa de la fiesta, y aun en la misma escalera hizo varias cabriolas, en una de las cuales rodó hasta la portería. Tentado estuvo de volverse á su casa, aun á riesgo de quedar mal con Julia; pero al ir á ponerlo por obra se encontró á *ella* que llegaba con su mamá, y ya no pudo retroceder. Cerró los ojos y se dispuso al sacrificio.

—Al fin me has complacido. ¡Cuanto te lo agradezco! —fueron las primeras palabras de Julia.

—¡Bien puedes decirlo! murmuró Antonio; —ya sabes cuanto ódio el baile, y solo por ti me voy á hacer presentar en esta casa.

Seguidamente hizo avisar á un amigo suyo, éste salió y juntos pasaron á la sala á hacer la presentación oficial.

—Tengo el gusto de presentar á V., etc., etc., —dijo el amigo á la señora de la casa.

—Tengo una verdadera satisfacción, etc., etc., —contestó la dicha señora.

En aquel momento el piano preludió una polca, y diez ó doce parejas se dispusieron á bailar.

Antonio empezó á sudar la gota gorda, y la sudó aun mayor al decirle Julia:

—No te olvides de pedir este baile á Rosita. —Rosita era la hija de la casa.

—¡Aquí te quiero, escopeta! digo ¡aquí te quiero, Cameli¡ —murmuró Antonio; y dirigiéndose á Julia, le dijo: —el caso es que no estoy *fuerte* en polcas, si fuera vals...

—No digas eso; bailar una polca es lo más sencillo del mundo: no tienes más que dar dos pasos á un lado y dos á otro. Además, Rosita es ligera como una pluma y, aun sin que sepas gran cosa, saldrás adelante; pero no pierdas tiempo, dirígete á ella y en seguida bailaremos nuestro vals.

Antonio vió que estaba acorralado, y dispuesto á todo, invitó á Rosita; esta se puso en pié y...

¡Allá vá la nave!
¡Quién sabe dó vá!

Lo que pasó entonces no es para contarlo. Antonio, aturdido, dio un paso y al siguiente, sin darse cuenta de lo que hacía, salió disparado como una bala bailando el vals de Cameli.

—¿Qué hace usted, caballero? ¿Qué es esto? —gritaba Rosita tratando de desasirse; pero era en vano, pues Antonio, como si le hubieran dado cuerda, seguia dando vueltas con la chica y pasando por ojo á cuantas parejas hallaba en su desenfrenada carrera.

—¡Apartarse! ¡apartarse! —gritaban todos; —¡qué viene! ¡qué viene! —y Rosita seguía exclamando: —¡Pare usted, para usted, por piedad!

Todas las parejas dejaron de bailar, solo Antonio, llevando á remolque á la suya, corría de un extremo á otro de la sala, chocando con personas y muebles, y causando contusiones á unas y desperfectos á otros.

Al fin rodaron por el suelo, y entonces Antonio, con el cabello erizados, rotos los guantes y los quevedos, y con un pedazo de pulsera unido á la cadena de su reloj, y un pendiente prendido en la corbata, como volviendo en sí, se levantó rápidamente y, saliendo como un rayo de la sala, ganó la escalera.

Una vez en la calle, echó á correr sin que lograren darle alcance tres ó cuatro papás y otros tantos novios que salieron en su persecución.

La sala de las de Perez entretando presentaba un aspecto imponente; aquello era un cambo de Agramante. Un *portier*, cuatro sillas, dos veladores, tres candelabros, un album de

retratos y una dentadura postiza se hallaban esparcidos sobre la alfombra. En una butaca se encontraba Julia dando gritos, presa de un violento ataque de nervios. A Rosita, con el traje destrozado y el cuerpo lleno de contusiones, fué preciso conducirla inmediatamente al lecho. Su mamá, á quien el codo de Antonio echó fuera la dentadura, arrojaba sangre por la boca. Un caballero muy gordo se estropeó un ojo por haberle entrado en él una punta de la peineta de Rosita. El amo de la casa aseguraba que había recibido un martillazo en la cabeza. Por último, ocho ó diez señoras tenían los piés medio deshechos á fuerza de pisotones.

Uno de los contertulios fué á la casa de socorro en busca de médicos, é interin estos no venian, el Sr. Perez hacía beber tila á los lesionados, y preparaba hilas y vendajes para las primeras curas.

A todo esto no se oían más que denuestos contra el pobre Antonio, que, solo á la ligereza de sus piernas, debió el llegar entero á su casa.

III.

DESPUES DEL BAILE

Pero ¡en qué estado tan lastimoso arribó á su domicilio despues de aquel deshecho temporal!

Once dias permaneció en cama sin que le abandonara la fiebre; el médico llegó á temer por su vida, pero al fin consiguió devolverle la salud.

Los sucesos de la noche del baile le parecian un sueño al discípulo de Cameli; más, bien pronto, su criado le hizo ver la triste realidad entregándole un paquete de cartas y tarjetas.

La primera epístola que leyó era de Julia; en ella le llamaba loco y mal caballero, y le prohibía que volviera á acordarse del santo de su nombre. La segunda era del amigo que le llevó al baile; le intitulaba estúpido y le exigía una satisfacción. La que leyó despuéś era del Sr. Perez; le apellidaba sacamuelas y le retaba á un duelo á muerte; é igual reto le dirigian una docena

mas de señores en nombre de otras tantas señoras contusas de menor cuantía.

Antonio, no sabiendo como acudir á aquella colección de duelos, consiguió de los ofendidos que el desafio se llevara á cabo con el que designara la suerte; y el Sr. Perez, que fué el favorecido, atravesó una mano á Antonio, con cuya sangria se dieron todos por satisfechos.

Desde entonces, Antonio huye de los bailes como el demonio huye de la cruz, y el recuerdo de aquella malhadada polca lo tiene siempre muy *á la mano*.

Y es natural. ¡Quedó manco en el desafio!

2.4 A LA VIRGEN DE LA FUENCISLA

PATRONA DE SEGOVIA

-

Para cantar tu celestial grandeza,
Concédeme, ¡oh, Maria!
La luz que irradia el sol de tu pureza,
Y á su dulce calor el alma mia
Podrá con tierno anhelo,
En alas de tu amor volar al cielo.
El hombre, peregrino
De la vida en el árido desierto;
Bajel cuyo destino
Le obliga á navegar sin rumbo cierto;
Cuando invoca tu nombre, madre mía,
De su pecho mitígase el quebranto,
Y, con la fé por guia,
Los raudales de llanto
Vé trocarse en raudales de alegría.
Un tiempo, á mi hondo duelo
Hallé en tu templo bienhechora calma,
Y, lejos hoy del segoviano suelo,
Con los ojos del alma

Tu rostro admiro en el azul del cielo.
Y ¿cómo no admirarte, madre mia,
Si la reina eres tu de mis amores,
Mi soñada alegría,
Mi esperanza, mi guía
Y el bálsamo que cura mis dolores?
Niño era yo y al declinar la tarde,
Cuando del sol poniente
Se ocultaba la luz en occidente,
Dando á la tierra su postrer alarde,
A tu ermita, de luz y encanto llena,
Mis pasos presuroso encaminaba,
Buscando alivio á mi profunda pena,
Porque léjos me hallaba
De mi madre que tanto idolatraba.
Puesto ante tí de hinojos,
En tí fijos mis ojos,
Rota mirando del dolor la palma,
¡Qué dulce bien mi corazón sentia!
¡Qué grato aroma perfumaba mi alma!
¡Qué dichoso era entonces, madre mía!
A la ciudad tornando,
El Eresma envidiaba el gozo mio,
El mismo Eresma que me vió llorando,
Cuando al ir á tu templo caminando
Mi llanto daba al apacible rio.
Crecí en años; la suerte
De tu santuario arrebatóme léjos,
Mas, aunque nunca ya volviera a verte,
Hoy, como ayer, y hasta que caiga inerte,
Alumbrarán mi alma tus reflejos;
Que eres tú sola de mi vida el faro,
Mi dulce bien y mi constante amparo.
Nunca en vano he acudido
A tí, Virgen amada;

Nunca que te llamé me has desoido;
Nunca de mi alma el eco dolorido
Llegó en vano á tu célica morada.
Una noche, —jamás de mi memoria
Su recuerdo se aparta, —el angel mio,
El angel de mi amor, mi bien, mi gloria,
Agonizaba sobre el lecho frio,
Y al lado de él lloraba conmovida
La dulce compañera de mi vida.
—«Madre de Dios, consuelo del que llora»—
Exclamé ante aquel cuadro de amargura—
«Por esta madre que tu auxilio implora,
Que no alumbre la aurora
Del hijo de su amor la sepultura.
¡Salva, madre querida,
Del tierno niño la inocente vida!»—
No sé después lo que sentí en el alma;
Un eco celestial llegó á mi oido,
Durmióse el niño con tranquila calma;
La aurora al despertar le halló dormido,
Y el sol resplandeciente
Al alumbrar su despejada frente
A la vez alumbró nuestra alegria,
¡Ya el niño sonreía!
¡Ah! Cuántas otras veces,
Del dolor al probar las túrbias heces,
Cariñosa apartaste
De mis labios el cáliz de amargura,
Y en bien mi mal trocaste
Y mi pena en ventura.
Por eso noche y dia,
Virgen de la Fuencisla, yo te llamo,
Lo mismo en mi dolor que en mi alegria,
Y por eso con júbilo te aclamo
Reina del alma mia.

La luz de mi esperanza
Se aviva más y má á tu memoria,
Y en la tormenta, igual que en la bonanza,
Por tí miro la dicha en lontananza,
Por tí pienso en la muerte… ¡y en la gloria!

Noviembre —1881.

2.5 CONCHA PEREZ DE LOS COBOS

En el abanico de Concha Pérez de los Cobos

-

Como la concha en su escondido seno
Guarda perla brillante,
Guarda virtud, al desengaño ajeno,
Tu corazón amante.

Pero no de la perla de la fortuna
Admires envidiosa,
Que es la virtud, de que tu pecho es cuna,
La piedra más preciosa.

2.6 DE TIENDAS

-

—Muy buenos días, Rodriguez.
—Señora, á los pies de usted.
Haga el favor de sentarse.
—¡Muchas gracias!
—No hay de qué.
—Quisiera que me enseñara
Las últimas *nouveautés*
Para un regalo de boda,
Cosa buena, pues Manuel,
Mi esposo, cuando se trata
De cumplir, tiene interés
En quedar á gran altura;
Porque es lo que dice él:
Si se ha de hacer un obsequio,
Ó no se hace ó se hace bien.
—Y dice divinamente.
—Y mire usted lo que es
Mi marido; en su persona
No gasta ni un alfiler,
Pero si de mí se trata,
Ó de las niñas, ó de
Personas á quienes tenga
Afecto, no se halla quien
Le gane á gastar un duro
Y quien dice un duro, diez.

—Vamos, que se vé que es hombre
De gusto.
—¿Que si se vé?
Si no me faltara tiempo,
Ni me sobrara quehacer,
No me volvía á mi casa
Sin contarle ce por be
Algunos rasgos que prueban
Su gusto y su esplendidéz.
Pero, aunque á escape, pues ahora
No me puedo deterner,
Voy á referirle un hecho,
Uno solo, de entre cien.
Estábamos destacados
El año noventa y tres
En Aranjuez, pues mi esposo,
Hoy ya retirado, fué
Comandante graduado
De Teniente Coronel.
Si llega usté á verlo entonces,
No le queda más que ver,
Porque era todo un real mozo
De la cabeza á los piés,
Mejorando lo presente.
—¡Muchas gracias!
—No hay de qué.
Pues bien; frente á nuestra casa
Vivía una tal Belén,
Que era una rubia muy guapa
Y natural de Jerez,
Casada en segundas nupcias
Con un comerciante inglés.
Solíamos visitarnos,
Pero no vaya á creer
Que á menudo, ¡nada de eso!,

Visitas de mes á mes.
    Barrighón se apellidaba
Su esposo, que en gloria esté,
(Pues hace bastantes años
Que el hombre entregó la piel),
Y era un hombre que engañaba
Pues era fino y cortés,
Aunque cargado de espaldas
Y bizco, y había que ver
Como mimaba á su esposa
Y que palabras de miel
Le decía ante la gente,
Y luego era un Lucifer
En su casa y á su esposa
La trataba á puntapiés.
    Porque un botón cierto dia
Le faltaba á su *chaquét*,
Barrighón hecho una fiera
Le dijo denuestos cien
Y le tiró a la cabeza
La mano del almirez.
Ella, más muerta que viva
Y apurando amarga hiel,
Se refugió en nuestra casa,
Y, como es de suponer,
No teníamos más remedio
Que admitirla y así fué.
La tuvimos cuatro meses
En casa á mesa y mantel,
Donde dió á luz una niña,
Que es lo que hubiera hecho usted
Si se hubiera usté encontrado
En nuestro caso.

—Tal vez.
—Mi marido, que no puede
Ningun infortunio ver,
Se interesó por la madre
Y por la niña tambien,
Y cuando el médico dijo
Que ya el viaje podía hacer,
Se brindó, como era justo,
A llevarlas á Jaén,
Donde vivían sus padres
Y daban cada *soirée*
Que temblaba el firmamento;
Y entre valses, *minués*,
Charadas representadas
Y juegos de prendas, se
Divertían de lo lindo
Hasta las dos ó las tres;
Por supuesto á palo seco
Y sin nada de *buffet*,
Ni dulces, ni emparedados,
Ni chocolate, ni té,
Segun después he sabido
Por el Teniente Garcés
Que fué novio de una hermana
De Belén, y si en su red
No cayó y la hizo su esposa,
Como lo pensaba hacer,
Fué porque supo una historia,
Una mentira tal vez,
En que figuraba un título,
No sé si conde ó marqués,
Con el cual cantaba duos
La chica, y eso dio pié
Para que su honra quedara
De la calumnia á mercéd.

Pero volvamos al caso
Porque el hilo se me fué.
Cuando Belen ya repuesta
Pudo meterse en el trén
Á Jaen, como era justo,
Se la llevó en el *exprés*.
Allí estuvo mes y medio
Tratado á cuerpo de Rey
Y, si no es porque el regreso
Le ordenó su Coronel,
De fijo que no abandona
A aquella santa mujer,
Porque, como ya le he dicho,
Y si no, se lo diré,
No se halla un hombre más bueno
Del orbe en la redondez.
Á mi me llenó de gozo
Que lo trataran tan bien,
Y aunque me fueron con cuentos
El Comandante Cortés,
Y el Ayudante, y la esposa
Del Capitan de almacén,
Diciéndome que extrañaban
De mi esposo el interés
Por la andaluza, que era
Una virtud de *doublé;*
Y dále con que si ella,
Y torna con que si él,
No les hice ningun caso,
Sus calumnias desprecié,
Y oí todo lo que dijeron
Como quien oye llover.
Y no crea usted que mi esposo
Mostró tan vivo interés
Y tal afecto á la esposa
De aquel Barrighón cruel
Porque era vecina nuestra
¡No señor! Lo hizo porqué

En consolar al que sufre
Cifra todo su placer.
Y no le quepa á usted duda
Que si en caso igual se vé
Su esposa de usted, la toma
Cariño en un santiamén
Y hace con ella lo mismo
Que con Belén llegó á hacer.
—Esas son suposiciones
Muy atrevidas.
—No á fé,
Porque él practica el precepto
De «haz bien sin mirar á quien»...
Pero á todo esto ¿qué hora
Será?
—Ya dieron las tres.
—¡Jesús! ¿Qué estarán diciendo
En mi casa? Volveré,
Pero despacio porque ahora
No me puedo detener.
—Pues vuelva usted, y sobre todo,
Sin prisas.
—Asi lo haré,
Porque el objeto que quiero
Comprar á usted ha de ser
Bueno, bonito y barato.
Y adios; páselo usted bien.
—Memorias al Comandante.
—¡Muchas gracias!
—No hay de qué.
(—¡Qué amable es este Rodriguez!)
(—¡Qué posma es esta mujer!)

2.7 EL ABISMO

-

Entre los dos, para oponerse impío
A que siempre á mi lado pueda verte,
Profundo abismo colocó la suerte
Que sólo salva el pensamiento mío.

Puente nos niega, indiferente y frío,
Que de nuestro martirio nos liberte,
Y ni oye de mi pecho el ¡ay! de muerte,
Ni mira de tus lágrimas el rio.

Mas ten fé, y en las alas de los vientos
Al cielo tachonado de zafiros
De nuestra pena alcemos los acentos,

Hasta que formen con sus ráudos giros:
Puente de pasionarias, mis lamentos;
Puente de ruiseñores, tus suspiros.

2.8 ¡PÍCAROS NERVIOS!

Decía el ilustre doctor Charcot —el Dios de los neurasténicos, según le llamaba un cliente agradecido, —que las afecciones nerviosas no matan, pero no dejan vivir; y yo creo que el sabio médico se quedó corto en su afirmación, pues me consta que los que padecen esa enfermedad ni viven, ni dejan vivir á los que les rodean.

Y en prueba de ello, ahí está —es decir, estaba, porque ya no figura en la lista de los vivos, —mi amigo y compañero Gutierrez, cuyo desequilibrio nervioso se manifestaba por un casi contínuo movimiento de cabeza, que convertía á ésta en una péndola de reloj. Y como se daba el caso de que el coronel del regimiento en que Gutierrez y yo servíamos como capitanes, era también víctima de los nervios, atestiguándolo el frecuente guiñar de sus ojos, siempre que el jefe se dirigía al capitán en algún acto de servicio, los demás oficiales teníamos que hacer grandes esfuerzos para no dar rienda suelta á la risa ante los guiños del uno y los moviemientos de cabeza del otro.

Tamañas manifestaciones nerviosas, estuvieron á punto de más de una ocasión de causar sérios disgustos.

Y para muestra, ahí van dos botones.

Bajo la presidencia del coronel, y siendo Gutierrez uno de los vocales, se celebró el Consejo de guerra para juzgar á un soldado que había cometido un delito grave. Después de la lectura del proceso, el presidente hizo una pregunta al reo con objeto de aclarar un detalle importante, y su contestación, después de vacilar y de no quitar la vista del coronel, fué afirmativa. Para ver si se ratificaba en ella, le preguntó Gutierrez lo mismo, aunque con otras palabras, y el procesado, mirándole de hito en hito y como sin darse cuenta, negó lo que acaba de afirmar.

Ante contradicción tan manifiesta, le arguyó el coronel, y el soldado aturdido exclamó:

—Perdonde usía; pero no sé qué contestar, pues al guiñarme los ojos he creído que usía me invitaba á decír que *sí*, y después, al advertir el movimiento de cabeza del señor capitan, he

supuesto que con él me indicaba la conveniencia de decir que *no*.

Y poco faltó para considerar tal explicación como un acto irrespetuoso del reo y formarle otro sumario.

Ese mismo capitan Gutierrez, paseando un día por la calle Mayor de Cartagena, se detuvo frente á un almacén de sombreros de señora, y después de mirar el interior de la tienda, continuó sn paseo.

En ella se encontraban el Sr. Pérez y su esposa eligiendo una capota, con la que aquél quería obsequiar á su cara mitad con motivo de acercarse el día de su santo. Convenido el precio, y cuando Pérez se disponía á abonarlo, el dueño rechazó delicadamente el dinero diciéndole:

—No se moleste usted; está ya pagado.

El marido que tenía un génio de dos mil demonios y unos celos de dos mil turcos, se puso rojo de cólera y estuvo tentado de tirar la capota á la cara del comerciante; pero su señora le tranquilizó así:

—¡Ya caigo! Este regalo debe de ser una sorpresa que quiere darme papá, pues me oyó hablar de la capota.

Con esta explicación quedó Perez casi convencido; pero al volver á casa, donde ya estaba el sombrero, no acabó de convencerse, porque su suegro le había marchado al campo aquella mañana y nada pudo preguntarle.

Dos días después, paseando Gutierrez per la calle Mayor según acostumbraba, le llamó el de la tienda de sombreros y á boca de jarro le disparó este saludo:

—Bien puede usted estar satisfecho del regalo. Tanto al Sr. Pérez como á su señora, gustó la capota extraordinariamente; pero sospecharon que era cosa de usted.

Gutierrez sorprendido y agitando la cabeza, exclamó fuera de si:

—¿Qué diablos está usted diciendo? Ni yo sé una palabra de ese regalo, ni conozco á Pérez, ni permito á usted bromas de esa especie.

—Cálmese y haga memoria —continuó el comerciante. —¿No recuerda usted que cuando anteayer estaban aquí los señores de Pérez comprandose la capota, se paró usted en la puerta y con la cabeza me hizo señas para que no la cobrara?

Excitadísimo con tal pregunta, Gutierrez aumentó el movimiento de la parte superior de su individuo, y subió de punto su cólera al proseguir aquél diciéndole:

—¿Vé usted? Esa misma seña me hizo usted anteayer y por eso no cobré el sombrero.

—¡Malditos nervios míos y maldita torpeza de usted! —gritó Gutierrez hecho un basilisco. —¡Si es mi neurastenia la que me hace mover la cabeza sin darme cuenta de ello! ¿Cómo deshacer ahora este lío?

Acto seguido, mi compañero y el comerciante fueron á explicar lo ocurrido al Sr. Pérez, y éste exigió una certificación médica del padecimiento nervioso de Gutierrez, garantizada además por la palabra de honor del coronel.

Esta última exigencia estuvo á pique de producir un nuevo conflicto, pues cuando en presencia de Pérez aseguró el jefe del regimiento que era cierto el vaivén nervioso de su subordinado, empezó a guiñarle los ojos y Pérez le faltó al respeto creyendo que se burlaba de él, y el coronel le tiró el tintero á la cabeza y le puso hecho una lástima; y gracias á la intervención de personas respetables que pusieron los nervios en claro, no llegó la sangre al rio.

¡Pícaros nervios!

Con razón solía decir una joven neurasténica y cursi, parodiando la célebre máxima de San Pablo: —Odia los nervios y compadece á los nerviosos.

¡Y á sus víctimas!

2.9 UNA Y NO MAS

-

Jugando al golfo un baturro
Tuvo tan mala fortuna,
Que se quedó sin un céntimo
Y con la cara muy mústia.
—Vaya, *chiquios*, yo me marcho,—
Gritó el hombre hecho una furia,—
Y que *sus* divierta el Nuncio,
Si divertiros os gusta.
—Cierto es que no te dio el naipe—
Dijo uno de la tertulia;
Y añadió: —¿Es la vez primera
Que á este jueguecico *jugas?*—
A lo que exclamó el baturro:
—¿La primera? ¡Quia! ¡La última!

2.10¿ESAS TENEMOS?

-

A ANGELES

Me han dicho de sopetón
Que tus ojos hechiceros
A un teniente de Lanceros
Han robado el corazón.

Y aunque encuentro natural
Que el cariño que te embarga
Entrará *á paso de carga*
En tu pecho angelical,

Como ignoro los motivos
De ocultarme tu pasión,
Al saberlo, con razón
He perdido *los estribos*.

Tal silencio me atortola
Y en grandes dudas me abraso,
Porque se trata de un paso
Que casi siempre trae *cola*.

Y aumenta mi indignación,
Y dobla mi enojo inmenso,
El no tener ni por *pienso*
Tu reserva explicación.

Dando á mi queja otro giro,
Hasta llego á sospechar
Que te obstinaste en callar
Solo por hacerme *tiro;*

Sin tener en tu obsesión,
Al jugarme tal pasada,
Que se fuera *á la empinada*
Mi profunda indignación.

No estrañes que te alce el gallo
Y que bufe y alborore,
Ni te sorprenda que *vote*
Por cinco mil de á caballo.

Y aunque al escuchar mis quejas,
De tu proceder en pró
Te descuelgues con que yo
Me *apeo* por las orejas,

No te debe de extrañar,
Queriéndote á más querer,
Que mi enojo te haga ver
Dando *rienda* á mi pesar.

Cuando el amor el pecho embarga
Callarlo no viene al caso,
Pues la pasión se abre *paso*
A la corta ó á la larga;

Y de amores la primera
Noticia vé el más miope
Que se desplega al *galope*
Y desfila *á la carrera*.

Si tu amor cierto ó no es
Saberlo muy pronto quiero
Y ya, *lanza* en ristre, espero
Las noticias que me dés.

Que sea ginete me peta,
Si su cariño promete
Que no tendrá su ginete
Los *cascos* á la gineta.

Ya sé que él vive soñando
Con el tálamo nupcial,
Que es fino, atento, marcial
Y *muy maestro marchando;*

Y que es tanta su pasión
Que, ante tu rostro hechicero,
Le dá *saltos de carnero*
En su pecho el corazón.

De *perilla* un hombre así
Le viene al alma que adora,
Si cual la tuya atesora
De ternura un potosí.

En fin, si él forma tu edén,
Mientras el regalo encargo,
Te anticipo al *trote largo*
Mi sincero parabién.

2.11 DOLOR Y RISA

-

Pilar, perdona si con loco empeño
De tus pesares sin cesar me río,
Y si en alas de loco desvarío
Me causa gozo tu enarcado ceño.

Perdona si tu afán juzgando un sueño,
Cuando derramas lágrimas sonrío,
Perdona si me burlo de tu hastío
Y si al verte sufrir sigo risueño.

Pues aunque ves que río con locura
No es mi existencia al sufrimiento agena,
Ni grato bien al corazón augura;

Es que tanto dolor mi alma envenena
Que, porque no te aflija mi amargura,
Con risa encubro mi profunda pena.

2.12 LA CARIDAD

Un angel á quien el cielo
Dió de la humidad las galas,
Batiendo alegre las alas
Vino al mundo en ráudo vuelo.
Donde reína el desconsuelo
Acude con ansiedad,
Y, admirando su bondad,
La apellidan á porfía:
La ciencia, *Filantropía*,
La religión, *Caridad*.

¡Caridad! nombre bendito
Que, en prenda de dulce amor,
Con su sangre el Redentor
Dejó en el Gólgotha escrito.
Su poderío infinito
Alza del polvo al mortal,
Y el influjo celestial
De sus sacrosantas leyes
Une súbditos y reyes
En abrazo fraternal.

Ella al huérfano inocente
Tiende compasiva mano,
Y asilo ofrece al anciano
Y limosna al indigente.
Ella para el delincuente
Perdón se afana en pedir,
Y, si no logran rendir
Sus ruegos al juez severo,
Del cadalso hasta el lindero
Consuela al que vá á morir.

Si la homicida metralla
En la lid siembra la muerte,
Convirtiendo en polvo inerte
De heróicos pechos la valla;
El fragor de la batalla
Á la Caridad no aterra,
Y, haciendo guerra á la guerra,
Con la Cruz Roja aparece,
Y dulce consuelo ofrece
Al que yace herido en tierra.

Vosotras que os embriagais
¡Oh, madres! en dulce calma,
Cuando á los hijos del alma
En vuestros brazos mirais;
Si el ¡ay! doliente escuchais
Del huérfano sin consuelo,
Socorred su amargo duelo,
Calmad su acerba agonía,
Y llorará de alegría
Su amante madre en el cielo.

¡Gloria a tí, sublime don!
Caridad ¡bendita seas!
Y ¡benditas las preseas
Que brindas al corazón!
La limosna y la oración
Te ofrecen placer profundo;
Por tu poder sin segundo
Vamos de la gloria en pos,
Que eres, imagen de Dios,
La redentora del mundo.

2.13 CUENTA REDONDA

-

A un teniente de remplazo,
Que al mes veinte duros tiene,
Le dió, dándole un bromazo,
Su señora al sexto nene.

Y el médico, que de antiguo
Con celo digno de encomio,
En gracia á su sueldo exiguo,
Le visitaba de momio,

Aconsejó á la paciente,
Que estaba muy enfermiza,
Buscar inmediatamente
Para el rorro una nodriza.

Causó al marido sonrojos
Aquella receta impía,
Pero cerrando los ojos
Encargó un ama de cría;

Y la que al fin logró hallar,
Que estaba en los huesos puros,
Se avino el chico á criar
Pagándole al mes seis duros.

Creyó el hombre enloquecer
Ante aquella petición,
Y no sabiendo qué hacer
Tomó una resolución;

Y dijo al ama: —Pues cuente
Con darle, si el plan le halaga,
No seis duros, si no veinte,
Que es lo que tengo de paga.

Mas para que eso le dé
Y no me coma los codos,
Es necesario que usté
Nos dé de mamar ¡á todos!

2.14 BUSCANDO CASA

-

Se empeñó su mujer en cambiar de domicilio, y González no tuvo más remedio que echarse á la calle en busca de casa.

El primer cuarto en cuyos balcones vió papeles, fué un piso segundo de una de las calles más céntricas de la coronada villa; y enterado por la portera de que el dueño vivía en el principal, tiró de la campanilla y un criado le hizo pasar al despacho de su señor.

Era éste un hombre bajo, rechoncho, de mala cara y de peores hechos, como ustedes mismos podrán juzgar.

—¿Qué se le ofrece á usted? —le dijo sin levantarse del sillón en que estaba arrellenado, ni quitarse el gorro que cubría su mal disimulada peluca.

—Se me ofrece, —le contestó Gonzalez, empleando el tono más humilde que pudo, —enterarme de las condiciones de alquiler del piso segundo de esta casa.

—Tome usted asiento, y sirvase contestarme á algunas preguntas que tengo necesidad de hacerle.

—Estoy a su disposición.

—En primer lugar, ¿vive usted actualmente en la corte?

—Si señor; Tabernillas, 90, tiene usted su casa, con permiso de mi casero.

—Entonces, ¿porqué trata usted de mudarse de ella?

—Diré á usted; yo soy casado.

—¡Malo!

—Malo, no señor; me precio de ser un buen marido, aunque esté mal decirlo.

—No lo digo por eso, sino porque es probable que tenga usted hijos.

—Nada de probable, no señor; es fijo que tengo siete que son el encanto de mi casa... cuando están en el colegio.

—¡Hombre! ¿Y á dónde vá usted á parar?

—Cuando voy á Cuenca que es mi pais, y el suyo si lo quiere, voy á parar á casa de una hermana de mi suegra.

—¿Se está usted burlando de mí, caballero?
—Nada de eso; contesto sencillamente a su pregunta.
—Bien, déjese de rodeos, y dígame porqué pretende mudarse de casa.
—Es un secreto de familia; pero puesto que me obliga usted á revelárselo, vá usted á saberlo. Mi mujer es muy celosa, mucho, y ahora se le ha metido en la cabeza que la vecina del tercero y yo... ¿comprende usted?
—Sí, sí; adelante.
—Pues bien, porque esta mañana me vió hablando con ella desde la ventana del comedor, precisamente cuando me asomé para preguntarle dónde estaban las Cuarenta Horas, me ha acusado las cuarenta y hasta ha llegado á decirme que ó nos mudamos de casa, ó se marcha á Cuenca con la hermana de su madre.
—¡Tiene gracia!
—No, señor; maldita la gracia que tiene la tal hermana. En fin, el caso es que no tengo más remedio que dejar mi casa de la calle de Tabernillas, y por eso deseo ver si me acomoda la que usted alquila.
—¿De qué vive usted?
—¡Hombre! ¡Á usted qué le importa!
—¡No ha de importarme! ¿Es usted empleado?
—Si, señor; en la Deuda con doce mil reales, pero la dicha hermana de mi suegra nos dá otros doce mil, y vamos tirando.
—Dijo usted que tenía siete hijos. ¿De qué edad son?
—Le diré a usted: dos son de cuatro años, dos de cinco y tres de siete.
—No me lo explico.
—Ni yo tampoco; quien se lo explica es un óptico de mi calle que atribuye á que usa gemelos mi esposa, el abuso que hace de los gemelos.
—¿Gozan, ustedes, de buena salud?
—A Dios gracias.
—De modo que no estando enfermos estarán ustedes y los chicos sin cesar los suelos.
—¿Pretende usted acaso que andemos por el aire?
—No, señor; pero un inquilino baldado es el bello ideal de un casero.

Gonzalez al oir esto, aunque estuvo tentado de tirarle cualquier cosa á la cabeza, se dominó y siguió aguantando aquel aguacero de preguntas.

—¿Tiene usted criada?

—Si, señor

—¿Y acostumbra á ir á la compra con cesta?

—Supongo que sí.

—Esa costumbre es fatal; con las cestas, al bajar y al subir, se arañan las paredes de la escalera, y no hay material que resista ese roce continuo. En fin, si usted me ofrece solemnemente no hablar con ninguna vecina, poner internos á los chicos y suprimir la cesta de la compra, diré á usted las condiciones del alquiler. En primer lugar...

—En primer lugar, —interrumpió Gonzalez, —ni me acomoda usted, ni su casa, ni hay paciencia que le aguante. ¡Váyase usted á donde fué el padre Padilla!

—¡Y usted á paseo!

—¡Insolente!

—¡Abur!

Y Gonzalez salió pitando.

Siguiendo su empezado *via crucis*, fué á ver al dueño de otro piso que tambien se alquilaba.

—Deseo ser inquilino de su cuarto de la calle de la Bola, —le dijo Gonzalez por via de salutación.

—Poco á poco, caballero; —le contestó, —vamos por partes, porque yo soy muy formal en todas mis cosas, y me gusta que los inquilinos de mis casas se mueran en ellas.

—¿Qué está usted diciendo?

—Nada, que mi ideal es tener inquilinos perpetuos y no ver los balcones de mis cuartos un dia si y otro nó con papeles. Por eso voy á hablarle claro, y si nos entendemos ahora no tendremos ningun disgusto en lo sucesivo. Ruego, pues, á usted que tome asiento y me conteste.

Gonzalez ocupó una silla y se dispuso á sufrir nuevo interrogatorio.

—¿Es usted casado?

—Si señor; tuve esa debilidad en la parroquia de San Ginés.

—No es bastante.

—¿Qué no es bastante? Pues á mi me parece más que sobrado.

—Quiero decir que no es bastante que usted lo diga. Necesito que me exhiba su partida de casamiento legalizada en forma.

—Pero, hombre, ¿á qué viene esa exigencia?

—Le diré á usted. Hoy está el mundo perdido; se encuentra uno cada matrimonio de pega que la dá un petardo al más listo. Hace dos años alquilé el mismo cuarto que pretende usted ahora á un matrimonio de Écija. Pues bien, á los quince dias de instalado en mi casa, se presentó de improviso el legítimo esposo de la inquilina, un hombre muy bruto, y empezó á dar de palos á su consorte. El otro, que á la sazón estaba afeitándose, al oir los gritos y los golpes salió á escena con la cara llena de jabón y armada su diestra de navaja, y quiso salir á la defensa de la víctima. El esposo arremetió entonces contra uno y otro y les obligó á parapetarse detrás de una barricada que formaron rápidamente con sillas, baules, y hasta la jaula del loro. El ataque y la defensa fueron encarnizados, y al cabo de una hora de lucha en que se bombardearon de lo lindo tirándose cuadros, botas, platos y cuanto hallaron á su alcance, con lo que destrozaron las paredes de dos habitaciones, huyó el amante arrojándose por una ventana al patio, en cuya caida destrozó con la cabeza los cristales de la galeria del entresuelo, y por poco mata á un niño á quien estaban paseando en ella por ver de calmarle un acceso de tos ferina. En resumen, que me quedé sin inquilinos durante dos meses y los desperfectos me costaron más de dos mil reales. Por eso exijo desde entonces á cuantos matrimonios solicitan mis casas la exhibición de su partida de casamiento legalizada en toda regla.

—Bien; traeré á usted mi partida.

—¿Es usted político?

—Me precio de conocer las leyes de urbanidad y cortesía.

—No lo dije por eso; le pregunto si pertenece usted á algun partido político.

—Diré á usted; antes era absolutista-federal, pero ahora me he hecho de Silvela.

—No me sirve usted ya para inquilino. Yo quiero personas sin ningún color político. El 22 de Junio de 1866 vivía en el tercero de una de mis casas un correligionario de Becerra y desde los balcones sustuvo un fuego tan graneado con una compañia del

ejército que entre uno y otra me destrozaron la fachada. Por eso quiero inquilinos impolíticos. ¿Se entera usted?

—Si señor, y le juro ser político platónico, y no meterme en jaranas de ninguna clase.

—¿Está usted vacunado?

—Si señor; de brazo me vacunaron cuando era chiquitin.

—No es suficiente; la virtud preservativa no dura más de cinco años y es indispensable que usted y todos los que con usted vivan se revacunen antes de ultimar el contrato de alquiler. De no hacerlo, así están ustedes expuestos á tener viruelas, y mi casa á ser fumigada por el Ayuntamiento, con lo que nada gana el empapelado y pierde mucho el dueño; pues, después, por huir del contagio no se halla nuevo inquilino ni aun rebajando el alquiler.

—Está bien; nos revacunaremos todos los de la familia. ¿Quiere usted más?

—Si, señor. ¿Qué alumbrado usa usted?

—Eléctrico.

—Tiene usted que prescindir de él y reemplazarlo por bujías esteáricas. Esa clase de luz es causa de mil incendios, y yo no quiero que los haya en casas mias.

—Bueno; me alumbraré aunque sea con velas de sebo.

—¿Se recoje usted temprano?

—Si, señor; á las cinco de la mañana.

—¿Y á eso llama usted temprano?

—¡Naturalmente! Tarde sería á media mañana.

—¿Se está usted burlando de mí?

—Usted si que lo está haciendo desde hace media hora; y ni usted se queda conmigo, ni yo me quedo con su casa. ¡Abur, casero atróz! Dios le dé el inquilino que se merece, que teniéndolo usted entre sus sgarras no habrá miedo de que tenga viruelas, ni plaga alguna. Bastante plaga tendrá con usted.

Y se marchó echando pestes.

Dos meses lleva Gonzalez buscando casa sin encontrarla y pasando la pena negra con los caseros de Madrid.

¿Cual será el término de su via crucis?

Irse á vivir á una cueva.

Por supuesto, que si así no lo hace alcanzará en la gloria un puesto muy merecido, y andando el tiempo figurará su nombre en los almanaques de este modo:

SAN N. GONZALEZ Y LOS INNUMERABLES INQUILINOS MÁRTIRES DE MADRID. *Se saca ánima*.

2.15 LA GRAN PAREJA

AL INSIGNE ACTOR FERNANDO DIAZ DE MENDOZA

Cuando, por ahogar el mal,
El diluvio universal
Hizo del mundo una charca,
Y tan solo los del Arca
Capearon el temporal;

En cuanto en seco se vieron,
Del Arca de dos en dos
Como entraron se salieron,
Y de dos en dos se fueron
Por esos mundos de Dios.

Y de este modo gentil,
Siguiendo costumbres viejas,
Desde el hombre hasta el reptil
Aun discurren por parejas
Como la guardia civil.

Así en carrera seguida,
Comiendonos la partida,
E igual en duelos que en bailes,
Recorremos esta vida
A pares como los frailes.

Y cifrando su placer
En el amor de otro ser,
Del sepulcro hasta la zanja
Van el hombre y la mujer
Tras de su media naranja.

Más como es un caso raro
Pasar de la boda el aro
Y hallar la dicha en la tierra,
Aún el de paz más avaro
En vez de paz halla guerra.

Ya porque ella es un Nerón
Y el tiene instintos bastardos
Y nada de Salomón,
Ya porque él es un bribón
Que se vá de picos pardos;

Todos, si bien se repara,
Aunque lo oculte la cara,
Van de desliz en desliz,
Que en el mundo es avis rara
Una pareja feliz.

Si es ella buena, él es malo;
Si él es listo, ella es un zote;
Si de ella el saber propalo,
El merece más de un palo
Por tonto de capirote.

Y aunque este y aquel y mil,
Del mundo por el carril,
Siguiendo costumbres viejas,
Van y vienen por parejas
Como la guardia civil,

Por la más pequeña cosa,

Renegando él de su esposa
Y ella á la vez de su esposo,
Hasta que caen en la fosa
No logran paz ni reposo.

Solo tú, por excepción
De la regla general,
Al santificar tu unión
Descubriste el gran filón
De la dicha couyugal.

Y es natural, pues Maria
Es de talento un tesoro,
Y el tuyo es de tal valía
Que los dos en compañía
Valeis el oro el moro.

Pobre es el aplauso mio,
Mas, aunque modesto don,
En que lo acepteis confio,
Siquiera porque os lo envío
Con todo mi corazón.

Seguid de la gloria en pos,
Aunque hoy de España os aleja,
Unidos siempre los dos,
Pues hacéis una pareja
Que está bendita de Dios.

Y hasta que os vuelva á admirar
Siempre os tendrá en su memoria,
Que en tu patria no hay hogar
Donde no se alce un altar
Para ensalzar vuestra gloria.

2.16 A CELIA

—

Torna tus ojos de ternura llena
Y, al mirar de mi pecho la amargura,
Ven á calmar la negra desventura
Que con tenaz empeño me envenena.

Tú, de la vida al sufrimiento agena,
Sueñas con el placer y la ternura,
Y el sol que dora la ilusión más pura
Aumenta el brillo de tu faz serena.

Angel de amor, para el amor creado,
Que como faro de lejano puerto
Alientos brinda á quien su luz percibe;

Ante tu vista olvido mi pasado,
Y el corazón, á la esperanza muerto,
A la esperanza de tu amor revive.

2.17 «EL TESORO DE LA REINA»

—

SENOR DON ANDRÉS BLANCO. Querido amigo:
Su Tesoro he leído, de gozo lleno,
Y me ha gustado tanto,—Dios es testigo—
Que al final he exclamado: ¡Viva lo bueno!

Usted que en cien Florales, con lira egregía,
Logró ceñir el láuro que le avalora
Y hasta alcanzar un premio, dádiva régia,
Que es una rica alhaja que da la hora,

Buscando en la novela mas grande espacio,
En unas vacaciones del mes de Junio,
Escribió y dió á los vientos, sin más prefacio,
Sus Escenas Murcianas y su Infortunio.

Huertanos y Franceses publicó luego,
Logrando esos tres libros éxito franco,
Y el que en verso dió pruebas de no ser lego,
En prosa dió señales de no ser manco.

El público ilustrado le aplaudió á coro,
Y hoy, ya de novelista con la patente,
En un lindo volumen nos dá El Tesoro
De la Reina, que es obra sobresaliente.

De alto abajo dos veces me lo he leido,
Y que haya repetido cosa es muy justa,
Que en las mesas mejores está admitido
Que se repita siempre que un manjar gusta.

Siga usted de la gloria por el sendero
Y llegará á la cumbre. ¡Yo se lo digo!
Yo que nunca dí bombos, ni darlos quiero,
¡Y así me luce el pelo, mi buen amigo!

Que le dará ese libro gloria completa
Aquí le profetizo de modo expreso;
Y si cree que en su patria nadie es profeta,
Ya verá que conmigo no reza eso.

La crítica hacer quise de su Tesoro
Por ver si le podía dar algún palo,
Y cuanto más lo leo, más me cercioro
De que en todo el volumen no hay nada malo.

Pruebas de que es muy bueno tendrá á docenas,
Y lo que más le envidio,—voy á ser franco,—
Es que al leerlo las rubias y las morenas,
Sin remedio sus ojos pondrán en Blanco.

Esa gloria, del cielo vivo trasunto,
Será el premio más grande que usted reciba,
Y por eso á mis coplas poniendo punto,
Como empecé, concluyo, dándole un ¡viva!

2.18 ELADIA BAUTISTA PATTER

A la inspirada poetisa Eladia Bautista Patter

EN LA MUERTE DE SU HIJA CÁRMEN

—

Quince años hace que viendo
De mi alma apagado el Sol,
Sentido canto ofreciste
Al hijo que aun lloro yo;
Y hoy, por igual rudo golpe
Herido tu corazón,
A la hija de tus entrañas
Alzo mi doliente voz.
Juventud, belleza, ingenio,
Virtud, ternura y candor,
En el ser que era tu encanto
El Sumo Bien compendió;
Y al arrancar de tus brazos
Al ídolo de tu amor,
En sombras quedó tu alma,
Tu hogar en sombras quedó.
Madre infeliz, que la senda
Del mundo cruzas velóz,
Soñando ver en el cielo
Al ser que al cielo voló:

No á la tierra tus miradas
Dirijas, pónlas en Dios,
Que no hay consuelo en lo humano
Para tu inmenso dolor.
El, infundiendo en tu alma
La santa resignación,
Pondrá en tu profunda herida
El bálsamo bienhechor.
Pero no seques tus lágrimas
De tu pecho en el crisól,
Que los que en el mundo lloran
Bienaventurados son.

—

Consuelos quise ofrecerte,
De mi amistad al calor,
Y solo un raudal de llanto
Te ofrezco de afecto en don.
Perdona, Eladia, perdona
Si hago tu pena mayor.
Pero no esperes consuelo
De quien nunca lo encontró.
Y adios, que el cielo mitigue
De tu hogar triste el dolor
Y tu hija premie en la gloria
De sus padres la aflicción.

2.19 LA MUJER POLÍTICA

—

Á JOSÉ VELARDE

—

La que fingiendo aversión
Al hombre, constantemente
Tiene en casa al presidente
De alguna congregación;
Y con su lengua infernal,
Ya en sátira, ya en bucólica,
Calumnia á todo mortal...
Neo-católica.

La que, impávida y serena,
Distinguiendo de colores,
No quiere tener amores
Si no merecen la pena;
Y á su conveniencia mira
Con el alma sosegada
Y en el cálculo se inspira...
Moderada.

La que, al brillar el albor
De su juventud risueña,
Tan solo en unirse sueña
Al ídolo de su amor;
Y vive dada al demonio
Y se aburre y se contrista
Si tarda su matrimonio...
Unionista

La que, su triste viudez
Llorando de luto llena,
Para mitigar su pena
Busca marido otra vez;
Y segunda boda al punto
Consigue ver realizada
Sin pensar en el difunto...
Resellada.

La que desde tierna edad
Por atrevida descuella,
Gustando de que con ella
Tengan cierta libertad;
Y con suspiros de fuego,
Que no hay hombre que resista,
Remeda el himno de Riego...
Progresista.

La que de genio aguerrido,
Sin encontrar quien le tosa,
Por la más pequeña cosa
Amenaza á su marido;
Y haciendo de amor derroche
Vuelve al templo conyugal
A las tantas de la noche...
Federal.

La que, impolíticamente
Llamada mamá política,
A su yerno pone en crítica
Situación continuamente;
Hasta que el pobre mortal
Halla paz en una soga
Ó tirandose al canal...
Demagoga.

Y, por último, la que
Abrumada por los años
Ni tiene goces, ni daños,
Ni siente, ni oye, ni ve;
Y á su cuerpo paralítico
Busca descanso final,
Por su destino fatal
No tiene color político.

2.20 OTRO DRAMA NUEVO

—

I

Una noche de Enero de 1873 llegué en el exprés del Norte á la estación de la puerta de San Vicente en Madrid, de regreso de Segovia. La coronada villa no me era entonces muy conocida, y no sabiendo á dónde dirigir mis pasos, acepté los buenos servicios del primer gallego que se me presentó. Este, echando sobre sus fornidos hombros mi maleta, me condujo á una casa de huéspedes de la calle del Lobo.

Una vez allí, quedé instalado en una habitación algo parecida á una grillera, prévia la presentación á Dona Mariquita, que asi se llamaba la patrona, y ajustadas entre ella y yo las condiciones de pupilaje. Acto seguido despedí al gallego, el cual bajó la escalera, no sin asegurarme antes que quedaría muy contento de la casa, pues la señora era paisana suya é hija de un que fué Corregidor de Lugo; y que, en cuanto á tranquilidad, no encontraría casa igual en todo Madrid.

El cuarto que ocupé se componía de una sala microscópica y de una alcoba más microscópica todavía, y su mobiliario era sumamente modesto y escaso. La habitación era, en cambio, abundante en puertas; cuatro, nada menos, conté cuando me quedé solo. La primera comunicaba con la antesala, la segunda con una galería, la tercera daba paso al comedor, y la cuarta, que era de cristales, prudentemente cubiertos con unos visillos de color indefinible, se encontraba cerrada y supuse comunicaria con la habitación de algun otro huésped.

Después de esta ligera revista me acosté dispuesto á descansar profundamente, pues el viaje había sido abundante en peripecias y mi cuerpo estaba harto molido y fatigado.

II

Dos hora próximamente llevaría gozando de las delicias de Morfeo, cuando un rumor extraño llegó á mis oidos y me hizo incorporar en la cama. Abrí los soñolientos ojos y ví iluminada, á través de los cristales, la habitación inmediata á la mía, al mismo tiempo que escuché las siguientes palabras, que me erizaron el cabello:

—¡Mátala! ¡Matalal—decía una voz estentórea.—Su última hora ha sonado. ¿Qué te detiene? ¿Vacilas? Pues bien, ¡morireis los dos! ¡Toma!...

Y al decir esto debieron dar algo, pues yo percibí claramente un ¡ay! de dolor de la presunta víctima.

Otra voz dulce, apenas perceptible, que juzgué sería de mujer, exclamó:

—¡Piedad! ¡Piedad, padre mio! ¡Matadme, pero perdonad á mi hermana, que es inocente!

—¡Inocente, dices!—continuó el de la voz estentórea. —¡Mira, mira estas cartas y muérete de vergüenza!

Siguió una pausa.

Yo abrí los ojos cuanto pude, creyendo que era un sueño lo que acababa de oir, y el silencio volvió á que reinar en la habitación vecina, comenzó á tranquilizarme.

Volví á apoyar mi cabeza en la almohada, y cuando estaba á punto de reanudar mi interrumpido sueño, nuevas voces, más terribles aun que la primera vez, me hicieron incorporar precipitadamente.

El iracundo vecino exclamaba:

—¡Hé ahí la víctima primera de mi venganza! Contempla el cuadro que tienes á la vista y llora lágrimas de sangre. Dentro de una hora, cuando los criados penetren en esta habitación, encontrarán solo tres cadáveres. Tus momentos, como los míos, están contados; el veneno producirá en breves instantes sus terribles efectos, y todo habrá concluido...

—¡Socorro! ¡socorro!—exclamó la voz débil;—¡morir cuando todo me anunciaba amor y dicha!...

—¡Calla! ¡Calla, ingrata! Tal vez tu cómplice nos escucha; tal vez tras esa puerta nos está espiando... pero todo es inútil. Conozco sus propósitos y pronto caerá en el lazo. Sé que ha llegado hoy á Madrid...

No pude resistir más. En la habitación inmediata se estaba cometiendo un horrible crimen, y yo, sin saber cómo, estaba complicado en él.

Salté de la cama, y cogiendo mi revólver, me arrojé con tal impetu sobre la puerta de cristales, que, rompiéndose el pasador que cerraba sus hojas, estas se abrieron y penetré en aquella mansión del crimen, no sin derribar á mi paso un velador y con él la bujía que iluminaba aquel cuadro. Todo quedó en tinieblas.

Entonces el hombre, cuya voz pocos momentos antes había pronunciado tres sentencias de muerte, abrió precipitadamente un balcón que daba á la calle y empezó á gritar:

—¡Ladrones! ¡Ladrones!

—Silencio!—le dije enseñándole el revólver, que debía distinguir gracias á la débil luz que entraba de la calle.

Mi hombre se contuvo.

—Soy—continué diciéndole,—un hombre pacífico, que, ocupando como huésped la habitación inmediata, he podido enterarme de sus crímenes. El corazón de usted debe ser de piedra cuando permanece tranquilo en esta morada de la muerte.

Mi desconocido soltó una carcajada y yo empecé á temblar creyendo encontrarme en la morada de un loco. Encendí entonces la bujía, y al mirar en mi derredor ví con sorpresa que nada revelaba las sangrientas escenas que habían tenido lugar.

—Dispense usted—me dijo el desconocido,—la mala noche que ha pasada por mi causa Creí que seguía desocupada la habitación contigua, y sin temor estaba declamando el acto primero de un drama nuevo, de que soy autor.—Y al decir estas palabras me enseñó un desordenado volúmen de cuartillas manuscritas.

—Mi drama—continuó—se titula: Inés la desgraciada ó Terribles consecuencias de un purísimo amor contrariado. Algunos envidiosos dicen que el título no va á caber en los carteles, pero yo presumo que menos cabrá la gente en el teatro cuando mi obra sea conocida. Tiene escenas verdaderamente conmovedoras.

—En cuanto á eso —le dije,—puede usted estar satisfecho. Esa escena de los envenenamientos hará llorar á las bambalinas.

Después de algunos ofrecimientos de mútua amistad y decidido á echar la noche á perros, me resigné á oir á boca de jarro la lectura del drama en la que su autor empleó cuatro horas.

Ya brillaba el dia cuando me retiré á mi habitación y me dormí.

III.

Dos meses después de aquella para mi memorable noche, leyendo un periódico de noticias, me encontré con el suelto siguiente:

«Anoche presenciaron los concurrentes al coliseo de la plaza de la Cebada la silba más estrepitosa que registran los fastos teatrales. Se estrenaba un drama en seis actos, original de D. N. N., conjunto tal de desatinos, que el público, al terminar las primeras escenas en las que quedaban fuera de combate tres personajes de la obra, prorrumpió en voces y silbidos, teniendo que darse por terminada la función. Nosotros creemos, como dice Moratín en una de sus comedias, que obras de la índole de la de anoche debieran representarse en la Plaza de Toros.»

IV.

Al concluir la lectura del suelto me sonreí involuntariamente.

El público del teatro de Novedades, al castigar al mal autor, había castigado también al mal vecino.

2.21 EN LA MUERTE DE MI QUERIDO AMIGO

DON JOSÉ MARIA GODINEZ

—

¡Otro más! De mi vida en el ocaso
Mis mejores amigos me abandonan,
Y al ver como mis penas se eslabonan
Del sufrimiento el límite rebaso.

La vista alzando hasta el celeste raso,
Preces tus hijas y tu esposa entonan,
Y tus virtudes, que en su afan pregonan,
De la ansiada mansión te abren el paso.

A hacer bien consagrando tu existencia,
Cuantos en tí encontraron su consuelo
Hoy lloran sin cesar tu eterna ausencia.

Mas en gozo trocar deben su duelo:
Como no te pesaba la conciencia,
En alas de la fé volaste al Cielo.

2.22 A LA PAZ

—

CON MOTIVO DE LA ÚLTIMA GUERRA CIVIL

—

Dando á los hombres de su amor raudales
«¡Hermanos sois!» el Hacedor exclama,
Mostrando entre sus manos celestiales
Del verde olivo la fecunda rama.

Rama bendita á cuya sombra crece
La paz que el alma sin cesar ansia,
cuyo aroma bienhechor ofrece
Tesoros de esperanza y de alegria.

Supremo bien á que el mortal aspira,
Iris de dicha, refulgente aurora:
¡Quien, si llega á alcanzarte, no te admira!
¡Quien, si llega á perderte, no te llora!

Tú de la guerra ahuyentas los horrores,
Por tí los pueblos logran ser felices
Y, bálsamo ofreciendo á sus dolores,
No hay herida que tú no cicatrices.

¡Oh, ansiada paz, que á la española tierra
Tu luz le niegas con tenaz porfia,
Viendo como las nubes de la guerra
El cielo enlutan de la patria mia!

Oye mi voz y tu piadoso manto
Tiende sobre tus hijos amorosa,
Secando compasiva el hondo llanto
Del huérfano, del padre y de la esposa.

Y orna con flores el postrer asilo
Del soldado que, ornado con la palma
Del mártir del deber, miró tranquilo
A la eterna región volar su alma.

¡Oh, dulce paz, emanación del cielo!
Desciende cual benéfico rocío,
De tanta madre á consolar el duelo
En tanto hogar desamparado y trio!

En calma torna nuestro afan inmenso
Tu luz dejando que á mi patria alumbre,
Mientras sus himnos, cual sagrado incienso,
Del cielo irán hasta la excelsa cumbre.

Y trocados en flores los abrojos,
Y en bienestar trocada la agonía,
España, al fin, sin lágrimas sus ojos,
Brillar verá de su ventura el dia.

Mas si de nuevo hay alguien que se atreve
La paz á arrebatar del pátrio suelo,
Como castigo á su traición aleve,
¡Caiga sobre él la maldición del cielo!

2.23 LO DE SIEMPRE

—

De tus ojos la mirada
Me causó tal impresión,
Que te dije mi pasión
Como quien no dice nada.

Con la inocencia de un niño,
Al darte mi alma creí
Que guardabas para mí
La perla de tu cariño.

Mas, aunque pago á mi asedio
En tu ternura encontré,
Matando mi amante fé
Me partiste por en medio;

Pues sin tener de mí queja,
Cuando ciego te adoraba,
Te vi pelando la pava
Con otro tras de tu reja.

Y hoy dándome á Belcebú,
Suelo exclamar tristemente:
¡Que me claven en la frente
La perla que guardes tú!

2.24 ¡FELICIDADES!

—

A MI QUERIDO AMIGO

JOSÉ MÁS DE BEJAR

—

Aunque desde tiempo largo
Duelo amargo en mi alma anida,
De dulces te mando un cargo.
¡Siempre lo dulce y lo amargo
Van juntos en esta vida!

Tu santo la iglesia hoy reza
Y á cantarlo con presteza
Me lanzo en un dos por tres,
Aunque me salga un ciempiés
De los piés á la cabeza.

De tu sabio padre fui
Más que un amigo un hermano,
Cuyos triunfos aplaudí,
Y, si fuí su hermano, es llano
Que soy un tio de ti.

Soñar no pude jamás
Gloria que tanto me auxilia,
Pues deja á todas atrás.
¡Tener yo gloria de más!
¡Qué honor para la familia!

Tu hogar, que irradia alegria,
Formar puede cualquier dia
Una trinidad non plus:
¿No os llamais José y Maria?
¡Pues venga un niño Jesús!

Tu, ciencia el mal combatiendo,
A enfermos mil presta auxilio
Y, de tu fama en refrendo,
Dia y noche vas repartiendo
La salud á domicilio.

Como vales un Perú
Rajando y pinchando al pelo,
No hay dolor que te haga el bú,
Ni operador como tú
Bajo la capa del cielo.

¡Quiera Dios, de dicha llenos
Brindarte dias serenos,
De tus triunfos á compás,
Y que al ir tu vida á menos
Tu renombre vaya a más!

En Dios y en la ciencia fijos
Tus ojos, de regocijos
Te colmarán á porfía
El amor de tu Maria
Y los besos de tus hijos.

Como en tu bien me recreo
Y de quererte alardeo
Con todo mi corazón,
Que reine siempre deseo
La ventura en tu mansión.

Y que del tiempo el correr
Haga en premio á tu valer,
Ya que vales un Perú,
Que llegues abuelo á ser
De otro doctor como tú.

2.25 ALZA Y BAJA

—

Ayer, cuando á un malhechor
En capilla le ponian,
A consolarle acudian
Su juez y su defensor.

Hoy, ansiando referir
Sus sufrimientos postreros,
En tropel los noticieros
Le asedian hasta morir.

Y ve triste el corazón,
Y el ayer por eso ensalza,
El noticierismo en alza
Y en baja la compasión.

2.26 ¡AL CIELO!

Desde la cuna hasta la helada huesa
Persigue el hombre la ventura humana,
Y cuanto más en su ansiedad se afana
Se aleja más la codiciada presa.

Su impotencia, orgulloso, no confiesa
Y á un mañana sucede otro mañana,
En la vejez como en la edad temprana
La marca del dolor llevando impresa.

En pos del más allá con loco anhelo
Cruza el alma este valle de amargura,
Y, cuando rasga de la muerte el velo,

Un ángel descendiendo de la altura
«Allí,—le dice señalando al cielo,—
Allí no más existe la ventura».

2.27EL ALBUM DE ADELA

—

Cada cosa tiene su época, y la época del álbum de versos pertenece á la época antigua.

En vano en estos últimos años se ha pretendido sacarlos nuevamente á luz disfrazados de abanicos; todo ha sido inútil. El abanico de versos ha tenido menos vida que el álbum, y uno y otro están amenazados de muerte.

Así sucede con todas las cosas en este pícaro mundo. Se saluda su aparición con entusiasmo, hacen furor más ó menos tiempo, y vienen á caer en la sima del olvido, ó en la del ridículo que es aun más espantosa. En esta última ha venido á dar el álbum de versos, y, dígase lo que se quiera, muy merecida la tiene.

Comprendo que se hagan versos á la mujer amada; que se ponga en las nubes su belleza; todo esto es muy santo y muy bueno. Pero escribir poesias á mujeres que no hemos visto ni en estampa; llamar claros á unos ojos que pueden ser turbios; decir que es palma gentil quien puede ser jorobada; y, en fin, prodigar elogios que las mis veces son verdaderos sarcasmos, es injusto, es intolerable, y hasta constituye un delito que deberia tener su sanción penal en el código.

Y al hablar así no trato de eludir la parte de castigo que pueda corresponderme; ¡nada de eso! Yo también, in illo tempore, he escrito renglones desiguales en álbums cuyas dueñas me eran desconocidas: no puedo hacer más pública confesión de mi falta. Absuélvame ahora el lector, si no halla inconveniente, en gracia á mi arrepentimiento.

Pero á la vez que recuerdo con pena el tiempo perdido en hacer versos para álbums, debo también declarar que la lectura de algunos de esos volúmenes me ha producido ratos deliciosos.

Uno, entre todos, dejó sus páginas tan grabadas en mi memoria, que bien puedo ofrecer al lector el contenido de algunas de ellas.

El álbum de Adela, que Adela era el nombre de su dueña,—una muchacha digna de mejor suerte en cuestión de versos—era un libro que deberian declarar de texto para lectura de las escuelas del reino. En sus páginas habian echando el resto unos cuantos poetas anónimos, y no acierto á comprender cómo la tal Adela no echó por la ventana sentejante almacen de herejías.

Juzgue el lector; pero antes de seguir leyendo, ármese de paraguas porque el aguacero que le preparo es terrible.

¡Agua vá!

«A mi sobrina Adela

Que un tierno corderito comer quiera
Todas las buenas flores y las malas
Que cria Ceres y destruye Palas
En toda la extensión de una pradera;
Que eclipse un topo á una águila altanera,
Y que venza una hormiga á un elefante
Es quererte imitar en ser constante.»

¡Imitar es!

A la vuelta de la hoja que contenía la anterior octava federal, se veía la siguiente delicadísima

«Fábula

LA CURIOSIDAD
Un gato con suavidad
Se asomó á un postigo abierto;
Y ¿qué vió? ¡Otro gato muerto!
Esto es la curiosidad.»

¡Qué atrocidad! La curiosidad un gato muerto. Doblemos la hoja.

La vida campestre se intitulaba una descomposición poética que ocupaba siete páginas del álbum. En la imposibilidad de copiarla integra, ahí va un trozo que no tiene precio:

. . . .

«En otras ocasiones
Voy á Torrelodones,

Por la tarde ó por la mañana,
A casa de mi hermana Juana;
Y oigo al maestro dar lecciones
Y al párroco recitar sus oraciones
Para que nos libre Dios de mal y de ladrones,
Porque á ninguno le acomoda ni le conviene
Que malvadamente le quiten lo que tiene;
Y preguntando por uno y otro cura
Que siguen sin novedad me responden con finura;
Y, al saber que todos goz in de buena salud y buen trato,
De alegría de ello y de que todo está barato,
Me tiro contra un colchón y no me mato.»

. . . .

Lector, ¿no te has quedado turulato?

Pues descúbrete ahora que habla una poetisa:

«A mi sobrina Adela

Hermana de corazón
Te apellida en su ilusión
El alma de amistad avara,
Y serlo tuya declara

SALVADORA CARRIÓN.»

¡Valiente declaración!

Otra quintilla, no menos inspirada que la anterior, obra sin duda de algun émulo de Estrada, el famoso inventor de la poesia pentacróstica laberíntica, constituía el siguiente

«Acróstico

ngel de mis amores,
ivinidad celestial
den de los trovadores,
os sones de mis inspiraciones
coge por caridad ya.»

¡Ya!

Modelo de desenfado y de fuerza de inspiración, son los siguientes renglones, fruto sin duda de algun ingenio enamorado de Adela:

«Mi aspiración

Quisiera ser el sol que alumbra el dia
Para besar tu candorosa frente;
Aura quisiera ser y así podría
A tu cuarto llegar secretamente.

Cien coronas de reyes y de czares
No valen lo que un beso de tu amor;
Por eso yo te juro en mis cantares
Despreciar de la suerte los azares
Si calmas de mi corazón el fiero ardor.»

¡Lástima grande que el papá de la niña no calmara los ímpetus de este tenorio!

Por mi parte, calmo los mios y desisto de copiar más engendros poéticos.

Compadece ¡oh lector! á la mal aconsejada Adela, cómplice inconsciente de aquel álbum criminal, y odia á los que en él pusieron su firma.

Para ellos, sin duda, escribió un inspiradísimo autor dramático la siguiente quintilla:

Esta canalla maldita
De autores, merece palos,
Porque á la verdad irrita
Que una niña tan bonita
Inspire versos tan malos.

¡Y basta de versos!

2.28 LA MEJOR OFRENDA

—

EN LA FIESTA DEL ÁRBOL

—

Desde que Eva por su mal
Sacó al pobre Adan de quicio
Y este, que era servicial,
Nos hizo un flaco servicio,

Por más que igualdad pregone
Quien odia mañas añejas,
La humanidad se compone
De zánganos y de abejas.

Unos viven trabajando,
Otros el bulto escurriendo;
Aquellos el pan ganando,
Estos la salud perdiendo,

Y es la tiera ejemplo vivo
Del trabajo y la pereza:
Arboles dá su cultivo
Y su abandono maleza.

Esta, de insectos guarida,
Se retuerce por el suelo;
De aquellos la copa erguida
Nos hace mirar al cielo.

Cuando la tierra al hollar
Un árbol miro surgir,
Su vista me hace pensar
En mi oscuro porvenir.

Quizás de ese árbol frondoso
Las tablas procederán
Que en la mansión del reposo
Mis huesos encerrarán.

Tal vez si ola gigantea
Destroza mi embarcación,
Una tabla suya sea
Mi tabla de salvación.

Quizás si el hacha le rinde
De la suerte por azar,
Calor con sus llamas brinde
En el invierno á mi hogar.

Ó será de su madera,
De mis nietos para gloria,
El ásta de la bandera
Que les lleve á la victoria.

Y de mi fé ante la luz
En cada árbol considero
Que de un árbol fué la cruz
Que redimió al mundo entero.
Plantar sin egoista afán
Arboles no es labor vana;
Si hoy no, su sombra mañana
A nuestros hijos darán.

Cubran ellos nuestra senda
E iremos del bien en pos,
Que es el trabajo la ofrenda
Que llega más pronto á Dios.

2.29 AMOROSA

—

Cuando tu vida resbaló serena
Gocé con tu alegría,
Y hoy que el dolor al alma tuya apena
Se apena el alma mia.

La existencia fugaz con lazo estrecho
El bien y el mal empalma,
Y tras la tempestad surge en el pecho
La bienhechora calma.

Si hoy del destino los rigores lloras,
Tal vez mañana rias
Y trocadas en dichas seductoras
Verás tus agonías.

Cual rasgan á la noche el manto espeso
Del alba los fulgores,
Y el sol da vida con su dulce beso
A las marchitas flores,

Del sol de tus amores la luz pura
Al brillar en tus ojos,
En placer trocará tu desventura
Y en flores tus abrojos.

Y cuando seas feliz y helada fosa
De tu lado me aparte,
Vendrá del otro mundo mi alma ansiosa
Su pasión á jurarte.

Pero antes que en la sima del olvido
Se rompan nuestros lazos,
Déjame que halle de placer rendido
Mi sepulcro en tus brazos.

2.30 TARJETAS POSTALES

—

I

A ESTRELLA MONTIS

Para mostrar de su poder las huellas
Sin importuno tul
Dios les dio por morada á las estrellas
Del cielo el manto azul.

Por eso de mi vida en la jornada
Como nunca te ví,
Fijo, Estrella, en el cielo la mirada
Soñando verte allí.

II

A CONCHA CLAVIJO

Tu y yo opuestos á porfia
Somos de pies á cabeza;
Yo soy noche, tú eres dia;
En tí reina la alegria,
En mí reina la tristeza.

Y aunque tenemos iguales
Del nombre las iniciales
Y del primer apellido,
Que no hay igualdades tales
Verás á renglón seguido.

Pues quien con juicio imparcial
Nuestras dos ces interpreta,
Que somos dice formal:
Tú, Consuelo Celestial,
Yo, Calamidad Completa.

III

Ya que de mi cariño ganó la palma
El preciado tesoro de tu bondad
Quisiera, para darte ventura y calma,
Como en esta tarjeta grabar en tu alma
Una sola palabra: Felicidad.

IV

A escribirte aquí me avengo
Y en gran apuro me pones,
Porque no hay espacio y tengo
Que meterme en los rincones.
Mas sacarme de ellos puedes
Y hacer que cante victoria,
Si á mi recuerdo concedes
Un rincon en tu memoria,

V

Cuando al mundo venimos
Vertemos llanto
Y con llanto del mundo
Nos alejamos;
Pues, corta ó larga,
La vida es un paréntesis
Entre dos lágrimas.

VI

El ánimo embarga
Y causa agonia
Sufrir una carga
De caballeria;

Mas hoy ya se sabe,
Y nadie lo duda,
Que es mucho más grave
Y mucho más ruda,

La carga que largan,
Pegando de plano,
Los que ahora nos cargan
Con postal en mano.

Por eso al Eterno
Pido noche y día
Que se vaya al cuerno
La postaleria.

VII

¿Ves cuan grande es la bóveda del cielo,
Y el mar cuan insondable?
Pues más grande é insondable es todavía
El amor de una madre.

VIII

Postal en que el baile brilla
Pone mis nervios huraños,
Porque recuerdo y me humilla
Que llevo ya muchos años
Bailando de coronilla.

IX

Dios por mostrar su grandeza
Y su omnímodo poder,
Formar quiso una mujer
Buena y linda en una pieza.

Y al mirar la cara tuya
Como no se han visto dos,
Me convenzo de que Dios
Se ha salido con la suya.

X

Mientras la dicha tu camino alfombre,
No te acuerdes del santo de mi nombre;
Mas si clava el dolor su garra en ti,
¡Acuerdate de mí!

2.31 SUEÑOS DE AMOR

—

RECITADO

I

Galana flor,
Que á mi bien ofrecí
Cuando mi amor
Con el alma le dí;
Ya que á mi bien
Vi á la gloria volar,
Piadosa ven
Su sepulcro á perfumar.
Y cuando el sol encienda
Los campos con su luz,
Y cuando triste extienda
La noche su capúz,
Bajo su losa dura
Acogerá mi amor
Con tu fragancia pura
Mis ayes de dolor.

II

Ave que al pie
De su reja al trinar,
Del sér que amé
Fuiste el sueño á arrullar:

Ya que logró
A otra vida surgir,
No vayas, no,
En sus rejas á gemir.
Huye de aquella estancia
Donde aspirar logré
La celestial fragancia
De su amorosa fé;
Y sobre el mármol frio
De su postrer mansión
Une al suspiro mío
Tu más triste canción.

III

Mágica hurí,
Cuyo canto de amor
Al llegar hasta mí
Ahuyentó mi dolor;
Ya que mi edén
Ví en desierto trocar
No tardes, ven,
Ven mis ojos á cerrar.
Y cuando libre mi alma
De tu alma vuele en pos
Y del amor la palma
Humillen ante Dios,
Las glorias que en el suelo
Soñaron con afán,
Unidas en el cielo
Por siempre gozarán.

2.32 NOCHE BUENA

—

Próximo el año á morir,
Para calmar tanta pena
Como nos hace sufrir,
Cuando se vá á despedir
Nos brinda una noche buena.

Siempre en sus contados dias
Siembra lutos y agonías
Haciendo de mal derroche,
Y solamente una noche
Le ofrece al alma alegrías.

Entre el contínuo vaivén
De esa noche, seres cien
Entonan alegres cantos;
Y en la misma noche, ¡cuántos,
Vierten lágrimas tambien!

Para el que junto al hogar
Ve la noche resbalar
Entre los seres queridos,
¡Qué alegres son los sonidos
Del cántico popular!

Para la madre que, en tanto,
Al hijo que era su encanto
Ve morir muerta de pena,
¡Qué triste resuena el canto,
Alegre de noche buena!

El marinero al surcar
Esa noche el hondo mar,
Fijo en Dios el pensamiento,
Sueña que repite el viento
Los cánticos de su hogar.

El soldado, que alardea
De valiente en la pelea,
Siente que el dolor le embarga,
Y la noche buena amarga
El recuerdo de su aldea.

Mas, dando á su ansia reposo,
Alzan un himno armonioso
En esa noche al Señor,
Lo mismo el que es venturoso
Que el que llora algun dolor.

2.33 LA SUEGRA

Máximas inmorales

—

La suegra es la nube en el cielo del matrimonio.

(Un poeta)

***

Si en vez de callos se estirparan suegras, la paz universal sería un hecho,

(SANCHEZ, pedicuro.)

***

En el ajedrez del matrimonio, la suegra da mate á la primera jugada.

(Un jugador de ajedrez.)

***

He conseguido reunir en mi casa todos los espíritus conocidos, desde el espíritu de vino hasta el espíritu de contradicción, ¡mi suegra!

(TILA farmacéutico.)

***

Cuando halle, en la fosa hundida,
Mi suegra descanso eterno,
Quien pasará á mejor vida
Seré yo al punto.

(Su yerno.)

No comprendo que haya quien hable mal de las suegras desde que conocí á la mia, que fué un modelo digno de imitación; falleció el dia de mi boda de un cólico benigno.

(Un hombre feliz.)

***

Una suegra es una locomotora que descarrila.

(Un conductor de trenes.)

***

Si en lugar de toros se lidiaran suegras, el espectáculo nacional tendría un carácter más humanitario y civilizador.

(N. N., de la Sociedad protectora de los animales.)

***

Un matrimonio sin suegra es un paraiso sin serpiente.

(Un Adan.)

***

La suegra es el más indigesto de los embutidos.

(RODRIGUEZ, choricero.)

***

La felicidad de un casado está en razón inversa del volumen de su suegra. A más suegra, menos felicidad.

(Un matemático.)

***

He domado dos leones y un oso blanco, sin desperfecto alguno en mi individuo; he intentado amansar á mi suegra, y me ha estropeado un ojo y la nariz. Comparen ustedes.

(VALIENTE, domador de fieras.)

***

Entre suegra y yerno, el infierno.

(Un amigo de reframes.)

El hurón y la suegra, debajo de tierra.

(El mismo.)

***

De todos los temporales que he corrido á bordo de mi barco, ninguno recuerdo con tanto horror como el que corrí á bordo de mi suegra.

(Un contramaestre.)

***

La mamá política es lo más impolítico que se conoce.

(Un yerno idem.)

***

Para pesadilla impía,
Que aun me tiene horrorizado,
La que tuve el otro dia:
¡Como que soñé que habla
Mi suegra resucitado!

(Un huérfano de suegra.)

***

La suegra en el matrimonio es como el pulso en el enfermo: cuanto más frecuente, peor.

(LINUESO, licenciado en medicina.)

***

El amor, suma; el matrimonio, resta; la esposa, multiplica; la suegra divide.

(Uno que no paso de las cuatro reglas.)

***

Hasta ahora no puedo quejarme de mi suegra; en toda una semana sólo una vez me ha llamado monstruo, y solo dos me ha tirado una silla á la cabeza. Si después no saca las uñas, he hecho la jugada.

(SERAFIN DULCE, un infeliz.)

EL LECTOR, parodiando de un conocido poeta:

Huya de mi casa el bien;
Pruebe por mi suerte negra
De mi mujer el desdén;
Mas, Dios me libre de suegra
Por siempre jamás, amén.

2.34 DOS PALMAS

—

A UN AMIGO, EN LA MUERTE DE SU ESPOSA

—

Murió el ángel de consuelo
Que engarzó tu alma en su alma,
Y del martirio la palma
Le abrió las puertas del cielo.

Hoy ella desde la altura
Por tu hogar está velando,
Y tú sigues apurando
El cáliz de la amargura.

Mas tu amargo frenesí
Pensando en tu Flora calma,
Que Dios, que le dió una palma,
Otra guarda para tí.

2.35 LA PEÑA NEGRA

Tradición

A MI AMIGO GABRIEL DE LA PLATA

—

I

A cinco leguas de Murcia
Se encuentra un extenso valle,
Cuyas flores fecundizan
Las aguas del manso Thader.
Brilla siempre azul su cielo
Sin oportunos celajes,
Perfuman siempre sus auras
Y cantan siempre sus aves.
Limitando el horizonte,
Abrupta sierra levántase
Y á su pié, en medio del rio,
Cual si quisiera atajarle,
Descansa una enorme peña
Que fué de aquellos lugares,
En otro tiempo, el fantasma
Terror de chicos y grandes.
La Peña negra la llaman,
Y así merece la llamen,
Pues negras historias cuentan
De aquella mole gigante.

Unos dicen que ocultaba
Una cueva impenetrable
Que era de trasgos y brujas
El misterioso aquelarre;
Cuentan otros que del cielo,
Una niña como un ángel,
Bajaba todas las noches
Sobre la Peña á posarse;
Que ocultaba un gran tesoro
Hubo quien asegurare,
Y no faltó quien dijera
Que á su pié brotaba sangre.
La curiosidad me hizo
Ir á aquel sitio una tarde,
Y la tradición, á un viejo
Le supliqué me contase.
Satisfizo mi deseo
El anciano en el instante,
Y á copiar voy su relato
Sin ponerle ni quitarle.

II

Envidia dando á las rosas
Con las rosas de su cara;
Con unos ojos azules
Que el cielo azul retrataban;
Flotando sus trenzas de oro
Sueltas á merced del aura,
Y con un alma tan pura
Como el sueño de la infancia,
Creció Pilar, y con ella
La envidia de las muchachas,
Y la admiración de todos
Los mozos de la comarca.

De entre ellos uno, Jacobo,
Despertó al amor el alma
De Pilar, y á su cariño
Le dió en el pecho morada.
El apuesto y ella hermosa,
El sencillo y ella cándida,
Ella en él cifró su dicha
Y él en ella su esperanza.
Cuando al terminar el dia
Triste la noche llegaba,
Iban Pilar y Jacobo
A la Peña solitaria,
Y, al pié de ella, sus amores
Y sus sueños se contaban;
Y como al cielo se eleva
De las flores la fragancia,
Sus promesas de cariño
Hasta el cielo se elevaban.
Pero ¡ay! que en aciago dia
Puso en el valle la planta
Cierto conde, de la corte,
Que á Murcia se encaminaba;
Pues vió á Pilar, y su vista
Le inspiró pasión satánica,
Y al ver que ella desoía
Sus amorosas palabras,
Y que sólo por Jacobo
Su corazón palpitaba,
Juró vengarse de entrambos
Y, por lograr la venganza,
Presa de fatal locura,
Le ofreció al diablo su alma.

III

Era de noche; la luna,
Cual lámpara suspendida
En el espacio, á la tierra
Su opaca luz dirigía.
Todo era calma en el valle;
Solo el rumor de la brisa
Al rizar las claras ondas
El silencio interrumpía.
En tanto, junto á la Peña,
Testigo fiel de sus citas,
Jacobo y Pilar soñaban
Mirando próximo el dia
En que, al pié de los altares,
En estrecho lazo unidas
Sus almas, al fin lograran
Fundirse en un alma misma.
Súbito la enorme Peña,
De su asiento desprendida,
Cual empujada al averno
Por una mano maldita,
Tumba ofreció á los amantes
Bajo su mole sombría.
. . . .
Una carcajada horrible
Murmuró el conde homicida,
Y ¡muerto junto á la Peña
Lo encontró la luz del dia!

IV

Desde esa noche sangrienta
Huyó del valle la paz;
Y es fama que, entre las sombras,
Su ventura á recordar,
Sobre la peña descienden
Desde el cielo donde están
Las almas enamoradas
De Jacobo y de Pilar.

2.36 A LA INMACULADA CONCEPCION

—

No fué del Creador la obra mas bella
El firmamento ni la luz del dia;
La Concepción gloriosa de Maria
Es de sus obras la que más descuella.

Naci la del pecado sin la huella,
¿Qué pureza á la suya igualaría,
Si el Hacedor Supremo la elegía
Para morar el Redentor en ella?

¡Oh, Madre de piedad! Por tu sublime
Concepción, pues de España eres patrona,
Si te llora, sus lágrimas redime;

Si te canta, sus himnos galardona;
Y orna su frente, si el dolor la oprime,
De tu amor inmortal con la corona.

2.37¡VAYA UNA POLCA!

Con gran contento, querido Lara
(Don José de)
He recibido la linda polca
Que se ha dignado mandarme usté;

Como recuerdo de aquellos dias,
Lejanos ya,
Que yo, firmando con una H
Y usted, firmando con una K,

En cierto diario, é igual en verso
Que en prosa vil,
Nos estuvimos poniendo á diario
Lo mismo que hoja de peregil.

¡Qué diferencia de ayer á hoy
Tan colosal!
Y en mi indivíduo ¡qué cambio noto!
¡Qué cambio noto más radical!

Pero, dejando lamentaciones
Sin ton ni son,
Hablarle quiero de su mazurca
Y darle gracias por su atención.

Remedios tiene por nombre y tiene
Tan buen compás,
Que quien la escucha, quiera ó no quiera,
Sale bailando sin más, ni más;

Y hay en sus notas tanto derroche
De inspiración,
Que el que la baila pierde el sentido
Y siente extraña fascinación.

Estuche digno de tal alhaja,
Dobla su chic
Lo primoroso de su cubierta,
Como estampada que está en Leipsic.

Le felicito por su Remedios,
Amigo K,
Y le aseguro que hará carrera,
Cosa que á nadie sorprenderá;

Pues una hija, como esa suya
Que está de non,
Tendrá bien pronto por sus bellezas
De admiradores más de un millón.

Usted por ella ya de la gloria
Llegó al dintel,
Y creo que pronto podrá codearse
Con Godefroid y Waldteufel.

Que lo consiga yo le deseo
De corazón,
Y el lauro alcance que se merece
Por su brillante composición.

Y, á los aplausos que logre, sume
Los que le dá
El que firmaba con una H
Al que firmaba con una K.

—

Post data. En beneficio de su renta,
Escrito lo anterior, caigo en la cuenta
De una omisión que pasa de la raya:
Remedios, su mazurca, está de venta
En casa de Zozaya.

2.38 PRIMERAS FLORES

A CARMEN

Como en jardin galano
    Brotan las flores,
En nuestras almas brotan
    Las ilusiones;
    ¡Flores henditas,
Que convierten las penas
    En alegrías!

Hoy que á sentir empiezas
    Dentro del pecho,
Ilusiones que forja
    Tu amor primero,
    Procura, Carmen,
Que esas flores no lleguen
    A marchitarse.

Feliz tú si conservas
    Siempre en el alma
De la ilusión primera
    La flor lozana,
    Cuyo perfume
Del desengaño rasga
    La negra nube.

De ilusiones un mundo
Tu pecho encierra;
Guárdalas con cariño,
Nunca las pierdas;
Y haga la suerte
Que esas flores perfumen
Tu pecho siempre.

2.39 LA GRAN REVOLUCIÓN

Acabo de leer el suelto en La Correspondencia y se me ha caido el periódico de las manos.

Había leído la misma noticia otras veces, en diversas épocas, pero siempre dudé que se llevara á cabo una revolución tan completa en España, tierra clásica de la tradición.

Esta vez, sin embargo, parece que la cosa va de veras, y la inminencia del peligro me llena de sobresalto.

El suelto es terminante: «Desde 1º de Enero próximo será definitivamente obligatorio en toda España el sistema métrico decimal.»

¿Ha pensado seriamente el Gobierno en las consecuencias de esta disposición? ¿Ha calculado el desorden que va á llevar al seno de las familias? Yo creo que no, y tengo un adarme—¡aun puedo decirlo!—de esperanza de que, antes de la época fijada, lloverán sobre el Congreso exposiciones con centenares de firmas, pidiendo quede sin efecto tan terrible resolución; y tal vez logremos nuestros deseos de continuar con las arrobas y los cuartillos, que es á lo que estamos acostumbrados, y a lo que estaban acostumbrados nuestros mayores.

Lo demás no tendría perdón de Dios.

Conprendo que el empleado tome su paga en pesetas y céntimos de peseta, por aquello de que «en el tomar no hay engaño», y que los ejemplares de los periódicos cuesten una moneda de perro chico, en vez de una de dos cuartos, que al fin los periódicos dicen mil perrerías; pero no comprendo por qué, nosotros, descendientes de los héroes del 2 de Mayo, hemos de sujetarnos al meridiano de París, y hemos de correr las comas, aquí donde nadie sale de su paso. De iniquidad tan sin ejemplo protesto con todas mis fuerzas.

Planteado el nuevo sistema, ¡adios nuestro lenguaje! ¡adios nuestras costumbres! ¡adios la calma de nuestro hogar!

Abolidos los piés, ¿á donde podremos dirigirnos?

Abolidas las varas, ¿á qué quedarán reducidas nuestras corridas de toros, que nos presentan ante el mundo como modelos de civilización?

Abolida la copa, ¿qué será de los sombreros de idem? Por necesidad, iremos de gorra á todas partes, cosa muy natural, por cierto, toda vez que seremos más pobres que las ratas desde el dia que no podamos decir que tenemos un ochavo.

La vara de la justicia tendrá que arrinconarse, juntamente con la vara de medir; y los cabos de vara serán declarados cesantes con el haber que por clasificación les corresponda.
Nadie conocerá un terreno palmo á palmo, y el que habite un cuarto, aunque sea un cuarto principal, si lo ofrece á sus amigos, no podrá ofrecer más que dos céntimos de peseta aproximadamente.

Habrá nariz que sufrirá una cruenta mutilación, para que su dueño no pueda quedarse con un palmo de narices.

Una señora, que se llama Librada, ha consultado con su confesor si podrá confirmarse segunda vez, en vista de que el Gobierno le suprime dos tercios de su nombre; y el confesor, que debe ser hombre de gusto, mirando á Librada, que es más fea que un tiro, ha opinado que debe suprimirse del todo.

La Iglesia va à tener que suprimir la hora de tercia; el Zodiaco suprimirá el signo de Libra, y los que recibimos cartas suprimiremos el cuarto del cartero.

La Academia de la lengua publicará sin pérdida de tiempo, una nueva edición de su diccionario, amoldando al nuevo sistema algunos adagios y locuciones familiares que están hoy en uso.

Entre tanto, no podremos decir que «más vale onza de sangre que libra de amistad»; ni que «los males entran por arrobas y salen por adarmes»; ni podremos «meternos en camisa de once varas»; ni oiremos decir que «no nos libra ni la bula de Meco».

¿Y qué me dicen ustedes de los disparates que se oirán á cada paso, hasta que nos soltemos en la nueva nomenclatura?

Quinto habrá que asegure haberse librado de ir al servicio de las armas por faltarle cuatro litros; y cocinera que, al ser reprendida porque presenta poca carne en la mesa, contestará del modo mas natural del mundo: «no lo puedo remediar; he echado el quilo en el puchero».

No creo necesario emplear otras razones de más peso, que acuden á mi imaginación, sin término ni medida.

Si, como creo y pido á Dios, mis conciudadanos toman una aptitud enérgica, aun tendrá el mal remedio.

Organícense comités, fúndense periódicos defensores de la esbelta vara, del modesto ochavo, de la sesuda arroba, de la estirada legua y de los demás individuos de esa familia que se halla amenazada de muerte; elévense exposiciones sin cuento, pónganse en juego todos los recursos imaginables, y aun podremos cantar victoria en toda la línea.

Por de pronto, para la primera exposición que se eleve al Gobierno, cuenten los peticionarios con mi firma. Ahí vá:—C. LEMIN.

—1879—

2.40 A JULIA

ENVIANDOLE SU RETRATO

—

Aunque te quise copiar,
Tuve al fin que renunciar
É inutil fué mi porfía,
Pues nunca al astro del dia
Pudo el pincel imitar.

El verso, por Belcebú,
De hablarte de usted me salva,
Que aquí, como en el Perú,
Se le habla en verso de tú
Hasta al lucero del alba.

2.41 ABONO POR ABONO

—

No hay alma tan candorosa,
Ni gracia tan deliciosa,
Ni tez con tanto arrebol,
Como las de cierta Rosa
Abonada al Español.

Sus encantos á montones
Subyugan los corazones,
Esclavos de sus antojos;
Y el que llega á ver sus ojos,
Se queda viendo visiones.

La palma envidia su talle,
Su aroma la flor del valle,
Su dulce voz el gilguero,
Y yo envidio á un caballero
Que le pasea la calle.

En vano á quererla aspiro,
En vano á su palco miro
Mi afan dándole á entender,
Pues siempre oye mis suspiro
Como quien oye llover.

En cambio, sin ver mi mal,
A ese sujeto formal
Tan trastornado le trae,
Que la baba se le cae
De contento al carcamal.

Aunque sufriera un fracaso
La pasión en que me abraso
Pasara por ello yo,
Pero que quiera á otro... ¡nó!
¡Por eso sí que no paso!

Ella es joven, yo tambien,
De su cariño el edén
Que alcanzara fuera llano,
Pero alcanzarlo un anciano....
No está bien, ni medio bien.

Me quisiera dominar,
Pero si insiste en mirar
Al viejo, habrá un cataclismo,
Pues le romperé el bautismo
Sin poderlo remediar.

El percance que barrunto
Se evitara si ella al punto
Despidiera á ese señor,
Que es la manera mejor
De terminar este asunto.

Concédame la que adoro
Este favor que le imploro,
Y, aunque me ponga en un tris,
De amor le daré un tesoro,
Que no es un grano de anis,

Pues aunque ya no soy niño,
No hallará más dulce aliño,
En cuanto ilumina el sol,
Si se abona á mi cariño
En lugar de al *Español*.

Y al brillar la luna llena
Del amor en su alma pura,
Por más que al otro dé pena,
Estarán siempre en,escena
Mi pasión y su ternura.

2.42 LA CUNA VACÍA

Su manto de sombras la noche tendía;
Del niño se oía gemido tenáz;
Inmovil, velando su lenta agonía,
La madre bañaba con llanto su faz.

En vano á los cielos alzaba los ojos,
De lágrimas rojos, la madre infeliz;
En vano soñaba postrada de hinojos,
Borrar de las sombras el negro matiz.

Envuelto entre nubes de nácar y de oro,
De arcángeles coro del cielo bajó,
Y al hijo del alma, su amor, su tesoro,
Perderse en las nubes la madre miró.

Bañaron los rayos del astro del dia
La estancia sombría, de un vidrio á través,
Y hallaron velando la cuna vacía
La madre sin vida postrada á sus piés.

Mas, lejos del mundo, sin penas ni duelo,
Su dulce consuelo del niño halló en pos,
Y puras sus almas por siempre en el cielo
Fundidas en una quedaron las dos.

2.43 ANSIA ETERNA

Porque lo quiere su suerte
O lo quiere Lucifer,
Nadie es dichoso del orbe
En toda la redondez.
Anhela ver el que es ciego
Por su destino cruel,
Y el marido que ve claro
Quisiera dejar de ver.
Sueña con el matrimonio
El inocente doncel,
El casado, harto de prosa,
Sueña con la viudez,
Y el viudo, de luto y todo,
Sueña con nueva mujer.
La que es blanca tiene envidia
De la de morena tez,
Y por ella, la morena
Envidia siente también.
El chato tener quisiera
Nariz larga, y á la vez
La suya el que es narigudo
Se cortaría á cercén.

Quiere el que es bajo ser alto,
Y bajo el que no lo es;
El delgado estar tan gordo
Que pareciera un tonel,
Y el gordo estar como una
Aguja de hacer *crochet*.
Todos en cabeza agena
Juzgamos el mal un bien,
Y el bien propio nos parece
Continuado padecer,
Porque todo, bueno ó malo,
Lo miramos al revés.
Ansia eterna, que nos robas
Los instantes de placer,
Desde que al mundo venimos
Hasta que salimos de él:
¿Cuando sonará la hora
En que acabe de una vez
Esta endiablada manía
De tejer y destejer?...
¡Suene al punto! pues si sigue
Tan incesante vaivén,
El mundo será muy pronto
Una torre de Babel.

2.44 — EN PLENA FERIA

CAUSERIE

—

Para calmar del mundo los dolores,
Para olvidar miserias,
Recomiendan los médicos mejores
El uso de las ferias.

Epoca de dispendios y derroches,
Que obliga á los mortales
A gastar en el *real* en pocas noches
Muchísimos reales.

Epoca en que restáuran con gran tino
Su faz las solteronas,
Por si logran que algun sietemesino
Les haga cucamonas.

Época, en fin, que sirve de regalo,
Y á la vez mortifica,
Porque en ella hay de todo, bueno y malo,
Lo mismo que en botica.

Muestran las evas que en su espacio giran
Su expléndida belleza,
Y los adanes que las ven suspiran
Y pierden la cabeza.

Jura á su novia un pollo almibarado
Que es su pecho una fragua,
Y grita un aguador desaforado:
«¡Agua fresca! ¡Agua! ¡Agua!»

Dos políticos hueros ván hablando
De pactos y elecciones,
Y un vendedor asorda pregonando:
«¡Melones! ¡Qué melones!»

A cinco hijas que tiene, doña B
Exhibe con ahinco,
Y, como salen, entran en su casa
Sin novedad las cinco.

Que es su primer amor, Juana á Fernando
Le dice en tierno avance,
Y un chico que novelas vá brindando
Grita «¡Tomos de lance!»

A la chica de Ruiz, que es chica guapa,
La asedian cien moscones,
Y vá diciendo Ruiz para su capa:
¡Valientes proporciones!

La feria de ganados resultados
No ha dado muy lucidos
Y es natural, pues más que los ganados
Abundan los perdidos.

El órden con la bulla se ha ormanado
En el año presentado,
Y solo divertirse ha procurado
Todo bicho viviente.

La feria se nos vá; sus alegrías
El tiempo no detiene.
¡Que nos traiga tambien alegres dias
La del año que viene!

2.45 ADELFA

—

HISTORIA VULGAR

Era rubia como los ángeles de los retablos, y pura como los ángeles del cielo. Se llamaba Adelfa, y tan amargas como las flores de su nombre eran las horas de su vida.

Huérfana al nacer, no conoció el cariño de una madre. Albergada en casa de una hermana de la autora de sus días, sufrió desde la infancia todo género de contrariedades, gracias al caracter iracundo de la que debió servirle de madre en la tierra, y al poco afecto de los demás indivíduos de su familia. La pobre niña venía á pagar la falta de su madre, si falta puede llamarse el haber contraido matrimonio á disgusto de sus parientes.

Adelfa sufría mucho. Más de una vez, puesta de hinojos ante una imagen de la Virgen, llegó á pedirle la librara del peso de la vida, pues se sentia desfallecer al no ver el término de sus sinsabores.

Estos tuvieron un paréntesis.

Uno de los mozos más gallardos del pueblo se enamoró de Adelfa con todo el delirio de un corazón de veinte años, y Adelfa correspondió á aquel, dando á Miguel. que así se llamaba el apuesto joven, todo el tesoro de su cariño y toda la ternura de su alma.

Risueño y venturoso se ofreció á la enamorada pareja, desde entonces, el horizonte de la vida; pero bien pronto el soplo de la fatalidad deshizo el mundo de ilusiones que forjara en su mente. La guerra que por aquella época ardía en las montañas del norte de nuestra patria, obligó al gobierno á exigir á la nación un nuevo tributo de sangre. Miguel tuvo que vestir el uniforme de soldado, y Adelfa vistió su alma de luto al separarse del hombre que tanto amaba y á quien quizá no volvería á ver.

Débil consuelo de sus penas fueron para la pobre huérfana las cartas que Miguel la dirigió, frecuentemente al principio y de tarde en tarde después, dándole cuenta de la buena estrella con

que había inaugurado su carrera militar, en la que antes de un año logró los galones de sargento. Estos triunfos no halagaban á Adelfa; su único anhelo era verle, verle pronto, y unirse á él para siempre.

¡Pobre niña! En su inocencia no comprendía que no eran sólo los azares del campo de batalla los que podían matar sus soñadas venturas. La volubilidad del corazón de Miguel, que ella nunca sospechó, y la ambición que en él despertaron sus rápidos ascensos, fueron los mayores enemigos de su felicidad.

Pasó un mes, que fué un siglo para la enamorada joven, sin recibir noticias del dueño de su alma. En vano le escribió una y otra carta humedecida con el llanto de sus hermosos ojos. ¡Todo en vano!

—¡Miguel ha muerto!—exclamaba loca de amargura.

—¡Miguel ha muerto!—eran las únicas palabras que articulaban sus labios.

Su tia, por otra parte, hacía aun más angustiosa la existencia de Adelfa, obligándola á dar su mano á un viejo muy rico que en más de una ocasión había solicitado su cariño.

No pudo resistir más.

Una noche, oscura y triste como el cielo de su alma, abandonó Adelfa la casa que le servía de albergue, y loca, febríl, emprendió el camino por donde dos años antes habia visto partir á Miguel. Queria ir á Miranda en donde estaba fechada la última carta que llegó á sus manos, y aunque sola, sin recursos y teniendo que atravesar una distancia de más de ochenta leguas, juzgagaba imposible la realización de su deseo, la fé que iluminaba su alma le dió aliento y siguió adelante su camino.

Una tarde de Noviembre de 1875, una mujer llena de harapos, pálida, demacrada y con los piés ensangrentados, después de recorrer casi todas las calles de Miranda, preguntando inútilmente por el hombre que crefa muerto, alzó al cielo los ojos buscando consuelo á sus amarguras, y al bajarlos desalentada y triste llamó su atención una casa de lujosa apariencia, en uno de cuyos balcones distinguió á un joven oficial del ejército y á su lado á una mujer tambien joven con quien conversaba, reflejandose en el semblante de ambos la alegria.

Adelfa, que no era otra la testigo de esta escena, sintió que un agudo puñal traspasaba su pecho, y, dando un ¡ay! desgarrador, cayó desplomada sobre las piedras del suelo. Había reconocido Miguel en el joven oficial.

En aquel momento abandonaron éste y su compañera el balcón sin darse cuenta de ocurrido en la calle, y sin ver tampoco cómo unos transeuntes levantaron el cuerpo de Adelfa, que no daba señales de vida, y lo condujeron al hospital.

Allí volvió en sí Adelfa, y allí también supo que Miguel, futuro esposo de la joven del balcón, iba á unirse á ella al siguiente día. Aquella horrible nueva pareció devolver la calma á su espíritu, pero fué la imponente calma que precede á las grandes tempestades.

Salió del hospital, y con paso vacilante se dirigió á la casa que servía de alojamiento á Miguel, cuyas señas le facilitaron unos soldados que encontró en la calle. Llamó á la puerta, y un ordenanza la condujo á la estancia del oficial. Este, al reconocer á Adelfa, dejó escapar un grito, pero bien pronto se repuso y, fingiendo no conocerla, le preguntó el objeto de su visita.

Adelfa, inmóvil como una estátua y ahogando su dolor, pronunció con voz apagada estas palabras:
en vano!

—¡Mírame por última vez á tu lado! Reconoce estos ojos que tantas lágrimas han derramado por tí, por tí, único ser que me ha amado en este mundo; estos labios que tantas oraciones han alzado á la Virgen para que te librara de todo peligro... Pero, no, no me mires; mi vista te infundirá el terror que inspiran los muertos, y yo no debo turbar tu felicidad. No te maldigo; te perdono. Soñé un mundo de dichas con tu amor y ya he despertado de mi sueño. Sé dichoso, mientras yo busco en otro sueño el consuelo de mis penas.

Y esto diciendo, salió de la estancia tapandose los ojos con las manos, y, una vez en la calle, rompió á llorar amargamente,

Miguel, por su parte, sin poder dominar su emoción, quiso seguir á Adelfa, quiso pedirle perdón por su criminal olvido, pero se detuvo al ver entrar en la habitación al padre de su prometida. Su vista le hizo creer que había sido víctima de una pesadilla.

Al siguiente dia, al mismo tiempo que se celebraba la boda de Miguel en una de las iglesias de Miranda, cuatro hombres

conducian en una camilla al depósito del cementerio al helado cuerpo de una mujer que la noche antes había arrojado al rio

Las ondas del Ebro presentaron á Adelfa el consuelo que le habían negado las del mar de la vida.

2.46 PROSA

A ningun pecho le pasa
Lo que á tu pecho de armiño:
Entra en él cualquier cariño
Como Pedro por su casa.

Y al hallar nieve y no fuego
En tu amante corazón,
El cariño, de rondón
Toma las de Villadiego.

Yo por esperiencia hablar
Puedo; al mirarte tan mona,
Te adoré hasta allí... y perdona
El modo de señalar.

Y aunque premio á mi pasión
Diste con amor no escaso,
No logre que de su paso
Saliera tu corazón.

«¿Qué fuera sin tí mi vida?»
Te dije una vez «¿que el mundo?»
Y tú... ¡silencio profundo!
Te habías quedado dormida.

Llorando en cierta ocasión
Te ví, y supe con espanto
Que la causa de tu llanto
No era yo, sino un flemón.

Al despedirte en un viaje,
Nublada miré tu vista,
No por mí, por la modista,
Que te sacó mal el traje.

De mi bolsa en menoscabo,
Compré una flor, te la dí,
Y en vez de besarla, ví
Que le mordiste su rabo.

¿Qué más? Por ver el hechizo
De tus cabellos de cielo,
Te pedí un poco de pelo
Y me diste… ¡del postizo!

En fin, me tiene en un brete
De tu pasión la apatía,
Y eso que nadie diría
Que estás hecha de sorbete.

Y pues que tu amor y el mio
Nunca harán de paz derroche,
Siendo yo dia, y tu noche,
Siendo tú invierno, y yo estío,

Haz amorosos dispendios
U olvídame por favor,
Mas no me brindes amor
Asegurado de incendios;

Pues, aunque tema enojarte,
Si prosigues en tu calma,
Se irá el amor de mi alma
Con la música á otra parte.

Y diré, en vez de llorar
El bien que contigo pierdo:
Si te he visto no me acuerdo,
Y ¡pelillos á la mar!

2.47 SONETOS

—

El trabajo

Para ganar el pan de cada dia
Trabaja el hombre con febríl anhelo,
Y en el castigo que le impuso el cielo
Tras el afán encuentra la alegría.

El mitiga las horas de agonía
Y á los tristes recuerdos pone un velo;
Él presta al alma bienhechor consuelo
Y dulce paz al corazón envía.

Justa pena del Sér omnipotente
Que, á través de los siglos, por legado
Recibe el hombre y con dolor presiente;

No al sufrirla le muestre el rostro airado,
Pues las gotas que brotan en su frente
La mancha borran del primer pecado.

2.48 A MI PRIMO ALBERTO

Aunque el númen *de monos* está conmigo
Y de pulsar la lira no estoy al tanto,
De mi entrañable afecto como testigo,
Te mando hoy estas coplas por ser tu santo.

Ofrecerte venturas sin fin quisiera
Ya que á felicitarte gozoso vengo,
Aunque juzgo mi empeño vana quimera
Pues no puedo ofrecerte lo que no tengo.

El caudal de mis penas te brindaria,
Mas temo que lo juzgues burla insolente
Y que al ver de mi *endoso* la garantía
Me largues un *protesto* que me reviente.

Por domar de mis nervios los escarceos
Me gasto en medicinas enorme suma,
Resultando por eso que en mis *arqueos*
El *debe* va subiendo como la espuma.

Con razón muy sobrada sufro y me aflijo,
Pues, aunque echando cuentas me vuelvo tonto,
Hasta mi misma estampa, segun colijo,
Lámina *amortizable* será muy pronto.

En *alza* mi dolencia, mi bolsa en *baja*,
¡Qué bien mi presupuesto nivelaria,
Si tuviera una caja como tu caja
En vez de la que tengo que está vacía!

Mas fuerza es conformarme, que al fin y al cabo
Es luchar con la suerte vana quimera
Y el que nace con sino de ser ochavo
No ha de llegar á cuarto por más que quiera.

Sigue de los negocios por el sendero,
Sin tregua atesorando miles y miles,
Y haga pronto la suerte que tu cajero
Eclipse á los cajeros de los Rosdchiles.

Y si otro año consigo que de su atranco
Mi salud salga y logre brillar lozana,
Iré á felicitarte de punta en blanco
Y á que echemos la casa por la ventana.

2.49 _ RIMA

Para las heridas que abre
La mano que el odio armó,
Doquier bálsamos y médicos
Halla el hombre en su dolor.

Para las heridas que abre
La muerte en el corazón,
Solo hay un bálsamo, el tiempo;
Solo hay un médico, Dios.

2.50 ¡TU TÍA!

Será lo que quieras tú,
Será una monomania,
Más por culpa de tu tia
Estoy dado á Belcebú.

De matarme en la tarea
Pone á mi amor un dogal,
Y si esto no es criminal
¡Que venga Dios y lo vea!

Siempre de mi anhelo en pos
Lucho con vana porfia,
Porque tienes una tia
Que vale lo menos dos.

Voy á tu casa por verte,
Pues tu vista me enamora,
Y ya está allí esa señora
Que temo como á la muerte.

Voy á la Iglesia algún dia,
Que ir á la Iglesia es muy justo,
Y junto á tí miro el busto
De tu antipática tía

Voy al teatro, allí está ella;
A los toros, ella allí;
Y siempre cosida á ti
Para aumentar mi querella.

Si me miras como es llano,
Se enfurece y se disgusta,
Y pone la cara adusta
Si llego á darte la mano.

Te dice que no me quieras,
De su enojo en el exceso,
Y se irrita viendo que eso
Es pedir al olmo peras.

Asedio igual no se ve,
Y esto de la raya pasa;
Bueno que mande en su casa,
Pero en la tuya... ¿por qué?

Por ella vivo infeliz
En invierno y un verano;
Ella, está visto, es un grano
Que ha salido en mi nariz.

Mas aunque yo la abomino
Y odio africano le tengo,
¡Asómbrate! hasta me avengo
A llamarme su sobrino.

Pues si de su empeño cede,
Será doble mi alegría
Al poder llamarle... *¡tia!*
Lo que de vida me quede

2.51 SOCIEDAD BÉNEFICA SEGOVIANA

A los fundadores de la Sociedad Bénefica Segoviana

EL NIÑO DESCALZO

—

De vuestro amor con las cuotas,
Piés, bañados por las gotas
De la lluvia y por el sol,
Van á ponerse las botas
Y van á darse charol.

Realizad el ideal
De vuestras almas, que ensalzo
Y que envidio por igual:
Quien calza al niño descalzo
Se calza lauro inmortal.

2.52A REY MUERTO...

«El amor de mis amores,
El ángel de mis ensueños,
Dejando esta carcel honda
Tendió las alas al cielo.

Grabada en el pecho mio
Su adorada imagen llevo,
Y sin cesar en el alma
Vibra de su voz el eco.

En mis eternas vigilias,
De la noche en el silencio,
Busco, sin hallarlo nunca,
Para mis penas consuelo.

En vano al cielo dirijo
Mi vista y mi pensamiento,
Y á su alma, que era mi alma,
Invocan mis labios trémulos.

Murieron mis alegrias,
Mis esperanzas murieron;
De mi corazón oculto
El cadáver en el pecho;

Y apurando hasta las heces
El cáliz del sufrimiento,
La muerte á mis ruegos sorda
Me niega su dulce sueño.»—

Así exclamaba una viuda,
De su marido al recuerdo;
Y á los tres meses de luto...
¡Se casó con un banquero!

2.53 LANCES DEL JUEGO

—

A UNA TRESILLISTA MUY GUAPA

—

Como forma tu embeleso
El tresillo y es tu edén,
Por imitarte hasta en eso,
Juego al tresillo tambien.

Mas como son extremadas
Mis contínuas distracciónes,
Suelo hacer unas jugadas
Que parten los corazones.

Y para no dar tormento,
Cuando voy á una reunión,
Al tresillo tomo asiento
Pero en clase de *mirón*.

Y, de otros en compañía,
Oigo á algunos jugadores
Frases que no las diría
Ni un cabo de gastadores.

Cierto es que son de cajón
Y se dicen sin sentir,
Pero el que está de mirón
No las puede resistir.

Tú misma más de una vez,
Del tresillo en el calor,
Con la mayor candidez
Las dirás á lo mejor.

Pero si en otro lugar
Las hubieras escuchado,
Sin poderlo remediar
Te hubieras ruborizado.

Y para que veas lo exacto
De mi dicho, pasaré
A referirte en el acto
Lo que una vez presencié.

De tresillo en una mesa
Jugaban con loco afán
Una elegante marquesa,
Un duque y un capitán.

Y, mientras se divertian
Jugando admirablemente,
Entre los tres sostenían
La conversación siguiente.

Duque.—Ustéd habla, Marquesa.
La Marquesa.—¿Juego bien?
Duque.—El capitan dirá.
Capitan.—Yo ya pasé.
Ella.—Déme usted una vuelta.
Duque.—Se la doy á usted.
Le salió el punto de oros.
Ella.—Pues al plato iré,
Que el palo largo me lleva
Esta noche pa maltraer.
Rey de copas.
Duque.—¡Fallo!

Ella.—Pues no lo esperé,
Siendo usted tan buen monárquico.
Bastos.

El.—¡Fallo otra vez!
Ella.—Segunda de copas.
Duque.—Que fallo también.
Ella.—Usted lo falla todo.
Duque.—Y lo que fallaré.
Ahora le pongo la *mala*.
Capitan.—¡Puesta de tres!
Ya no tiene usted escape,
Marquesa. ¡Tiendase usted!

Al escuchar frase tal
Compadecí á la marquesa,
Mas como no dió señal
De disgusto ni sorpresa,

Salí en busca de mi abrigo
Y á escape tomé el portante,
Pues no quise ser testigo
De atropello semejante.

2.54 LA DUDA

—

EN UN ALBUM

Si la duda el claro cielo
De tu amor llega á empañar
Con su fatídico velo,
Pide al olvido consuelo,
Que es gran consuelo olvidar.

Mas si alientas tus amores
Y sumida en dudas sigues,
Cuando desengaños llores
Quizá con nada mitigues
Tus incesantes dolores.

Ama, mas no duda agud
Turbe tu cándido amor,
Ya que la virtud te escuda,
Que el tormento de la duda
Es el tormento mayor.

2.55 UNAS QUINTILLAS Y UN ROMANCE

—

El acuerdo del Ayuntamiento de Madrid dando á la calle de las Beatas el nombre del popular poeta Antonio Grilo, me ha causado profunda satisfacción.

Soy admirador entusiasta del cantor de *La hermana de la caridad y Las ermitas de Córdoba*; le profeso desde hace muchos años fraternal cariño y en la cuenta que tiene abierta en mi corazón le resulto deudor de inmensa gratitud.

En esa misma calle vivió tambien mi amigo del alma, y compañero en armas y letras, Pepe Navarrete, y en su casa pasé ratos deliciosos oyendo leer á Velarde, recien llegado á Madrid, sus primeros versos, escuchando recitar á Grilo, como él solo sabe hacerlo, sus bellísimas poesias, y saboreando los primorosos artículos del autor de *Maria de los Angeles* titulados *El Lazo indisoluble y Una casa vacía*.

Yo, hasta entonces, alla por el año 1873, no había estrechado la mano de Grilo, y al tener esta alegria parece que se me quitó un peso del corazón recordando que algunos años antes quise ridiculizarle, cuando, apenas llegado á Madrid, se dió á conocer como inspiradísimo poeta

Por eso quiero cantar ahora la palinodia y recordar cuando y donde aparecieron los desdichados versos que debieron mortificar al autor de *Ideales*, el poeta, —como decía Navarrete, —que conoce como pocos los secretos y las mágias del arte, las filigranas del sentimiento, y que es el regalo de las mujeres y de los hombres, de las mujeres sobre todo, cuando recita *Las Noches Buenas*, *La Cuna Vacia* y los mil hechizos que parten de su corazón y brotan de su pluma.

Tres alumnos de la Academia de Artilleria nos lanzamos á publicar en 1865 un semanario cómico con el expresivo título de *El Amor*; semanario que por su parte material y artística podía figurar en primera línea, pues se imprimía en la tipografia de Labajos, una de las mejores de la corte, y sus *monos*, llevaban las firmas de Ortega y de Rico, el primer caricaturista y el primer grabador de aquella época,

Apareció *El Amor*, que solo vivió un mes, y Grilo que era redactor de un diario ministerial, le dedicó una gacetilla en verso, que contestó aquel, en su segundo número, con unas quintillas, que sentí después haber escrito, y de las cuales solo recuerdo las dos últimas, que decían así:

. . . .
. . . .
Pero esto de que el poder
Enaltezca á su placer
A *El Amor*, que es terrenal,
Un ataque puede ser
A la pública moral.

Es buena la gacetilla
Y la agradece el chiquillo,
Pero dirán en la villa
Que tanta alabanza es *grilla*,
Señor Don Antonio *Grillo*,

Pasaron los años; mi conocimiento con Grilo, en casa de Navarrete, infundió en nuestras almas sincera é inquebrantable amistad, y cuando en 1884 perdí á mi hijo primogénito, que era mi alegría y mi orgullo, el gran poeta al conocer por los periódicos la desgracia que sufría, me envió un sentido romance acompañado de una cariñosísima carta que recuerdo con lágrimas en los ojos.

Hé aquí la carta.

Queridísimo Carlos: Acabo de saber la horrible pena que te aflije, y acompañandote con el pensamiento, ya que la distancia que nos separa me impide hacerlo personalmente, te he escrito esos versos que publicará *La Ilustración Española* en su próximo número, porque quiero que sepa España entera que llora contigo tu apasionado amigo y admirador,

ANTONIO GRILO.

Y hé aqui su bellísimo romance.

Era toda tu esperanza,

Tu ilusión, tu vida entera,
Y hoy es un poco de polvo
En un surco de la tierra!

¡Feliz él que en altas mares
No ha sentido las tormentas!
Pobre de tí que al perderle
Ni aún con esto te consuelas!

Sé que tu vista de águila
Y tus sueños de poeta
Lo vislumbran por las noches
A la luz de las estrellas;

Pero sé tambien que ahogado
En tus sollozos de pena,
Mientras él vive en el cielo
Tú eres el muerto en la tierra!!

Con razón debo á Grilo inmensa gratitud.

A unas quintillas mortificantes correspondió él con los trascritos bellísimos versos, que tanto consuelo dieron á mi alma y que fueron la base de la *Corona poética* dedicada á la memoria de mi malogrado hijo Carlos, formada con inspiradas composiciones de los mejores poetas.

Por eso durarán tanto como mi vida el cariño y admiración que guardo para el insigne Grilo, cuyo nombre ha dado el Ayuntamiento de Madrid, con gene ral aplauso, á la calle de las Beatas, en una de cuyas casas halló el popular poeta el nido de sus amores, la realización de sus sueños y el centro de sus alegrias.

2.56 AMOR Y MÚSICA

—

Por Domitila hecho un lila
Estoy desde que la ví,
Y nunca me dán el *sí*
Los lábios de Domitila.

Mi porvenir tornan negro
De sus ojos los enojos,
Y eso que tiene unos ojos
Que miran siempre en allegro.

Si á contarle voy mi mal,
Desentonada asegura
Que mi amor y mi ternura
Son música celestial.

Y por más que la insinúo
Que la quiero tanto y cuanto,
Oye mi amoroso *canto*
Sin querer hacerme el *duo*.

En vano piedad la pido
De hinojos puesto á sus piés.
Pues su genio tiene tres
Bemoles y un *sostenido*.

De su amor en la función
No paso de *partiquino*,
Y por eso estoy que trino
Y me sobra la razón.

Con tanto *compás de espera*,
Como ni como ni duermo,
Es fácil que caiga enfermo
Y hasta es fácil que me muera.

A la par que mi pasión
Va recorriendo la *escala*
Su desdén, hala que hala,
Va subiendo el *diapasón*

Y por mi destino insano
En lucha eterna viviendo
Su rigor sigue en *crescendo*
Y su piedad en *piano*.

Por lograrla conmover,
Mis suspiros *serenata*,
Le dan, y la oye la ingrata
Como quien oye llover.

Pero ni aun así mi anhelo
Podrá su desden rendir,
Pues mi asedio ha de seguir
En constante *ritornello*.

Y no combiará de ruta
Mi obstinada adoración
Hasta que en su corazón
Lleve mi amor la *batuta*.

Más ¡ay! si mi afán olvida
Por otro su pecho ingrato,
Dará al traste su *stacatto*
Con mi amor y con mi vida.

2.57 REMEMBRANZAS

—

De nuestra vida en el Abril risueño
A solas una tarde,
En decirte un secreto tuve empeño
Y desistí cobarde.

Mirando de tu expléndida hermosura
El celestial tesoro,
Con el alma radiante de ventura
Quise decir ¡Te adoro!

Mas tu desdén adiviné y ahogando
Mi voz dentro del pecho,
Del lado tuyo me alejé llevando
El corazón deshecho.

Tu alma inocente, á mi pasión agena,
No advirtió en mi partida
Que con mi último adios lleno de pena
Te dí toda mi vida.

Y desde aquella tarde, aunque muy lejos
De tí siempre he vivido,
Del sol de tu hermosura los reflejos
Olvidar no he podido,

Hoy de mi vida en el sendero ingrato
Que al sepulcro me lanza,
Al llegar á mis manos tu retrato
Renace mi esperanza.

¡Que bella estás! del tiempo los rigores
No han dejado en tí huella,
E igual que ayer sus mágicos fulgores
Tu mirada destella.

Igual tu talle, como palma ufana,
Muestra su gallardía,
Y luce tu elegancia soberana
Igual que ayer lucía.

¡Quien pudiera llegar á lo más hondo
De tu pecho en un vuelo,
Y descubrir si llevas en su fondo
Ventura ó desconsuelo!

Si reías, calmando mi quebranto
Tu dicha cantaría;
Y si llorabas, junto con tu llanto
Mi llanto correría.

Mas tu mirar sereno no delata
Ni afanes ni amargura,
Y en tu dulce sonrisa se retrata
Tu angelical ternura.

Yo hasta hoy, al peso del dolor tirano,
Miraba sin alarde
Que, si para mi muerte aun es temprano,
Para mi dicha es tarde.

Mas ya que tu retrato hotas tras horas
Contemplar me extasía,
Acaricio ilusiones seductoras
Como en lejano dia.

De mi dicha y mi afan él es testigo,
Y entre mis manos preso
¡Si pudieras oir cuanto le digo
Y ver cuanto le beso...!

Mas perdona mi loco desvarío
Y mi dicha ilusoria,
Ya que no ha de gozar el pecho mio
De tu pasión la gloria.

Sueño fué la ventura que aun aviva
Mi amorosa quimera;
Pero deja que sueñe mientras viva
Y que soñando muera.

Y entonces tu retrato, fiel testigo
De mi amante embeleso,
Irá á decirte cuanto yo le digo
Y cuanto yo le beso.

2.58 RESIGNACIÓN

Llevando el alma de dolor transsida
Y el cuerpo herido por dolencia artera,
Sueño con escuchar la hora postrera
En el reloj de mi angustiosa vida.

A un dia de ansiedad no interrumpida
Sigue otro dia en que el pesar impera,
Y á una noche de llanto mensajera
Sigue otra noche en lágrimas sumida.

¡Oh, Dios! Perdona que mi voz te llame
Y haz que al rendirme el sufrimiento impío
Más en tu amor mi corazón se inflame;

Y, aunque el sufrir me cause desvarío,
No acortes mis dolores, pero ¡dáme
Resignación para sufrir, Dios mio!

2.59 CURACION RADICAL

—

A CELIA

—

De tu salud en provecho,
He sabido con dolor
Que vá á empezar un doctor
A ocuparse de tu pecho.

Y al ver los hechizos mil
Que en tí pusieron los cielos,
Tu talle que inspira celos
A la palma mas gentil,

De tus labios los carmines,
Tus ojos que al sol ofenden
Y tus manos donde aprenden
A ser blancos los jazmines,

Aunque por tu bien suspiro,
Al verte al doctor propicia,
Te juro que la noticia
Me ha hecho el efecto de un tiro.

Que está mal tu pecho crée
El bueno de tu galeno
Cuando de que está muy bueno
Su exuberancia dá fé.

Y es cosa que me contrista
Y á lo más hondo me llega
Ver que ese médico niega
Lo que tienes á la vista.

Y que es cierta mi opinión
A demostrarte me allano:
Ponte en tu pecho la mano
Y me darás la razón.

Mas si aun dudándolo estás
No hagas caso del doctor,
Pues consuelo á tu dolor
En su ciencia no hallarás.

Busca en el amor consuelo
Y hallarán tus ánsias calma,
Y si sueñas con un alma
Que en dicha trueque tu duelo,

Aunque me llames intruso,
Para calmar tu agonía
Yo te ofrezco el alma mía
Que aun no está de muy mal uso.

Acéptala por piedad
Y si ella en tu amor se cobra
Harás, haciendo esa obra,
Una obra de caridad.

Pues claro es como la luz,
Y de ello Dios en testigo,
Que si apechugas conmigo
Te echas encima una cruz.

Terminen ya tu zozobra,
Tus augustias y tu afan,
Y si te agrada mi plan,
Dilo y ¡manos á la obra!

Como en penas soy doctor,
Te sabré pronto curar
Haciendo á tu alma llegar
En altas dósis mi amor.

Y cuando el milagro se obre
Y estés feliz y contenta,
No temas al ver mi cuenta
Que vaya á dejarte pobre.

Pues, en vez de plata ó de oro,
Te exigiré por la cura
El caudal de tu ternura
Y de tu amor el tesoro.

Y al ver que mi plan triunfó,
Que tengas siempre confio:
Solo un tratamiento... ¡el mio!
Y solo un médico... ¡yo!

2.60 TRES ÉPOCAS

—

I

Dos meses antes

—¿Me quieres, Laura?
—¡Te adoro!
¿Y tú á mí?
—¡Con frenesí!
—¿Me olvidarás?
—¡Olvidarte
Cuando alientas mi existir!
¡Eso nunca! Mi cariño
Con mi vida tendrá fin.—
Resumen: dos que se adoran
Como no hay más que pedir.

II

Momento crítico

—Ya llega la hora anhelada
Que soñando concebí,
Y el placer que mi alma siente
No lo puedo definir.
—Ya en breve con dulce lazo
Nos uniremos al fin.
—¡Oh, qué dias nos esperan!
—¡Oh, qué bello porvenir!
Resumen: dos que ante el ara
Dan un *sí* fuera de sí.

III

Dos meses después

—¿Vas á paseo esta tarde?
Sí, voy con las de Ruiz.
(Así espero ver á Enrique
Que me encanta por su *chic*.)
¿Y tú sales?
—Sí, á la Bolsa,
Y al casino desde alli.
(Ya impaciente en el Retíro
Me esperará Beatriz.)
Resumen: un matrimonio
Como hay muchos por ahí.

2.61 BALADA

—

¿No ves la rosa columpiar su tallo
Al impulso del aura?
¿No ves el pajarillo en la arboleda
Saltar de rama en rama?

¿No ves del sol los explendentes rayos
Besar la fuente mansa?
¿No ves, en fin, las plácidas estrellas?
Pues... ¡cómprate unas gafas!

2.62 UNA VÍCTIMA IGNORADA

—

RECUERDO DE LA INUNDACIÓN DE MURCIA EN 1879

La estadística, aun con toda la lógica de los números, es inexacta en la mayor parte de los casos.

Precisar el número de héroes de un combate, el número de mártires de una idea, ó el número de víctimas de una gran catástrofe, es empresa de difícil, de casi imposible realización.

En las batallas de los ejércitos, como en las batallas de las pasiones, hay siempre héroes y víctimas anónimos, que ni alcanzan renombre por sus virtudes, ni aun logran figurar entre sus compañeros de glorias ó infortunios.

Sugiéreme estas ideas, hoy que Murcia conmemora con lágrimas y oraciones el primer aniversario de su horrible inundación, el recuerdo de las víctimas desconocidas de tan inmensa catastrole.

Descansen en paz los desventurados que entre las sombras de aquella inolvidable noche pasaron del breve sueño de la vida al eterno sueño de la muerte; y, al par que dedicamos un recuerdo y una plegaria á tantos y tantos infelices, cuyo trágico fin dió á Murcia triste celebridad, tributemos tambien una memoria á los desgraciados que, heridos de muerte en lo profundo de su alma durante aquellas horas de agonía, bajaron al sepulcro poco tiempo después.

Sumando estas víctimas anónímas á las que fueron conocidas, su enorme cifra daría una idea exacta de lo que fué en Murcia la inundación de 1879.

Yo he tenido ocasión de conocer á una de esas víctimas mas ignoradas; su cuerpo frio halló descanso hace tres meses en el cementerio de la puerta de Castilla.

¡Pobre Mercedes!

Tan vulgar como auténtica en su historia, y voy á referirla á mis lectores.

Mercedes era una muchacha pura como el sueño de un niño, y hermosa como un angel del cielo.

Pasó su infancia en Lorca donde había nacido, en unión de su madre, pobre viuda que la adoraba como sólo las madres adoran.

Dos meses antes de la aciaga noche, llevóla á Murcia la autora de sus dias, y la dejó en casa de su anciana abuela para que, estando en su compañía, la prestara los cuidados que sus muchos años reclamaban, ya que á ella le era imposible abandonar á Lorca, donde tenía esperanza de dar colocación á sus dos hijos.

Mercedes era un angel; contaba veintiun años, y no había tenido ni un novio, por más que muchos jóvenes le habían ofrecido su cariño. Su único amor era su madre; su único deseo velar por la pobre anciana que estaba encomendada á su cuidado. Cosiendo de noche y de dia, ganaba lo necesario para no ser gravosa á su abuela, que no tenía más bienes de fortuna que las limosnas de algunas piadosas señoras y las pequeñas cantidades que, á costa de sacrificios, la enviaba su hija desde Lorca.

La noche del 14 al 15 de Octubre, Mercedes velaba como siempre, y su mano movía rápidamente la aguja.

De pronto, levantó la cabeza al escuchar el toque de rebato de las campanas, y creyendo que era la señal de un incendio, corrió al balcón. La calle completamente á oscuras, pero bien pronto vió brillar en un extremo de ella una hacha de viento, entre un grupo de hombres que gritaban y corrían como si huyeran de un peligro cercano.

Cuando supo el motivo de la alarma, llamó precipitadamente á su abuela, y juntas empezaron á rezar. La oración es el consuelo de las almas buenas, y aquellas mujeres eran dos santas.

El peligro presente les hizo pensar en el peligro que, tal vez en aquellos mismos instantes, amenazaba en Lorca á sus tres séres más queridos; y no bien brilló el alba, corrió Mercedes hácia el puente para ver por sus propios ojos el rio y tratar de adquirir alguna noticia del pueblo donde nació.

Cuando llego al Arenal, después de atravesar la inundada plaza de San Pedro, quedó como petrificada al ver convertido en turbulento mar el antes apacible Segura, y al distinguir sobre sus

turbias aguas muebles y restos de viviendas que demostraban inmensas desgracias. Con Lorca no había comunicación, pues hasta el telégrafo se inutilizó desde los primeros momentos, y á cuantas personas preguntaba la hacían comprender que allí tambien habían sentido los desastrosos efectos de la riada.

Volvió á su casa llorando amargamente. Su madre vivía en el barrio de San Cristóbal, el más castigado en todas las inundaciones, y aunque su abuela, haciendo un esfuerzo supremo, trató de consolarla, toda fué en vano. Su imaginación exaltada y su vehemente cariño le presagiatan una horrible desgracia.

Volvió más tarde al puente; vió, aterrada, pasar ante sus ojos carros cargados de cadáveres recogidos en el barrio de San Benito y en el casino de Alcantarilla; distinguió entre la atonita muchedumbre hombres y mujeres cubiertos de lodo, cuyos casi desnudos cuerpos, como los de algunos niños que llevaban en los brazos, demostraban que habían escapado milagrosamente de la muerte; y estas escenas, los ayes de los que habían perdido algun ser amado; los lamentos de los que ignoraban la suerte de alguna persona querida, trastornaron tanto la cabeza de Mercedes, que cuando su abuela la recibió en los brazos, ya no lloraba, ya no articulaba una sola palabra: era la imágen del dolor, reflejo del que sufrió la Virgen Maria al presenciar en la cumbre del Golgota el sacrificio del Hijo de Dios.

Dos dias pasó febril, loca, la infortunada jóven. Cuando al cabo de ellos tuvo noticia de que su madre y sus hermanos habian escapado felizmente del peligro, era ya tarde. ¡Mercedes estaba herida de muerte!

Poco á poco la enfermedad que había de llevarla al sepulcro se presentó con caractéres más alarmantes. La tos, al principio seca y poco ruidosa, se convirtió en hueca y profunda; la palidez de la azucena que se admiraba en su semblante, se trocó en palidez clorótica; y su nariz afilada, sus ojos y sus sienes hundidos, sus conjuntivas nacaradas, su debilidad, su anhelación, todo hacía comprender que una terrible enfermedad habia elegido á Mercedes para hacerla su victima.

A la caída de una tarde de Julio, la abuela y la madre estaban una á cada lado del lecho de la enferma. El rayo postrero del sol bañaba con tibia luz el rostro de Mercedes; era el beso de

despedida que daba el astro del dia á la que ya no volvería a verle sobre el horizonte.

En el triste semblante de la jóven se marcaba á cada momento de un modo más terrible el fúnebre sello de le muerte.

Mercedes conoció que se extinguía su vida, y fijando sus apagados ojos primero en el cielo y después en su madre, movió las manos como ofreciéndole la última prueba de amor; y al unirse sus bocas en un beso indescriptible, y al estrechar la desolada madre entre sus brazos á la hija de sus entrañas, sintió en los labios el frio de la muerte.

¡Había abrazado el cadáver de su hija!

. . . .
. . . .

¡Descansen en paz las víctimas conocidas de la inundación del 15 de Octubre de 1879!

¡Descansen en paz tambien las víctimas ignoradas de aquella triste noche!

—Octubre.—1880—

2.63 EN VANO

En vano intentan las flores
Con sus tallos trepadores
Encubrir la negra roca,
Y en vano encubre tu boca
Con sonrisas tus dolores.

La máscara te es infiel,
Y aunque sonries cruel
Al porvenir que divisas,
Tus sonrisas no son risas
Sinó lágrimas de hiel.

2.64 PENSANDO EN TÍ

¿A qué fingir más tiempo queriendo en vano
Ocultarte la lucha del alma mía,
Si ya con nuevo aliento renace ufano
El amor que soñara mi fantasía?

Fija siempre tu imagen en mi memoria
Y adorandote siempre con loco anhelo,
Sin que lo conocieras fuiste mi gloria,
Sin que lo sospecharas fuiste mi cielo.

Creyendo ya imposible volver á verte
Y en mi pecho tu imagen siempre esculpida
Sufría con tu ausencia, que era mi muerte,
Gozaba con amarte, que era mi vida.

De tu dicha los ecos que á mi llegaban
Con mis ayes de pena se confundían;
A tí las alegrias te enagenaban,
A mí los sufrimientos me enloquecían.

En medio de mis penas, como amuleto
Un recuerdo querido de tí guardaba,
Y ahora voy á decirte, pero en secreto
Lo que era aquel recuerdo que me encantaba.

Una tarde, que á solas me vi en tu estancia,
De un ramo que tenías cogí unas flores
Para que me brindaran con su fragancia
La esencia de tus labios embriagadores.

Y esas flores, recuerdo de tí ignorado,
El único consuelo de mi alma han sido;
Ellas saben el llanto que he derramado,
Ellas saben las penas que he padecido.

Si esas marchitas flores llorar supieran
Mis raudales de llanto te ofrecerían,
Y si sus secas hojas hablar pudieran
Mis hondas amarguras te contarían.

Pero hoy que en mi camino vuelvo á encontrarte,
Hoy, que al verte mi oculta pasión avivo,
Mi corazón que nunca pudo olvidarte
Sueña quedar por siempre de tí cautivo.

Calma de tu ternura con el tesoro
Mi anhelar incesante, mi afan profundo,
Y quiéreme sabiendo que yo te adoro
Como nadie adorarte podrá en el mundo.

Solo con ver logrado tan dulce suerte
Se verá el alma mía de gozo henchida,
Olvidando la ausencia, que fué mi muerte,
Y estando al lado tuyo toda mi vida.

Pero si mi esperanza fuera quimera
Y por siempre mirara mi bien perdido,
En la noche callada, cuando me muera,
Vendrá mi alma á decirte que no te olvido.

2.65 CUESTIÓN DE NOMBRE

—

Preso de amor en las redes
Se encuentra mi corazón,
Esclavo de la pasión
Que me inspira Nicomedes.

Nicomedes es hermosa,
Su conjunto es hechicero,
Y, fuera mujer sin pero
Si se llamara otra cosa.

Tiene de artista ribetes
Y, aunque canta con pasión,
Su nombre y su inspiración
Se están dando de cachetes.

Yo la quiero, y sin embargo
Me tiene una duda absorto:
¿Podrá tener genio corto
Quien tiene nombre tan largo?

Calma un tanto mis fatigas
De sus ojos el candor,
Pero nunca hace mi amor
Con su nombre buenas migas.

¿Fué capricho estrafalario,
Fué promesa, ó fué deseo
Ponerle el nombre más feo
Que registra el calendario?

Lo ignoro, más no disculpa
A nadie tal desatino,
Y al padre como al padrino
Le alcanza el tanto de culpa.

La juré haberme casado,
Pero desistí, aunque asombre
Que de una cuestión de nombre
Hiciera cuestión de estado.

Y no me vengan ustedes
Con que amor todo lo dora,
Porque niego desde ahora
Que dore á una Nicomedes.

¡Nicomedes! de ella en pos
No iré, pues la suerte fiera,
Con su nombre, una barrera
Ha interpuesto entre los dos

2.66 RECUERDO

—

A mi querido amigo el distinguido médico Don Bernabé Guerrero

—

Guarda el hombre con anhelo
    De su pecho en lo profundo
Una flor siempre fragante,
    Cuyo aroma sin segundo
De calmar las sinsabores
    Atesora la virtud.
El trascurso de los años
    Su belleza no marchita,
Y con cifras indelebles
    En su cáliz lleva escrita,
Como emblema de cariño,
    La palabra *gratitud*.

Esa flor que ha mucho tiempo
    Germinó en el pecho mío,
Y sintió de tus bondades
    El benéfico rocío
Cuando, enfermo, me volviste
    La esperanza que perdí,
Recordando aquellas horas
    De amarguras y de luto,
En el día de tu santo,
    Como férvido tributo,
De su tallo exuberante
    La he arrancado para tí.

Aunque de ella yo me prive,
    De mi pecho en lo más hondo
Como queda la semilla,
    Nuevas flores en su fondo
Brindarán al alma mía
    Su perfume celestial;
Y hasta el día que repose
    En el seno de la muerte,
Esas flores, siemprevivas
    De mi pecho, iré á ofrecerte
Como vivo testimonio
    De cariño fraternal.

En tu hogar ensombrecido
    De tu padre por la ausencia,
De tu padre que fué el norte
    Y la luz de tu existencia,
Esas flores no desdicen
    De tu luto y tu dolor.
Como mías, han perdido
    De sus galas el encanto;
Como mías, se agostaron
    De mis ojos con el llanto
Que derramo noche y dia
    Por el hijo de mi amor.

Quiera el cielo que te vean
    Recorrer la vida en calma,
Encontrando lenitivo
    Los dolores de tu alma
En la dulce compañera
    Que es encanto de tu hogar;
Y tu padre al ver calmados
    Tus pesares y tu duelo,
Bendiciéndote en tu día,
    Que es el suyo, desde el cielo

Sentirá dentro de su alma
La ventura rebosar.

El sendero de tu vida
Cubran siempre frescas flores,
Y en placeres infinitos
Cambie pronto tus dolores
De tu angélica Teresa
El tesoro de virtud;
Mientras yo de mi cariño,
Aunque efímera es la ofrenda,
Sin belleza y sin perfume
Te dedico como prenda
La modesta siempreviva
De mi eterna gratitud.

2.67 A MI VECINA CARMEN

—

Como entre duelos y llantos
Salud y calma perdí,
Son ya iguales para mí
Todos los dias de *santos*.

Pero hoy, en la advocación
De tu Virgen que venero,
Por lo mucho que te quiero
Voy á hacer una excepción.

Aunque humilde ofrenda és,
Acéptala, Cármen, tú,
Tú que vales un Perú
De la cabeza á los piés.

Y no es exageración,
Pues rayan á altura igual
Tu belleza angelical
Y tu hermoso corazón.

¡Quiera Dios que sin enojos
Tu vida resbale en calma,
El claro cielo de tu alma
Copiando tus lindos ojos!

Que la virtud que hay en ti
Te ofrezca paz venturosa,
Y que cuando seas dichosa
Te acuerdes, Cármen, de mí.

De mí que aunque creas que miente
El adagio peregrino,
Viendo que tu peor vecino
Es tu vecino de enfrente,

Como rica ejecutoria
Mis señas de casa exhibo,
Pues con tal vecina vivo
A dos pasos de la gloria.

2.68 EL POETA

—

Como el jilguero en la enramada umbría
Canta y sus notas arrebata el viento,
Sin que acalle su lánguido lamento
Desde que nace hasta que muere el dia,

Así el poeta por doquier envía
De su acerbo dolor el triste acento,
Pretendiendo escalar con loco intento
El cielo que forjó su fantasía.

¡Pobre poeta! Su áspero camino
Recorre siempre con el mundo en guerra,
Solo en cantar cifrando su ventura;

Y al cumplir de esta suerte su destino,
Aunque su voz desoyen en la tierra,
Su voz resuena en la celeste altura.

2.69 EN EL ALBUM DE MI HIJA

Cuando del cielo á mi hogar
Bajaste en dichoso dia,
Con empeño singular
Dolores te hizo llamar
Tu buena madre, hija mia,

Y hoy de su empeño me quejo,
Pues desde el primer reflejo
De tu vida, en vez de flores,
Siendo de tu nombre espejo,
Te ofreció el mundo dolores.

Mas como el mundo al cruzar,
Se mira siempre surgir
La dicha tras del pesar,
No siendo eterno el llorar,
Ni siendo eterno el reir;

Dios, que contigo, hija mia,
Hoy comparte nuestro duelo,
Hará que al fin luzca el dia
En que el sol de la alegría
Brille de tu alma en el cielo.

Y al lograr tu dicha así,
No será dicha ilusoria
Pues, cual tus padres aquí,
Está pidiendo por ti
Tu amante hermano en la gloria.

Así, al ver mi amor sincero
Que recorres sin abrojos
De tu existencia el sendero,
Será mi gozo postrero
Morir mirando tus ojos.

Y al ir á dejar de verte
Yo bendeciré mi suerte,
Hallando en tí, hija querida,
El ángel bueno en mi vida
Y el ángel bueno en mi muerte.

2.70 LA MOSCA BLANCA

—

A MI SOBRINA AURORA

—

De tu próxima boda la fausta nueva
En vez de darme gusto me ha dado rabia,
Pues aunque todo el mundo tal paso aprueba
Si lo dás darás prueba de estar en Babia.

Ya se yo que en el fondo del alma tienes
De virtud y ternura rico venero
Y que el hombre, en quien cifras todos tus bienes,
Segun dicen las gentes, no tiene pero.

Mas á pesar de tales buenos auspicios
Temo que, si tu enlace llevas á efecto,
Tendrás más sinsabores que beneficios
Aun siendo tu futuro plusquamperfecto.

Tu crees, en tu inocencia, que el matrimonio
Enlaza á dos amantes con dulce nudo,
Sin ver que de las puntas tira el demonio
Y en dogal se convierte muy amenudo.

Cierto que hay matrimonios de goces llenos
Que, de su amor inmenso con la palanca,
En su hogar, al bullicio del mundo agenos,
Son por lo venturosos la mosca blanca.

Pero como muy pocos siguen el rumbo
Que en su famosa epístola mareó San Pablo,
Si no quieres ir luego de tumbo en tumbo
Huye del como del diablo.

Hoy, lo mismo que en tiempo de tus abuelos,
En las bodas hay *lances* muy peregrinos,
Y por eso á las bodas como á los duelos
Es condición precisa llevar padrinos.

Si hubieran, como hay curas para ir casando,
Curas que descasaran á troche moche,
Funcionarían aquellos de vez en cuando
Y estos funcionarían de dia y de noche.

Ejemplos á millones podría ofrecerte
De novios que se amaron con ardor sumo,
Y al mes de haberse unido con lazo fuerte
Miraron su ventura trocada en humo.

Pero de todos ellos citarte quiero
Un caso. Eran dos seres que se adoraban
Con un amor tan grande, puro y sincero
Que hasta los querubines les envidiaban.

Juntos en todas partes se les veía
Demostrando sus caras dicha completa,
Y como yo sus nombres no conocía
Decía al verloe: «Ahí vienen Romeo y Julieta.»

Rebosando carillo de todos modos
Su pasión pregonaban con loco alarde,
Y con imprescindible tacto de codos
Discurrían alegres mañana y tarde.

Dejé luego de verles, perdí su pista,
Y al cabo de unos meses, yendo á paseo,
En el azul del cielo puesta la vista,
Meditabundo y triste me hallé á Romeo.

Su rostro demudado, su barba lácia,
Probaban que del duelo llegó á la meta
Y al punto me dí cuenta de su desgracia:
¡Había muerto su novia! ¡Pobre Julieta!

Compadecido viendo tal desventura
Y creyendo que el dedo ponía en la llaga,
Le dije:—«Me hago cargo de su amargura
Y me asocio á la pena que le embriaga.

Aquella linda jóven que era su encanto
Y que seguramente mora en el cielo,
Al ver que por su muerte llora usted tanto
A su pesar profundo dará consuelo.»—

Como quien vé visiones quedóse el hombre
Y me repuso airado:—«No haga usté el oso!
Mi dolor que por grande no tiene nombre
Es porque hace medio año soy de ella esposo.»—

—

A pesar de este y de otros casos fatales,
Voy sobre el tuyo á darte mi opinión franca:
Cásate, pues valiendo lo que tú vales
Serás por lo dichosa la mosca blanca

2.71 PLEGARÍA

—

Como surca las olas frágil barquilla
Al suspirado puerto por arribar,
Por alcanzar del cielo la ansiada orilla
Va el alma de la vida surcando el mar.

Del náufrago del mundo, Virgen Maria,
Eres el suspirado puerto de amor,
Y tu gracia es el faro que al alma guia
Disipando las sombras con su fulgor.

¡Oh, reina de los cielos, sol de ventura,
Tesoro de virtudes, supremo bien,
Para cruzar del mundo la senda oscura
Del alma que te invoca sé tú el sostén!

Por el hijo adorado que dió su vida
Para ofrecer al mundo la redención,
Escucha mi plegaria, Madre querida,
Y haz que borre mis culpas tu intercesión.

Y cuando de improviso la muerte un día
Con su sueño mis ojos logre cerrar,
Haz que pronto despierte, Virgen Maria,
Y me mire en tus brazos al despertar.

2.72 NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA

—

I

No sé si lo he leido en alguna parte ó si lo oí referir en una de las veladas literarias del eximio poeta sevillano, ya difunto, D. Juan José Bueno.

Sea como quiera, conste que lo que voy á contar no es cuento, y tal vez viva todavia quien pueda dar fé de la veracidad de mi relato.

Hace muchísimos años asistía con exactitud matemática á las aulas del Colegio de San Carlos, un alumno de mas de ocho lustros, soñando en vano con alcanzar el título de médico. Estudiando sin descanso, repitiendo dos y tres veces cada asignatura, y utilizando valiosas recomendaciones, logró la calificación de aprobado en los exámenes; pero era tan escaso de luces, que al llegar el último, los catedráticos, velando por el prestigio de la ciencia y por el bien de la humanidad doliente, se negaron en absoluto á darle la aprobación y con ella el título de licenciado en medicina. Don Patricio, que así se llamaba el laborioso y maduro estudiante, poniendo en acción el conocido proverbio de *Pobre por fiado saca mendrugo*, se convirtió en sombra de sus examinadores, exponiéndoles su afan por el estudio, abrumándoles con poderosas influencias, llorándoles... y al fin consiguió lo que se propuso.

Hartos los catedráticos de persecución tan obstinada y sintiendo compasión por tan estudioso discípulo, acordaron aprobarle en el último exámen, pero para tranquililizar sus conciencias, llamaron á Don Patricio, y el presidente del tribunal, que era una gloria de la ciencia, le habló así:

—¿Quiere usted obtener el título de médico?

—Es mi sueño dorado, respondió Don Patricio.

—Pues vamos á otorgarle ese título aprobandole en este último ejercicio, si usted nos ofrece bajo solemne juramento que

cumplirá la condición que voy á imponerle, por muy dura que le parezca.

—Estoy completamente conforme con cuanto exijan ustedes de mí.

—Pues bien, señor Don Patricio,—continuó el presidente;—siempre que alguien reclame sus auxilios profesionales, no podrá recetar más que dos cosas, á su elección: infusión de tila y agua de naranja. ¿Jura usted emplear nada más que esos dos remedios? ¿Si ó nó?

Quedose meditabundo el futuro médico, pero la idea de realizar su bello ideal le hizo cerrar los ojos y contestar:—¡Lo juro solemnemente!

Pocos días después Don Patricio, más contento que unas pascuas, abandono Madrid llevando como si fuera una reliquia su titulo de médico; y bien pronto ni sus compañeros, ni sus catedráticos volvieron á tener noticias de él.

II

Trascurrieron veinte años.

La diligencia de Zaragoza á Pamplona detuvo un dia su marcha, como de ordinario, en un pueblo situado entre ambas capitales y los viajeros entraron en el obligado parador con objeto de comer.

Uno de ellos, anciano y de aspecto distinguido, ocupó un lugar en la mesa y, no bien empezó á saborear un trozo de gallina, se levantó dando señales de ahogo por habersele atravesado en la garganta un gran hueso del ave, y con manos y gestos empezó á pedir auxilio.

—Pronto! ¡Un médico! ¡El primero que se encuentre!—gritaron los demás viajeros á coro, mientras se retorcía en una silla el anciano dando señales de asfixia.

Y salió el mozo del parador en busca del único galeno del pueblo, volviendo al poco tiempo con él.

Este, que cubria sus ojos con unas gafas verdes y su cabeza con una mal disimulada peluca, se acercó al paciente, le pulsó, le miró la lengua y dijo con la mayor naturalidad:

—El caso es apurado, pero voy á hacer cuanto pueda por salvar de la muerte á este señor. ¡A ver! ¡Que le den sin pérdida de momento un vaso de agua de naranja!

Al oir tamaño exabrupto, el paciente sin poder dominar su ira, gritó desaforadamente ¡bárbaro!—y con el esfuerzo que hizo salió de su boca, disparado como una bala, el hueso que tanto le había hecho sufrir.

—Pero, ¿usted es médico? exclamó en el colmo de su extrañeza encarándose con el de las gafas verdes.

—Si señor—le contestó; y llamándole aparte, continuó diciéndole en voz baja:—Soy un médico condicional, y no puedo mandar á mis enfermos mas que tila ó naranjada. Así lo juré solemnemente al recibir mi título, y, como usted ha visto, lo cumplo al pié de la letra.

Entonces, el del hueso, despues de mirar y remirar á su interlocutor, exclamó riendo á carcajadas:

—¡Usted es Don Patricio! ¡Mi salvador!

—¡Y usted es uno de los catedráticos que condicionalmente me entregaron el título de médico! Le acabo de reconocer.

Y ambos se abrazaron con efusión.

2.73 AL INSIGNE MÚSICO FERNANDEZ CABALLERO

EN SUS BODAS DE ORO CON EL ARTE

—

¿Conoce usté al maestro Caballero?
Pregunto por doquier,
Y á coro me responde el mundo entero:
«¡No le he de conocer!»

Si con *Musica clásica* embelesa
Y causa admiración,
De entusiasmo al oir *La Marsellesa*
Rebosa el corazón.

Y si en *Las dos princesas* láuros gana
Y aplausos á granel,
Traspasa con *El duo de la africana*
De la gloria al dintel.

Al igual en la corte que en la villa
Logra elogios sin fin,
Y le aclaman del arte maravilla
De uno al otro confin.

A un angel emigrado de la gloria
Por él le pregunté,
Y supe que allí saben de memoria
Sus obras ce por be.

Y que para solaz de su familia,
En más de una ocasión,
Obras de Don Manuel, Santa Cecilia
Canta á la perfección.

Hoy, que la fama con razón propala
Su gloria por doquier,
El arte en su loor viene de gala
Su nombre á enaltecer.

Las bodas de oro del artista egregio
España al celebrar,
De la gloria le eleva al solio regio
El voto popular.

Acoge ¡oh, gran maestro! del hispano
Suelo el mejor laurel,
Ya que salvaste con batuta en mano
De la gloria el dintel.

En la eterna región, como aquí, viendo
Que vales un Perú,
Los angeles del cielo están pidiendo
Que los dirijas tú.

Por eso, cuando ocupes sin mancilla
En el cielo un sitial,
Te nombrará maestro de capilla
La corte celestial.

2.74¡ADIOS!

—

A LA EMINENTE ACTRIZ JULIA CIRERA

—

Poniendo á España en un tris
Que así sus aires desaires,
Te dejas por Buenos-Aires
Los aires de tu pais.

Justo es que te niegue el *pase*
A ese paso que ahora dás
Pues el arte, si te vas,
Apaga la luz y vase.

Y el conflicto no resuelve
Que ofrezcas pronto volver,
Si al marcharte no has de hacer
Hace que se vüelve.

Me da pesar tan profundo
De este mundo tu partida,
Que, por verte, de seguida
Me marchara al otro mundo.

En la tierra americana
Causarás gran frenesí,
Y harás que tiren allí
La casa por la ventana.

Mas, por más que allende el mar
Te aplaudan con loco anhelo,
De la escena patria el cielo
Vuelve pronto á iluminar.

Y de tus triunfos en pos
No olvides, Julia, la pena
Con que hoy la española escena
Llorando te dice ¡Adios!

2.75 ANTE LA DOLOROSA DE SALZILLO

Madres, que sin consuelo llorais perdido
Un ángel que á otro mundo tendió su vuelo,
Calmad, ante esa imagen vuestro gemido,
Que en ella el gran Salzillo dejó esculpido
El dolor de la Reina de tierra y cielo.

El, él solo, las huellas de la amargura
Supo imprimir en esa pálida frente;
Él, inmortal Murillo de la escultura,
Al copiar de la Virgen la desventura
Ciñó á su sien corona resplandeciente.

Contemplando esa imagen donde se entrona
La pena más sublime con sus rigores,
El creyente á Salzillo teje corona,
Pues mostró con su genio de zona á zona
El dolor de la Virgen de los Dolores.

2.76 ÚLTIMA OFRENDA

—

EN LA MUERTE DEL PINTOR Y POETA JOSÉ MIGUEL PASTOR

—

No con la pluma y la espada,
Con la pluma y el pincel
Lograste en lucha empeñada
Ceñir á tu frente honrada
El suspirado laurel.

Y en tu venturoso hogar
Gozando de dulce calma,
La vida viste pasar
Sin la nube de un pesar
En el cielo de tu alma.

Pero la suerte no quiso
Dichoso en el mundo verte,
É, hiriéndote de improviso,
Tu sonado paraíso
Cubrió con sombras de muerte.

Tu cuerpo hundiose en el suelo,
Mas, no valladar de hielo
Rompiendo ansiosa tu alma,
De la vitud con la palma
Te abrió las puertas del cielo.

Acoge en esa mansión,
Sin galas ni inspiración,
Bañado en llanto mi canto,
Que no hay dolor sin que en llanto
Se desborde el corazón.

2.77 Á UNA LINDA CASADA,

que está de su marido separada

—

Al ver los encantos ricos
De tu cara y de tu talle,
Con que te llevas de calle
A los grandes y á los chicos,

Protesto del tribunal
Que, á tu demanda accediendo,
Te complació deshaciendo
Tu lazo matrimonial.

Porque así lo quiere Dios,
Con penas ó con placeres,
El mundo cruzan los seres
Unidos de dos en dos.

Así por valles y lomas
Surcan el aire ligeros
De dos en dos los jilgueros,
De dos en dos las palomas.

Y tú, cual va el verderón
De rama en rama saltando,
Tu triste vida pasando
Vas de balcon en balcon.

De esa soledad el tedio
Tu robustez va á minar,
Y lo debes evitar
Poniendo al punto remedio.

¿Que cómo? Pues mi opinión
Es que admitas de pupilo
A un hombre estable, tranquilo
Y de buena educación.

Ya sé que vas á decir
Que eso de la raya pasa,
Porque un huésped en tu casa
Te puede dar que sentir;

Que de tu alcurnia el blasón
Rechaza tamaño oficio,
Que pondría en tela de juicio
Tu buena reputación.

Bueno; convengo contigo
En lo fuerte de ese paso,
Mas tu temor no hace al caso
Tratándose de un amigo.

Siendo así, lo verá el mundo
Como cosa natural,
Y en vez de causarte mal
Te dará bien sin segundo,

Si un hueco á darme te obligas
En tu casa, dilo en seco
Y á llenar iré ese hueco
En cuanto tú me lo digas.

Mas si ves en lontananza
Que has de aburrirte conmigo
Yo te buscaré un amigo
De toda mi confianza.

En fin, lo urgente es que acabe
El estar tan sola tú,
No vaya á hacer Belcebú

Que adquieras algun mal grave.—

Con la gracia que fascinas
Y tuerces al más derecho,
Afirmas que hay en tu pecho
Unas ocho ó nueve anginas;

Que á romperse van en breve
Y que, sin darte el alerta,
Van á hacer que quedes muerta
No una vez sino ocho ó nueve.

Abandona tal quimera
Y el temor no te haga el bú,
Pues tienes un pecho tú
Que para mí lo quisiera.

Mas, por tu miedo acallar
Y tu aprensión destruir,
Juzgo prudente insistir
En lo de un huésped tomar.

Tómalo sin dilación
Que, teniendo tú un pupilo,
Ni estará tu alma en un hilo,
Ni inquieto tu corazón.

Y cuando la despedida
El te dé en su hora postrera,
No digas despues que muera
Que ha pasado á mejor vida,

Pues aunque sea muy buena,
Aunque valga un potosí,
Viviendo lejos de ti
Vivirá como alma en pena.

2.78 EN UN ÁLBUM

—

Quieres que de tu álbum una hoja
Lleve mi firma, de cariño en prenda,
Y voy á complacerte emborronando
La página postrera.

Mas, aunque sea la última mi firma,
Desde ahora para siempre ten en cuenta
Que ocupas en el libro de mi alma
La página primera.

2.79 POSTRES VARIADOS

En materia de relaciones, las únicas que no traen consecuencias son las de ciego.

————

Hay madres que adivinan el porvenir de sus hijas. A la suya cuando era pequeña, solía decirle cierta señora que se la iba á llevar el coco y acertó. A los quince años se casó la chica con un hombre más feo que un tiro.

————

Juan, afamado pianista,
Casó con Tecla en Siguenza,
Y sin cesar desde entonces
Anda Juan de tecla en tecla.

————

Las lágrimas de los novios son como las lluvias de verano: casi siempre van acompañadas de *truenos*.

————

Si los ojos son el espejo del alma, Iss mujeres que lle á menudo deben tener el alma de cántaro

————

Segun un boticario amigo mio, un sinapismo es una cataplasma encolerizada.

————

Para que todo sea raro en el amor, la mayor seriedad de los amantes la guardan para cuando están *de monos*.

————

Si al ruiseñor envidias su dulce trino
Y quieres imitarle, medio hay sencillo:
Cásate, Fabio,
Y verás como trinas antes de un año.

————

Una declaración de amor, es una declaración de guerra al bolsillo del que la hace. Por algo dice el refrán *que el que la hace la paga*.

————

La sustracción de una letra, es á veces una galantería. Ejemplo al canto: poner el nombre de Fé á una mujer fea.

————

Cuando tiene que salir
La sensible Paz Queról,
Con sombrilla tiene que ir,
Pues no puede resistir
Ni las miradas del sol.

————

Siendo los niños los ángeles del hogar, los maestros de escuela deben vivir en el cielo. Por lo menos, muchos viven de milagro.

————

En un examen de medicina

—Suponga usted, señor Perez, un hombre con fiebre catarral y que no puede dejar de toser. ¿Qué haría usted en su caso?

—Pues... tambien tosería.

————

Cuando menos se acierta la edad de una mujer, es cuando llega á cierta edad.

————

Un profesor de matemáticas, amigo mio, me dijo ayer: —Duermo como un liron; me acuesto á las ocho y me levanto á las ocho; es decir, duermo diez y seis horas.

————

Que Irene ojos buenos tiene
Cosa es que salta á la vista;
Y más sabiendo que Irene
Es hija de un oculista.

————

Si los ángeles son los que moran en las alturas, mi novia debe ser uno de ellos: vive en piso quinto.

————

Un hombre falto de dinero y sobrado de apetito, terminaba así sus rezos:—¡Dios mio, consérvame las ganas de comer, porque si me las aumentes estoy perdido!

————

Con un amor sin segundo
Facundo ama á Luz Patier
Y la llama Eva Facundo,
Dando con eso á entender
Que es la primera mujer
Que ha echado Dios á este mundo.

————

La mujer quiere que todo se le dé hecho; hasta para dar su amor obliga á que se le haga previamente.

————

El marido mas terco, deja de serlo cuando sale de un baile con su mujer: le carga *salirse con la suya*.

————

Se dice del que se muere
Que ha abandonado la tierra,
Y es precisamente entonces
Cuando le meten en ella.

————

Observación de un carbonero. Si Dios hizo al hombre del polvo de la tierra, debió hacer al hombre negro del polvo del carbon.

————

El señor de Alvarado,
En un suelto que un diario ha publicado,
Ha dado la noticia
De que ayer se ha casado
Con una señorita de Galicia.
Y dijo al leer el suelto Don Raimundo:
Que haya un casado más ¿qué importa al mundo?

————

Hay un café en Madrid que tiene la cocina en el piso principal y sirve medias tostadas de abajo, siendo precisamente de arriba.

————

Oyó decir Gedeón
Que en Alcalá subió el pan
Cinco céntimos en kilo,
Y no se pudo explicar
Si en el kilo fué el aumento
O si fue en dicha ciudad.
Y después de pensar mucho
Aseguró muy formal,
Que el aumento fue de diez
Céntimos á no dudar:
Cinco céntimos en kilo
Y otros cinco en Alcalá.

3 LIBRO DEL 1888

3.1 IDEAS SUELTAS

–

En materia de relaciones, las únicas que no traen consecuencias son las de ciego.

***

Una declaración de amor es una declaración de guerra al bolsillo.

***

Las lágrimas de los amantes son como las lluvias de verano: casi siempre van acompañadas de truenos.

***

Si los ángeles son los que moran en las alturas, mi novia debe ser uno de ellos: vive en piso quinto.

***

Cuando menos se acierta la edad de una mujer, es cuando llega á *cierta edad.*

***

Para que todo sea raro en el amor, la mayor seriedad de los amantes la guardan para cuando están *de monos*.

***

La mujer pasa su vida jugando: primero juega con las muñecas, luégo con los novios, después con los niños y por último con los perros.

***

Si los ojos son el espejo del alma, las mujeres que lloran á menudo deben tener el alma.... de cántaro.

***

La mujer quiere que todo se le dé hecho; hasta para darnos su amor nos obliga á que se lo hagamos préviamente.

***

Siendo los niños los ángeles del hogar, los maestros de escuela deben vivir en el cielo. Por lo menos, muchos viven de milagro.

***

El marido más terco deja de serlo cuando sale de un baile con su mujer. Le carga *salirse con la suya*.

3.2 DECEPCIONES

———

I

Desengañate, chico–me decía hará una docena de años mi amigo Cristobal, oyéndome ensalzar á Matilde, que me tenía sorbido el seso;–siguiendo con esas ilusiones, llevarás á granel los desengaños, y es seguro que cuando caigas de las alturas á que el idealismo te eleva, no lograrás curar tus contusiones con toda el árnica del mundo.

–¡Qué palabrotas!–decía yo mentalmente.–¡Árnica! ¡Contusiones! No se expresaría de otro modo el más prosáico mancebo de botica.

Y continuaba Cristóbal:

–La vida real, que tanto detestas, aun mirada con ojos vulgares tiene encantos más verdaderos que los que forja tu fantasía. No te alimentes de sueños, que los sueños casi nunca se convierten en realidades. Entra en nuestro mundo; resígnate á vivir como vive cada hijo de vecino, y no pretendas crear un mundo nuevo para tu uso particular. Ve en la mujer que amas, no un ángel bajado del cielo con el sólo objeto de hacerte feliz, sino un ser de carne y hueso, que te ama, que te adora, todo lo que tu quieras, pero que come, que duerme, quepiensa en la Vicaría, y que tiene las mismas debilidades que todas las demás mujeres, desde Eva, cuyo amor á la prosáica manzana le hizo perder un paraiso, hasta mi patrona, cuyo amor á las *medias tostadas* le hizo perder más de un huésped. No te rías, ni eches en olvido mis consejos; tarde ó temprano opinarás como yo.

¡Y qué razón tenía Cristóbal!

Hoy soy mucho más prosáico que él. Creo en la mujer... hasta cierto punto, y en punto á amor, solo creo en el de la lumbre, única llama que llega á lo vivo. ¡Tal cambio han operado en mí las decepciones que he sufrido por las hijas de Eva!

Y para que no se crea que exagero, ahí vá la historia breve y compediosa de algunas de ellas.

II

Matilde, aquella muchacha de que hablé á Cristobal, era una malagueña de ojos de fuego, con unas manos tan lindas que daban pié para cualquier cosa, y unos piés tan diminutos como no han salido otros de manos del Criador. Tenía veinte años, un lunar en la barba como una gota de tinta, y una madre tan antipática que no tenía precio para suegra.

Nuestros amores, mantenidos con sin igual constancia durante tres meses, iban á sufrir una prueba terrible: la separación.

Lágrimas, juramentos, un conato de desmayo y cuantas pruebas puede dar una mujer enamorada al separarse de su novio, me dió Matilde la tarde de nuestra despedida.

Faltaba escasamente media hora para zarpar del puerto de Málaga el vapor *Riffeño* en que debía embarcarme, y Matilde, al darme el último adios, me dijo:

–He querido que lleves al separarte de mí un recuerdo de mi cariño, y te he hecho una cosa igual á otra que dediqué á mi papá y de cuyo obsequio se hace lenguas. No he querido dártela porque me causa vergüenza, pero en el muelle te aguarda con ella mi criada. Cuando la ciñas á tus sienes ¡piensa en tu Matilde!

Le dí las gracias sin explicarme su vergüenza, y, después de hacernos cien promesas, me separé muy conmovido de la reja de Matilde, porque la verdad era que estaba enamorado de aquella mujer.

Cerca de la aduana distinguí á la doméstica quién me entregó una pequeña caja de cartón; la tomé, la abrí y... ¡quedé aterrado! Tenía en mis manos un gorro de dormir!

¡Ya pareció la prosa!

Escuso decir que el gorro fué al agua, y al agua fué también mi amor.

III

Emilia era lo que se llama una perla. Rubia como un ángel y sensible hasta la exageración, pasaba su vida entregada á Campoamor y á Grilo, es decir á sus versos, con harto dolor de doña Martina, su mamá, que en vano se esforzaba en demostrarle las bellezas de la costura y los encantos del arte culinario. Esta repulsión á la prosa aumentaba á mis ojos el mérito de Emilia. Una mujer que se mantenía con versos, y que á más de esta circunstancia tenía la de ser bonita y la de morirse por mí, según solía decirme, era la realización de mis sueños, y por eso vela en Emilia mi media naranja, la otra mitad que completaba mi sér. Se me olvidaba citar un detalle que probaba más y más su refinado odio á la prosa; vivía en la calle de la Redondilla: como si dijéramos, vivía en verso.

Yo la amaba, ella me amaba, y si alguna vez le manifestaba mis temores de que pudiera olvidarme por otro, me decía con trágica entonación:–Tú has sido y serás mi primero y mi último amor; olvidarte sería la mayor de las vulgaridades, y yo no soy una mujer vulgar.

Y así pasábamos la vida, sin que yo sospechase nunca el cómico término de nuestros amores.

Una noche, víspera de San Isidro, le propuse que á la mañana siguiente fuéramos con doña Martina á la célebre romería que saca de quicio á los madrileños; y ella se opuso, fundando su negativa en tener que ir con su mamá á hacerunas compras que le encargaban unos parientes de Toledo. No insistí, y nos despedimos, como de costumbre, hasta la noche siguiente.

Cuando me desperté al otro día, me encontré sorprendido con una papeleta de citación para el juzgado de paz del distrito. Creí que sería una equivocación, pues me hallaba inocente de toda culpa, pero al leer una y otra vez mi nombreculpa; pero al leer una y otra vez mi nombre y apellido, no tuve mas remedio que disponerme á acudir al juzgado, so pena de pagar la multa de no se cuantos reales con que se me amenazaba si no acudía al llamamiento.

Dar con el juzgado de paz fué para mí obra de romanos; pregunté á un mozo de cuerda, y me encaminó á la calle de la Paz, interrogué á un municipal, y me dió las señas del Tribunal Supremo; y por fin, después de recorrer calles y calles, dí con mis huesos en el juzgado. Una vez en él, tuve que esperar más de

dos horas que terminaran varios juicios de faltas; y cuando me llegó el turno, conocí que habia sido víctima de una broma sangrienta, pues ni en el juzgado tenían noticias de mi humilde persona, ni la tal citación era otra cosa que un papel sin sello alguno, como me hizo ver uno de los escribanos, riendo á mandíbula batiente.

Salí á la calle corrido como una mona, y tan preocupado y tan fuera de mí me encontraba, que, á no detenerlo á tiempo el auriga, me hubiera atropellado en medio del arroyo un coche de alquiler. Al darme cuenta del peligro, levanté los ojos y... no puedo explicar lo que por mí pasó. Dentro de aquel funesto vehículo distingui á Emilia, riendo á carcajadas, al lado de un hombre gordo y colorado como un pimiento marrón. Maldije á Emilia, maldije mi suerte, y me acordé de Cristobal.

Algún tiempo después, la criada de D.ª Martina me acabó de abrir los ojos. Por ella supe que Emilia, queriendo alejarme de su casa para poder ir libremente á la romería con el hombre gordo, hizo que éste escribiera la papeleta de citación que yo recibí, y mientras me hallaba desempedrando calles, ellos se burlaban de mi candidez. Supe tambien que á los pocos dias se había casado Emilia con su acompañante, que era prestamista sobre ropas en buen uso.

¡Oh, poder de la prosa!

IV

¡A las tres va la vencida! dije, y me enamoré de Lola, una gaditana de la calle de la Zanja, que pronunciaba el nombre de su calle con un acento y un tonillo que daba gozo oirla..

Sencilla y cándida como sueño de monja, logró cicatrizar las heridas que sus dos antecesoras abrieron en mi corazón; y, cuando, olvidados mis últimos desengaños, me creía feliz con su cariño, me dió el golpe de gracia.

Una noche que me dirigí á su casa, la encontré... *¡pelando la pava* con un veterinario de Cuenca!

V

Después de estas *prosas* ¡el que sea guapo que me venga con *poesías*!

3.3 UN GENIO ANÓNIMO

No sé si por mi fortuna ó por mi desgracia, huyendo de los calores de Madrid, decidí pasar el verano último en L**, un pueblo que bien pudiera llamarse de pesca, aunque dista muchas leguas del mar y no tiene río.

Nada hay en L** digno de llamar la atención del viajero, y obscuro y olvidado vive y viviría del resto de España á no contar entre sus pocos vecinos con un genio anónimo, cuyos méritos me propongo dar á los vientos de la publicidad para gloria de curanderos más ó menos rurales-.

El genio en cuestión no tiene ningún título académico ó, si lo tiene, lo oculta con exquisita modestia, dejándose llamar lisa y llanamente *el tío Diego*.

Cuando sus vecinos dan, -y dan constantemente, -en la flor de elogiarle, lo dejan á uno turulato. ¡Qué talento y, sobre todo, que manos debe de tener el tío Diego! Lo mismo extirpa un ojo de pollo que un ojo de la cara; lo mismo *corta* una calentura que una pierna, y lo mismo *saca* el sol de una cabeza que una muela de una mandíbula.

Yo he tenido ocasión de conocer á este rey de los curanderos, y confieso ingenuamente que su conversación, en la que a menudo emplea palabras cuyo significado ignora, me ha proporcionado ratos deliciosos.

Hablando de lo conveniente que es atender á los males desde el principio, me dijo una vez con marcada satisfacción:-Por haberme llamado á tiempo, he librado á muchos enfermos del *patíbulo*.

Hombre chapado á la antigua, compadece desdeñosamente á los admiradores de la doctrina de Hahnemann, y más de una vez le he oído exclamar:-Los *lóbulos homopláticos* son la carabina de Ambrosio, y los medicamentos en *diócesis* pequeñas, *papalinas* para los canarios.

Cierto día, oyendo quejarme de dolor de cabeza, me dijo:-Póngase usted unos *estrimulantes* que obren como

preservativos y beba agua *ligeramente saturada* de magnesia ó *adulterada* con crémor; y si no cede el dolor, será preciso hacerle una evacuación *trópica*.

A imitación de los grandes médicos, sólo en casos graves visita á los enfermos en sus casas. En el zaguán de la suya tiene establecida una especie de consulta pública, que es lo que ay que ver y lo que hay que oir.

-Este muchacho,-me decía una mañana, mientras reconocía á sus enfermos, - tiene un enorme *pasadizo* en el dedo *délice;* aquel infeliz padece dolores *románticos*: el que está a su lado tiene *escórfulas*; á esa mujer le voy conllevando el falto *histórico* con *infusores* de malvas.

Et sic de cæteris.

Fuera de lo que el llama su facultad, tampoco se muerde la lengua el tío Diego.

En el ejercicio de su cargo de mayordomo de un señor de Madrid que posee algunas fincas en L**, le encontré un dia caminando muy de prisa hacia una casa de campo próxima al pueblo; y, al querer detenerle, me dijo:-No puedo perder momento, pues voy á medir unas tierras en cumplimiento de una *real órden* que me ha dado mi amo.

-Tengo asegurada la salud pública,- decía una vez alcalde.-En el pueblo hay ahora una *epidemia* de salud.

Aficionado en extremo al arte *pintorico*, afirma que no ha de morirse sin hacer un viaje á Madrid con el único objeto de visitar el *mausoleo* de pinturas.

Hablando de invasión sarracena, asegura que los moros entraron en España por el Fijo de Ceuta.

Es partidario de la ley sálica, por creer que á ella se debe el desestanco de la sál, y califica de inhumanas las leyes de Toro, suponiéndolas protectoras del arte de Pepe-Hillo.

Mucho más pudiera decir del tío Diego, pero para muestra ya hay bastantes botones.

Un rasgo antes de concluir.

En los últimos días de mi estancia en L**, una muela me proporcionó malísimos ratos, y con objeto de que me la sacara acudí al ínclito tío Diego. La examinó mi hombre, me sentó en un banco, aplicó el gatillo á la parte dolorida, llamó á su mujer, -que era una montañesa como un templo,-y gritándole «¡Aprieta, Paca!», antes de que pudiera escaparme de entre sus manos, se

colgó la tal Paca del extremo del temible hierro; y al cabo de algunos segundos, que me parecieron siglos, saltó hecha pedazos mi muela, á la vez que algunos no despreciables fragmentos de mi mandíbula.

Cuando le increpé duramente por semejante atropello, me contestó con la mayor naturalidad:-Yo no hago más que marcar la posición de la *herramienta*; para *apalancar* está mi mujer.

Rasgos de esta especie no necesitan comentarios.

¡Ni dentistas!

3.4 SERENATA

–

Tú éres la rosa de la mañana
Que altiva ostenta su lozanía;
Eres el ave que eleva ufana
Sus dulces cantos al nuevo día;
Eres estrella brillante y pura
Que roba al alma su desconsuelo:
Eres la aurora de mi ventura;
Eres un ángel, todo ternura,
Que al más templado le dá un camelo.

–

Tienen tus labios la esencia amada
De las acacias y los jazmines;
Tu voz imitan en la enramada
Las dulces brisas de los jardines;
Tu talle, esbelto como la palma,
Es de tus gracias el fiel traslado;
Brinda tu pecho placer al alma
Pero ¡ay! el mío vive sin calma
Porque en él llueve sobre mojado.

–

Eres el faro que fulgurante
La sombra aleja de los dolores;
Eres aurora que vierte amante
Lluvia de perlas sobre las flores,
Eres el iris de la bonanza
Que amor y dicha sin fin promete;
Eres el astro que en lontananza
Alumbra el cielo de la Esperanza
Que es todo un cielo de rechupete.

–

Tú en mi alma vives, en ella moras,
Y es siempre tuyo mi pensamiento;
Tú haces alegres las tristes horas,
Y en gozo truecas el sufrimiento
Mas basta, Celia, de sinfonia
Cabe los hierros de tu ventana,
Que está la noche bastante fria
Y hay mucha gente con pulmonia.
¡Adios! ¡Qué duermas! ¡Hasta mañana!

3.5 CARTA ÍNTIMA

—

Á....

¡Son las tres!... inclemente
de mis ojos se aparta el sueño impio,
y la ansiedad creciente
vuelan á tí los sueños de mi mente
y murmura tu nombre el labio mio.
Quizá en tanto dormida,
de otra edad mas feliz á la memoria
verás en calma resbalar tu vida;
quizá tiempos mejores
embargarán tu mente en este instante
con plácida alegria,
y tal vez anhelante
entre sueños de amores
dormida te hallará la luz del dia.
Mas si despierta estás, si desvelada
lentas resbalan para tí las horas;
si como á mí te roba un pensamiento
la calma idolatrada
y una esperanza muerta acaso lloras,
de mi ansiedad testigo
este canto disipe tus enojos
y haga vuelva á tus ojoss
el dulce sueño de la dicha amigo.
Oye en tanto una historia
que á tu pecho dará la paz querida;
guárdala en tu memoria
pues oculta en sus páginas de gloria
las horas más felices de mi vida.
—Érase una mujer, ángel hermoso,
de dulce sonreir, de faz serena,
y reflejaba en su mirar profundo
el candor sin segundo

que atesora la pálida azucena.
Y era un hombre tambien á quien la suerte
hundiera para siempre en la amargura,
y á cuyo pecho inerte
una esperanza solo de ventura
le quedaba en su mal... ¡la de la muerte!
La mujer vió su duelo
y consoló su sufrimiento insano,
y ángel, quizá, del cielo,
ella le dio consuelo
con el amor parísimo de hermano.
Y consolóse al fin, y el alma en tanto
que á tal favor mostróse agradecida,
por el ángel-mujer que vertió su llanto,
y un sentimiento grande y generoso
cambió su amarga vida
y á su pecho infeliz volvió el reposo.
Hoy de la noche entre la sombra fria
la dedica á aquel ángel la memoria,
y es su sola alegria
el recuerdo feliz de aquella historia
que guardo fiel en la memoria mia. —

. . . .

. . . .

Ya brilla el alba; en los cristales miro
reflejarse su luz encantadora,
y su férvido suspiro
dedico á la mujer por quien deliro
y á qúien mi pecho en su ansiedad adora.
Adios, torna á soñar; y si á mi historia
el alma tuya se mostró ofendida,
no olvide tu memoria
que oculta entre sus páginas de gloria
las horas mas felices de mi vida.

————————

3.6 MI ALMA GEMELA

—

Á....

Cuando al cruzar la senda
de nuestra vida,
algún pesar el alma
sin tregua agita,
el mal se aumenta
si no hallamos otra alma
que nos comprenda.

—

Mas si hay un ser querido
que nos cousuele,
la pena que sentimos
se calma siempre;
se calma, y luego
de gratitud eterna
se inuada el pecho.

—

Asi yo por el mundo
cruzaba errante,
no hallando en mi camino
mas que pesares,
y lejos siempre
del lugar do mi infancia
corriera breve.

—

En vano en los amores

busqué consuelo,
amé un ángel y el ángel
burló mis ruegos;
y desde entonces
jamás sueña mi pecho
dichas de amores.

—

Busqué amigos, mas ellos
no comprendían
el dolor incesante
del alma mia;
y ¡ay! en mi pena
no encontré ni un amigo
sobre la tierra!...

—

Mas te ví, y tu cariño
calmó mis áusias
y disipó las sombras
que hubo en mi alma;
y hoy eres, niña,
mi esperanza, mi gloria,
mi sol, mi vida.

—

Cuando brillan tus ojos
llenos de encanto,
y una dulce sonrisa
borda tus labios,
mi triste pecho
participa al instante
de tu contento.

—

Mas cuando estás llorosa,
cuando suspiras,
y el carmin palidece
de tus mejillas;
tambien resbalan
por mi triste semblante
lentas las lágrimas.

—

Y lo mismo en tus penas
y tus placeres,
que en tus llantos y risas,
sigo tu suerte...
porque eres, niña,
mi esperanza, mi gloria,
mi sol, mi vida.

————————

3.7 A GRANADA Y MÁLAGA

con motivo de los terremotos de 1884.

–

TENDIÓ en el suelo andaluz
La desolación su manto,
Trocando el placer en llanto,
Trocando en sombra la luz.
Cayó del altar la cruz
De la tierra al conmover,
Y por tanto y tanto sér
Como entre escombros murieron
Los campanarios cayeron
Tocando á muerto al caer.

–

Granada, triste Granada,
Que tu alegria perdiste;
Málaga, Málaga triste,
Que lloras desventurada.

De vuestra aflicción colmada
Sin medir la inmensidad,
Los ojos al cielo alzad
Y alli encontraréis consuelo,
Que ya brilla en vuestro Cielo
El sol de la caridad.

3.8 GLORIAS Y MEMORIAS

—

Á....

Era una noche serena
¿te acuerdas? ¡parece un sueño!
todo era calma en la tierra,
todo era calma en el cielo.
Tan solo del áura errante
se escuchaba el rumor trémule,
cuando agitaba amorosa
las trenzas de tus cabellos.

—

Tú estabas triste y yo absorto
tú abatida y yo sereno,
y como soplos pasaban
aquellos dulces momentos.
¡Bellas horas de mi vida
que para siempre se fueron.
dejando bañado en lágrimas
inalterable un recuerdo!

—

La luna que desde el zeni
der amaba sus destellos,
bañaba en luz tu semblante
de tus pesares reflejo;
y las frases en tus lábios
iba á sorprender el viento,
se grababan en mi alma
con caracteres de fuego.

—

Yo te contaba mis penas
que escuchabas en silencio,
y en silencio quizá en tanto
lloraba tu dulce pecho.
Tú el pasa lo recordabas
con el pesar mas intenso,
y á otro tiempo dirijias
tu mirada y tu recuerdo.

—

Noches de amor y ternura,
hoy que os encontrais tan lejos
y á ver no alcanzo la imagen
de la que fué mi consuelo;
¡dejad que á vuestra memoria
vierta lágrimas de fuego!
¡dejad que lloren mis ojos
por las glorias que murieron!

————————

3.9 RECETAS

–

SI del canario envidias
El dulce trino
Y quieres imitarlo,
Medio hay sencillo:
Cásate, Fabio,
Y verás cómo trinas
Antes del año.

Y si el infierno quieres
Pasar en vida,
Vive con tu señora
Mama política,
Que al lado de ella
Vivirás en el mundo
Como alma en pena.